

aluvión

AÑO I - N° 1 - \$ 16.-

Perón vive

A propósito de la conducción

José Pablo Feinmann

Para una crítica nacional de la cultura

Santiago González

Importancia de América Latina para los EE. UU.

cap. Raymond A. Komorowsky

La formación del poder popular

Mitos y contramitos

Abel Posadas

Partidos, participación y reformas en 5 años de revolución

Héctor Béjar

Habla Eva Perón



aluvión

AÑO I - NUMERO I

COLABORADORES

Héctor Abrales
Eduardo Clausen
José P. Feimann
Raquel Ferrario
Santiago González
Carlos E. Hurst
Héctor M. Hurst
Enrique Martínez
Horacio Pericoli
Abel Posadas
Eduardo Romano

Los artículos publicados no reflejan necesariamente la opinión de la revista. Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en la Argentina
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
© Editorial ALUVION
Independencia 3113
Buenos Aires

Precio: 16,00
Suscripción anual: 60,00

Responsable:
ALUVION S.R.L.
(en formación)

Suscripciones:
INDEPENDENCIA 3113
CAPITAL FEDERAL

SUMARIO

PERON VIVE	1
QUIENES SOMOS	3
A propósito de la conducción <i>José Pablo Feinmann</i>	4
Para una crítica nacional de la cultura <i>Santiago González</i>	24
La formación del Poder Popular <i>Horacio González</i>	30
Mitos y contramitos <i>Abel Posadas</i>	39
Documentos	
Habla Eva Perón	42
Partidos, participación y reforma en cinco años de revolución <i>Héctor Bejar y Helán Jaworski</i>	44
Importancia estratégica de América Latina para los E.E.U.U. <i>R.A. Komorowsky</i>	51

Perón vive

El 1° de julio quedó atrás. El dolor, el estupor, la impotencia, la furia: todo esto quedó, definitivamente, atrás. El pueblo no aceptará que Perón ha muerto. No lo aceptó ni aún el mismo día de esa presunta muerte cuando, al paso del cortejo, gritaba: ¡Perón! ¡Viva Perón! Era mucho más que una expresión de deseos: era un grito de lucha, un juramento.

Afirmar que Perón vive no es caer en ningún tipo de trascendentalismo azucarado: no somos idiotas los peronistas. Y porque no lo somos es que decimos esto: que Perón vive. En el pueblo primero, y en el movimiento peronista y en Isabel después. Y en la doctrina. Porque nadie puede hacerse el distraído en esto: el general habló muy claro desde que volvió a la Patria. Y así nomás, con ese estilo suyo y tan nuestro, dijo lo que quería: la unidad nacional, la pacificación, la reconstrucción, la liberación y la organización del Pueblo. Todo esto y no la guerra. Todo esto y no los sectarismos. Todo esto y no las apetencias de círculo, las pasiones hereditarias, los alternativismos de izquierda y de derecha que tienden a debilitar la unidad de nuestro movimiento.

Ahora se viene, es cierto, una lucha ardua y difícil. Pero una lucha para ser ganada: la del peronismo de Perón. Y hay muchas armas para emprenderla. Porque un Perón, la compañera Isabel, sigue al frente del movimiento. Y con muchas ganas de conducir. Porque un movimiento, el nuestro, está mucho más organizado de lo que algunos pretenden y listo para seguir andando. Porque un partido, el Justicialista, ha quedado en buenas manos y poco propenso a caer en las redes de la partidocracia liberal. Y porque el general sigue con nosotros. Y porque está el Pueblo, que es peronista de verdad y sabe cómo actuar para seguirlo siendo.

Pero también están los que van a patear en contra. Ante todo: los que se preparan para la violencia. Porque no hay nada más contrarrevolucionario en la Argentina de hoy que la violencia. Después, los que actúan desde las sombras, los que largan rumores, predicen cataclismos o anuncian atentados, muertes y estridencias varias. Y también los que se disfrazan de bienintencionados, los que intentan salvar el orden institucional, los que proponen "gabinetes de coalición", los que sugieren que —ante la gravedad de la hora— el gobierno de Isabel debe acentuar las alianzas extrapartidarias. O sea: los que pretenden que el peronismo ceda posiciones de gobierno, que el gobierno deje de ser de los peronistas.

Tampoco favorecen la causa del peronismo quienes se han largado a pronunciar la palabra "vacío": vacío de poder, vacío de representatividad ante el pueblo, vacío de conducción. No, compañeros, van mal por ahí. Recuerden: ese era el lenguaje de los golpistas del 66, de Primera Plana, de Marianito Grondona, de Timmerman. De todos los que justificaron el golpe militar con la cuestión del vacío de poder.

Las tareas organizativas siguen en primer plano. Tal como cuando Perón estaba físicamente entre nosotros. Pero atención: aquí va a conducir Isabel. Se equivocarán quienes pretendan ofrecer su propia organización como reemplazo de la conducción

que ejercía el general. Porque el general la dejó a Isabel. Y porque Isabel va a conducir. Y porque en tanto esté dispuesta a hacerlo, las organizaciones deberán servir de intermediadoras de esa conducción.

Solamente unas palabras en relación al contenido de este primer número de *Aluvión*: todos los trabajos que aquí se publican fueron escritos antes del primero de julio. Y sirven. Sirven porque el del compañero Horacio Gonzalez plantea un problema siempre vigente para los peronistas: el de la formación del poder del Pueblo. Porque el del compañero Santiago Gonzalez explicita aquellos elementos culturales que fortalecerán nuestra identidad como Nación. Y porque el del compañero José Pablo Feinmann desarrolla, a partir de la conducción de Perón, el estilo peronista de la conducción política. Aquél, justamente, que resulta hoy imprescindible mantener en pie para fortalecer la vigencia revolucionaria de nuestro movimiento.

Y finalmente, en un plano más personal, estos trabajos sirven para mostrar donde estábamos el 1º de julio quienes hacemos esta revista: estábamos con usted, general Perón, con la unidad nacional, con la reconstrucción y la liberación de la Patria, con el pueblo peronista. Como lo vamos a seguir estando siempre. Porque queremos tenerlo con nosotros, seguir a su lado, y porque no hay otro camino más que ese: el que usted nos marcó.

Es nuestra palabra.

Quiénes somos

Aluvión surge, ante todo, como producto de la militancia de un grupo de compañeros de distintos frentes del movimiento peronista. Aspira a dar un servicio y cubrir una necesidad.

En tanto servicio a ofrecer, *Aluvión* se propone brindar elementos de discusión y desarrollar elementos político-doctrinarios para la formación de los cuadros del movimiento peronista.

En tanto necesidad a cubrir, *Aluvión* expresará el imprescindible surgimiento y desarrollo de una línea política que tienda a evitar las polarizaciones internas del movimiento peronista. Se trata de no crear falsas opciones que debiliten el campo del pueblo. En todo movimiento nacional hay líneas políticas contradictorias, y hasta es muy saludable que así sea, pero cuando esas mismas líneas se transforman de contradictorias en antagónicas, el movimiento se debilita y queda abierta la posibilidad para el avance enemigo.

Definirnos como militantes del movimiento peronista implica el reconocimiento total y absoluto del liderazgo del Tte. Gral. Perón. Y el reconocimiento de este liderazgo implica el de la conducción estratégica que Perón ejerce sobre el movimiento peronista y la totalidad de la Nación. Porque nadie puede separar al Perón-líder del Perón-conductor. Ese reconocimiento de las masas, esa confianza cotidianamente renovada, no tiene fundamentos irracionales sino que es el fruto de una determinada conducción política. El liderazgo lo tiene el líder porque sabe conducir al pueblo por el camino de la liberación.

Vivimos la etapa dogmática: así acaba de afirmarlo nuestro conductor estratégico. Como peronistas, debemos asumir que ésto implica el insoslayable fortalecimiento de nuestro movimiento, tanto en el plano estructural como en el doctrinario.

El movimiento peronista, la organización revolucionaria del pueblo, debe evitar las polarizaciones internas que puedan debilitarlo y comprometerse en bloque junto al líder. Y a este magno proyecto podemos nombrarlo con el más entrañable de los conceptos peronistas: el de la lealtad.

A propósito de la conducción

Características de la nueva lucha para la cual Perón convoca

En agosto de 1973, ante los gobernadores de provincias, el líder de los trabajadores argentinos enunció los siguientes conceptos doctrinarios: "la lucha ha finalizado por lo menos en su aspecto fundamental. Esa lucha enconada, difícil, violenta en algunas circunstancias, ya ha terminado; y comienza una lucha más bien mancomunada, de todas las fuerzas políticas en defensa de los intereses y objetivos nacionales" (2/8/73). El concepto de *unidad nacional* se transforma así en la clave para comprender la estrategia desplegada por Perón en esta nueva etapa de la revolución peronista. Pero debe quedar en claro: no se renuncia a la lucha (y en este sentido permanece aún vigente la consigna: *la lucha continúa*), pero se trata de privilegiar una determinada clase de lucha (*la de la unidad*) por sobre otra (*la del enfrentamiento*). Para Perón no hay unidad de la Nación sin unidad del Pueblo. Y debemos entender esto en su sentido más preciso: *la organización de la Nación es paralela a la organización del Pueblo*.

Son conocidas las críticas que se nos formulan a los peronistas cuando enunciamos estos conceptos doctrinarios. ¿Qué es esto de la unidad nacional? Porque así suele suceder: algunos hasta se indignan con nosotros. Ocurre que suponen que hemos entretejido una enorme bolsa de gatos donde nos proponemos ahogar los conflictos sociales en aras, precisamente, de esa neblinosa *unidad nacional*. Quedamos así definidos como *populistas*, especie de idiotas útiles de derecha encargados de introducir, embozadamente, la ideología burguesa en la conciencia obrera. Y bien: *no es así*. El concepto de *Pueblo* que manejamos los peronistas nada tiene que ver con la mermelada parlamentaria del demoliberalismo burgués. No todos son *Pueblo* para nosotros. Y vamos a explicarlo.

Nuestra doctrina nacional está expresada en el pensamiento de los líderes de la revolución, en ellos se sintetiza el proceso liberador en toda su complejidad. No es por azar que la doctrina nace, se desarrolla y consolida en relación a la empresa fundante de la independencia de la Nación. *Porque no hay doctrina nacional sin Nación y sin Pueblo*. Y estas dos entidades, a lo largo de toda nuestra historia, alcanzaron sus mayores niveles de complementación cuando el surgimiento de determinados individuos históricos, *los conductores de pueblos*, posibilitó fundirlas en un proyecto político único. No hay sino que recordar las consignas que esos conductores recogieron de las masas con el propósito de convocarlas y movilizarlas, para comprender lo siguiente: *el concepto de Pueblo fue siempre inseparable del de antiPueblo. Viva la Santa Federación/ mueran los salvajes unitarios, Régimen o Causa, Braden o Perón: el señalamiento del enemigo principal es una constante insoslayable en el pensamiento*

de nuestros conductores de pueblos. Para nosotros, peronistas, hay *Pueblo* y *antiPueblo*. Y este claro señalamiento del enemigo es lo que nos distingue, definitivamente, del igualitarismo demoliberal burgués.¹

Perón convoca a la unidad nacional, en esto estábamos. Y esta convocatoria es tan amplia que lo determina a introducir variaciones en una de las veinte verdades de nuestra doctrina: "Habíamos establecido que para un justicialista no hay nada mejor que otro justicialista. Pero ahora cambiamos y decimos que para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino" (14/12/73). Son los contenidos de esta nueva etapa de la revolución peronista. El movimiento debe consolidarse a través de la constitución del más poderoso frente político que registre la historia de nuestra Patria. Son también las enseñanzas de la derrota táctica del 55: con una política internacional que evite nuestro aislamiento, con un bloque interno de fuerzas políticas compacto y colaboracionista aún dentro de su inevitable heterogeneidad, y con un movimiento organizado y disciplinado que pueda canalizar la participación popular, aquella trágica experiencia no volverá a repetirse.

Perón y los peronistas sabemos que hay contradicciones en el seno del Pueblo. No hay que ser clarividente para advertirlo, y resulta lamentable que algunos hagan de la política una empresa destinada a la marcación estridente de esas contradicciones: el verdadero modo de hacer política apunta siempre a objetivos más serios y profundos. Perón, acostumbrado a conducir el desorden, ha enseñado cotidianamente que lo grande en política no radica en descubrir la existencia de las contradicciones, sino en saber elaborarlas con el menor costo posible de polarizaciones y enfrentamientos, evitando así presentarle brechas al enemigo. Y esta es la nueva lucha para la cual convoca: la primacía del tiempo sobre la sangre, de la integración sobre la beligerancia, de la unidad sobre la disociación. No le está pidiendo a nadie que se esfuerce por disimular las contradicciones: están allí, existen, son tan evidentes que es muy escaso el mérito que se le puede conceder a quien meramente las perciba. Pero lo que el general exige férreamente, por vía de conducción, es que ningún peronista transforme esas contradicciones en antagónicas: *sólo así será posible elaborarlas adecuadamente en la lucha por la liberación nacional y social de la Patria*.

Conducción y alternativismo

Una adecuada reflexión sobre los fundamentos de la revolución peronista deberá girar en torno a una escasa serie de conceptos que puedan transformarse en claves o guías explicativas. El de *conducción* es uno de ellos; los de *Pueblo*, *doctrina*, *lealtad* y *organización*, algunos de los otros. Aquí partiremos del concepto de *conducción*. Y tenemos nuestras razones.

La revolución peronista tiene un conductor y ese conductor es el líder de los trabajadores argentinos. Se trata de una verdad elemental y seguramente nos hubiera

¹ En la consigna que lanza Juan Facundo Quiroga, *Religión o Muerte*, la determinación del enemigo no está explícita sino implícita. Nosotros, está diciendo Facundo, estamos del lado de la religión porque allí están nuestras tradiciones, la memoria colectiva de nuestro pueblo, aquello que nos distingue como Nación, y si decimos *Religión o Muerte* es porque estamos dispuestos a jugarlo todo en esta lucha, hasta la propia vida: "Las armas que hemos tomado en esta ocasión (le escribe al general Paz en enero de 1830) no serán envainadas sino cuando haya una esperanza siquiera de que no serán los pueblos nuevamente invadidos. Estamos convenidos en pelear una sola vez para no pelear toda la vida. Es indispensable ya que triunfen unos u otros, de manera que el partido feliz obligue al desgraciado a enterrar sus armas para siempre". *Religión o Muerte*, en suma, señala como enemigos de la Patria a quienes intentan distorcionar su identidad nacional, fundamento de toda posible liberación: no necesitaban ser demasiado susceptibles Rivadavia y el grupo ilustrado de Buenos Aires para sentirse señalados por esa consigna. Casi cuarenta años después, en diciembre de 1866 y desde la cumbre de la cordillera de los Andes, también Felipe Varela movilizaba a los pueblos del interior a través del claro señalamiento del enemigo: "¡Abajo los infractores de la ley! ¡Abajo los traidores a la Patria! (...) ¡atrás los usurpadores de las rentas y derechos de las provincias en beneficio de un pueblo vano, despota e indolente!".

parecido superfluo en otros momentos tener que recordarla. Pero hoy no ocurre lo mismo. Y no porque nos interese levantar alguna especie de verticalismo fanático y oportunista, pues de nada le sirven a Perón actitudes así: no hacen sino impedir el desarrollo de líneas políticas nuevas con las que pueda manejarse.² Pero lo que aquí importa es llevar a primer plano uno de los elementos esenciales de la revolución peronista. Y ya que estamos decididos a explicitar lo obvio, recordemos una vieja verdad: elemento esencial de una cosa es aquel cuya ausencia determina que esa cosa deje de ser lo que es. En suma: *no hay peronismo sin conducción política.*

Suelen ofrecerse reparos a este tipo de afirmaciones. La crítica que gira en torno al calificativo de *oportunismo* no la consideraremos porque, aunque basada en la existencia de ciertos casos aislados, no es seria ni agrega conocimiento de la realidad: se trata de una fácil y abstracta condena moral que se lanza sobre quienes no piensan como uno. Pero hay otro planteo (desarrollado especialmente desde las páginas de la revista *Militancia*) que nos interesa explicitar y según el cual el peronismo podría llegar a definirse al margen del concepto de conducción política. Quienes así piensan lo hacen determinados por una realidad frecuentemente dramática: la contradicción entre sus propios proyectos estratégicos y los de Perón. ¿Qué hacer?

Cuando ya no es posible ser peronista con Perón hay que encontrar un modo de serlo sin él. Porque lo que no es posible (advierten quienes así razonan) es dejar de ser peronista, pues ahí está el Pueblo y ésa es su innegable identidad política. *Y nadie puede organizar ni movilizar seriamente a nadie en la Argentina al margen del peronismo.* He aquí entonces el problema: ¿cómo ser peronista al margen de Perón? Hay, fundamentalmente, dos modos: 1° — reivindicando una especie de ortodoxia creadora y señalando como verticalistas, falsos ortodoxos u oportunistas a quienes postulan el acatamiento a Perón. Hay, en todo esto, algo de cierto. Porque es cierto que existen falsos ortodoxos, oportunistas, y que a Perón no lo favorece un acatamiento mecánico y no enriquecedor de sus decisiones. Pero no es menos cierto que cuando estos razonamientos surgen de un fundamental desencuentro con el proyecto estratégico de Perón, acaban por hacer de todo aquel que acepte este proyecto un falso ortodoxo y un oportunista y acaban por transformar, casi inevitablemente, esa pretendida ortodoxia creadora en un proyecto político y de conducción alternativo al del líder de los trabajadores; 2° — postulando la posible existencia de un peronismo que reemplace la lealtad a Perón por la lealtad al Pueblo o a la clase trabajadora. Se rechaza de este modo la vigencia de una identidad fundamental para todo peronista. Pues así lo hemos dicho siempre y lo decimos hoy: Perón se escribe con P de Pueblo y de Poder. La militancia alternativista, por el contrario, toma como punto de partida una postulada quiebra presente de esta triple equivalencia: *Perón = Pueblo = Poder.* Vamos a analizar algunos de los argumentos que ofrece.

La crítica alternativista se dirige, en general, a la acción de gobierno. Perón es el gran ausente pero también la ominosa presencia de todos sus planteos. Y la pregunta inevitable que surge siempre es una sola: la del papel de Perón. Si todo es tan desastroso, si al pueblo se lo explota y reprime como en los peores momentos de la dictadura militar, ¿qué pasa con Perón, cómo se lo define? Pues este es el problema del alternativismo: que es Perón quien está al frente de este gobierno pretendidamente monstruoso. Y como el pueblo sigue creyendo en Perón no hay más remedio que echarle la culpa a sus personeros. Pero la cosa tampoco va porque el mismo Perón marcó a fuego: "Observen que contra Perón no trabaja nadie. El tiro es contra nuestras organizaciones. Cuando alguien quiere atacarlo a Perón, sin que se note, ataca a un dirigente que está con él, o a un ministro, o a un compañero. Lo ataca y le dice de todo. Yo sé que cuando se lo dice a él me lo manda para mí" (8/11/73). Presentar la imagen de un Perón cercado tampoco ha servido pues el Pueblo cree, ante todo, en el poder de Perón y no en su debilidad. Identificarlo con el Irigoyen del 30 es decidi-

² Pero atención: la exacerbación de la postura inversa (es decir: la de crear líneas políticas nueva: bajo el pretexto de ofrecerle elementos de poder a Perón) suele conducir a una enmascarada heterodoxia que acaba en el alternativismo doctrinario y de conducción. Volveremos sobre esto.

damente gorila y pequeñoburgués. ¿Qué hacer entonces? La cuestión no tiene arreglo y por una razón muy simple y profunda: *la identidad Perón, Pueblo y Poder continúa siendo expresión de las convicciones políticas de nuestra clase trabajadora y todo proyecto que se margine de estas convicciones queda reducido a la impotencia.*

De las posturas alternativistas hay una que nos interesa en especial para el desarrollo de nuestro tema: el rechazo del concepto de conducción. Nosotros habíamos sido terminantes: *no hay peronismo sin conducción política de Perón.* Queda en claro a esta altura que el alternativismo no puede sino rechazar esta afirmación: mal puede conducir al Pueblo quien ha dejado de representarlo. Y para explicar esta quiebra de representación se han ofrecido y se ofrecen varios argumentos, algunos más benévolos (*cercos, impotencia*) y otros más condenatorios (*proyecto estratégico decididamente pro-imperialista*) respecto de Perón. Pero lo que el alternativismo, y todas las posturas que le son colaterales, no puede sino elaborar es una interpretación del peronismo al margen de la presencia de Perón. Y así lo ha hecho. A la lealtad a Perón opone la lealtad a la clase trabajadora. Define al peronismo a través de su historia, que es la de las luchas de la clase trabajadora, pero margina esa historia y estas luchas de la presencia constante del liderazgo de Perón. Quienes así razonan acaban, inevitablemente, por considerarse más peronistas que Perón, pues afirman continuar siendo fieles a todo aquello que Perón ya no representa. Y hacen girar en torno a esta fidelidad la esencia del peronismo. Ser peronista, en suma, es ser fiel a los intereses de la clase trabajadora. Y si Perón ya no sirve como estandarte para respaldar esto, ahí está Evita: una Evita mítica, toda hecha de fuego y revolución. Pero una Evita que poco tiene que ver con la Evita real, con aquella que desplegó su acción revolucionaria como integrante del movimiento peronista, que fue la más fiel de las conducciones tácticas del líder, que escribió la más "obsecuente" de las historias del peronismo, que se jugó en todos los vericuetos de la política táctica del gobierno y defendió y fiscalizó la rigurosa aplicación del plan económico del 52, aquella primera especie de *pacto social* del que tanto han abominado los intérpretes "revolucionarios" del peronismo.

El alternativismo se ha visto condenado, así, a adoptar líneas políticas semejantes a las de ciertos grupos antiperonistas de izquierda. Aquellos que, coherentemente, tachaban el nombre de *Perón* en esas pintadas nuestras que decían *Perón al poder* y escribían encima *el Pueblo.* Continúa, sin embargo, reivindicando su condición de peronista, sólo que ahora lo hace adhiriendo al Pueblo y no al líder, pues ambos —cree— han dejado de identificarse. Pero cuando afirma que un peronista obtiene su condición de tal por su fidelidad a los intereses de la clase trabajadora expresados en treinta años de lucha, incurre en dos errores de elevada peligrosidad: a) ya lo hemos dicho: margina las luchas de la clase trabajadora peronista del liderazgo de Perón, pues políticamente es casi imposible rescatar en el pasado aquello que no se puede asumir en el presente; b) acaba por identificar, con riesgosa frecuencia, esos pregonados intereses de la clase trabajadora con sus propios proyectos políticos. *¿Cómo es posible reemplazar la lealtad al conductor por la lealtad al Pueblo cuando el Pueblo continúa siendo leal al conductor?* ¿No se acaba así por ser leal meramente a sí mismo? Con mayor modestia, entonces, debería decirse *nosotros* allí donde se dice *el Pueblo.*

Frecuentemente se responde a estos planteos afirmando que la presente lealtad del Pueblo al líder es meramente circunstancial. O para decirlo más exactamente: una cuestión de conciencia de clase. Se postula entonces la necesidad de bajar a las masas una "línea revolucionaria", pues no trascender el estado presente de la conciencia popular es propio del oportunismo populista. Quizás convenga recordar aquí ciertas ideas de un gran escritor político, militante peronista y delegado táctico de Perón. Decía Cooke: "la política revolucionaria no parte de una verdad conocida por una minoría, sino del conocimiento que tengan las masas de cada episodio y de las grandes líneas estratégicas". Pues tampoco hay que olvidarlo: Cooke fue, ante todo, un conductor auxiliar del general Perón. Y no solamente combatió al burocratismo, sino también "a los poseedores de las recetas infalibles para la revolución perfecta, trazada con escuadra y tiralíneas". Por eso es nuestro, de los peronistas y de Perón.

Desde el Consejo Nacional de Posguerra, desde la Secretaría de Trabajo, el líder y el Pueblo comienzan un diálogo ininterrumpido y revolucionario. El conductor conduce al Pueblo en una perspectiva de poder y liberación. El Pueblo conduce al conductor expresándole sus necesidades y deseos, arimándole su fuerza, disponiéndose para la organización. La relación Conductor-Pueblo es una relación dialéctica.

Los momentos de mayor profundidad revolucionaria de nuestra historia, y del Tercer Mundo en general, surgen como expresión del encuentro entre el conductor y las masas. Nuestros conductores de pueblos concibieron siempre la acción política a través de la movilización revolucionaria de las mayorías. Entendiendo por movilización la integración de las conciencias a través de una doctrina, y la participación popular organizada para la defensa de los intereses nacionales. En una palabra: *La Nación en armas, esto es movilizar*. Así lo enseñaron Artigas, Rosas, Solano López y Perón.

Los peronistas actuamos y pensamos desde una perspectiva de conducción. *No aceptamos un peronismo al margen del concepto de conducción política porque no aceptamos un peronismo sin Perón*. Renunciar, entonces, a este concepto fundante significa entrar a participar del juego de los sucesores o herederos. Y sabemos que significa éso.

Que no hay peronismo sin conducción política, significa también que éste es el peronismo en el cual las mayorías argentinas han encontrado su identidad política. Que la lealtad del Pueblo a Perón no tiene fundamentos irracionales ni obedece a falta de conciencia de clase, sino que es la lealtad a una determinada conducción política. Que después de Perón vendrá sin duda otra cosa, aunque no necesariamente otro peronismo, pero que el único modo honesto de trabajar para entonces y diferenciarnos de los sucesores y herederos, es asumir en el presente la conducción política de Perón, pues solamente así conservaremos para el futuro sus metas más profundas, aquéllas que el Pueblo dictó e hizo suyas: las de la Justicia, la Soberanía y la Liberación de la Patria.

Vayamos ahora, específicamente, al concepto de conducción. Para determinar sus contenidos recurriremos al libro clásico de Perón sobre el tema. Citaremos, así, algunos de sus textos fundamentales, de aquéllos que forman parte indisoluble de la doctrina peronista, expresión de la conciencia política de nuestro Pueblo, y que los cuadros del movimiento deben conocer en profundidad. Porque como dice el general: "muchos hablan de la doctrina y no la han leído siquiera, o sea no han comenzado a realizar la primera tarea, que es conocerla"³.

Perón comienza por distinguir tres elementos en la conducción política: a) *el conductor*; b) *los cuadros auxiliares de la conducción*; c) *la masa y su organización*. Corresponde al conductor la conducción estratégica, quedando reservada la conducción táctica a los cuadros auxiliares de conducción. "En toda conducción (explica Perón) es necesario distinguir dos clases de acciones. Una, de acciones que obedecen a la conducción de conjunto, lo que llamaríamos en política la conducción estratégica, o sea la conducción total. Y otra, que llamaríamos la conducción de las partes, es decir, la conducción táctica. En este sentido, aplicada la conducción a la política, la estrategia busca dominar a los adversarios con la acción de conjunto, y la conducción táctica prepara el éxito de la conducción estratégica, dominando local y parcialmente en la lucha de las partes; *si la conducción táctica da éxito, prepara el éxito de la conducción estratégica* (subr. nuestro). La conducción estratégica "mira con lente planar todo el panorama, sin que pierda ninguna de sus partes". La conducción táctica "mira con lente de concentración cada uno de los panoramas locales para penetrarlo profundamente y resolverlo".

³ Perón, Juan: *Conducción Política*. Pertenecen a esta obra todas las siguientes citas de Perón que no llevan fecha.

Está aquí en juego el concepto de lealtad. Dice Perón: "tanto es indispensable el conductor estratégico como son indispensables los numerosos conductores tácticos. Es también real que con una gran conducción de conjunto se puede arribar a un éxito, pero éste se conquista con la conducción acertada de las partes". Y resume: "Si es importante la acción del conductor, no lo es menos la acción de los conductores auxiliares. Estos representan la multiplicación del conductor". Y más aún: "Quizá en ciertos aspectos tiene más importancia el conductor auxiliar que el propio conductor, porque el auxiliar es el que está en contacto directo con la masa, y por buenas que sean las intenciones del que conduce de arriba, él no puede dar su ejemplo personal ni llegar con su palabra todos los días a quienes él debe ir formando en la misma mística y en la misma moral". La lealtad de los conductores auxiliares al conductor estratégico surge, de este modo, como un dato insoslayable de la práctica política del peronismo. No sólo se interesa Perón en marcar la transmisión necesariamente fiel de las directivas del conductor, sino que insiste en destacar aspectos aparentemente laterales a los que otorga importancia decisiva: la conducta personal de los conductores auxiliares, por ejemplo. El conductor estratégico abre un espacio político en el cual pueden desplazarse los conductores auxiliares, es lo que llamaremos *el espacio de la lealtad*. Dentro de él todo, fuera de él nada. Allí pueden los conductores auxiliares ejercitar sus talentos para el desarrollo creador de las directivas del líder. Según la coyuntura política por la que atravesase el movimiento, el espacio de la lealtad ha de ser amplio o restringido, y nadie podrá alegar desconocer sus alcances y límites pues el conductor vive consagrado a la tarea de fijarlos claramente: aún en los momentos de mayor elasticidad política Perón fijó límites en el movimiento peronista.

La masa también forma parte de la conducción, y ésto es lo que determina la imposibilidad de ejercer en nombre del peronismo una política que no abra cauces a la participación popular. Ha sido y es una de las mayores preocupaciones del general: "Lo primero que hay que hacer (afirma) es despertar en la masa el sentido de la conducción (...). Es muy difícil conducir una masa que no está preparada; y esta preparación es de dos órdenes: una preparación moral para que sienta el deseo y la necesidad de ser conducida; y otra para que sepa ser conducida y ponga de su parte lo que necesite para que la conducción sea más perfecta. El último hombre que es conducido en esa masa tiene también una acción en la conducción".

La importancia de estos textos radica en que Perón explicita en ellos las condiciones que debe reunir la masa para participar de la conducción política. Llevan también a primer plano una de las más hondas inquietudes de los peronistas de hoy: la participación popular en el desarrollo del actual gobierno peronista. Perón ha ofrecido ya los lineamientos a través de los cuales se realizará este proceso.

Conducción y participación popular

Conducción Política postula la necesaria concientización de las mayorías: "Algunos creen que al formar una masa para conducirla, cuanto más ignorante mejor. Es teoría también de algunos conductores políticos. Cuanto más ignorante mejor, porque ellos la conducen para sus apetitos. Los apetitos propios de una masa ignorante son malos consejeros para la conducción, porque los apetitos están contra la función básica de la conducción: que sea una masa disciplinada, inteligente, obediente y con iniciativa propia. Si se consigue eso, esa es la masa para conducir, es la masa fácil, la que se conduce sola, porque hay momentos en que pierde la acción del conductor, que se va de la mano del conductor, y en ese momento debe conducirse sola". *Fue lo que pasó el 17 de octubre de 1945*: "Si la masa no hubiera tenido las condiciones que tuvo cuando el 17 de octubre perdió el comando, perdió la conducción, no hubiera procedido como lo hizo; actuó por su cuenta, ya estaba educada". *Fue lo que pasó el 6 de setiembre de 1930*: "Perdieron el conductor y la masa misma se alzó contra su propio conductor y lo echó abajo. Era una masa inorgánica, que no estaba preparada para ser conducida".

El modo peronista de hacer política implica la imposibilidad de todo proyecto que no tenga como sujeto al Pueblo. Así lo entendió ya Perón desde aquellos tiempos de la Secretaría de Trabajo. El panorama que encontró entonces, al ocupar aquel puesto burocrático y aparentemente sin futuro donde pensaban neutralizarlo los militares del 43, no difería mucho del presente: "sabía que la masa estaba descorazonada por la falta de sinceridad y de lealtad y por la mentira permanente con que habían procedido los que habían actuado antes que yo". Era necesario, en consecuencia, devolverle a ese pueblo la confianza para la organización y la práctica política: era necesario, también entonces, reconstruir al hombre. Y el conductor comienza por ofrecer su ejemplo personal: "En vez de la mentira, decirles la verdad. En vez del engaño, ser leal y sincero y cumplir con todo el mundo (...) Fue así como persuadí a la gente, y cuando estubo persuadida y tuve el predicamento necesario me largué a una acción más grande porque ya tenía el apoyo. Había obtenido la palanca y empezaba a mover el mundo. Eso era lo que yo necesitaba para comenzar a conducir. Ya tenía una masa, todavía inorgánica, posiblemente, para conducir, pero que mediante distintos sistemas y maneras de actuar podría ir conduciendo". La habilidad del conductor lo determina a desplegar su política partiendo de las reivindicaciones inmediatas de las masas: "Nosotros comenzamos por hacer una reforma social porque necesitábamos el predicamento de las masas, que sólo se podía lograr mediante la satisfacción de lo que anhelaba". Pero la meta final de la política movilizadora implica la superación de la esfera meramente económica o social y el rescate del hombre en su más compleja integridad: "yo mandaba sobre el corazón de muchos miles de hombres. Esa es, quizá, la primera condición para conducir. Es decir, actuar sobre el corazón de los hombres, no sólo sobre su voluntad, para que lo acompañen a uno concientemente y de corazón (...) Por eso digo que en la conducción no son sólo los valores materiales los que cuentan y no es sólo la inteligencia del individuo la que actúa. Actúan también sus sentimientos, sus valores morales, sus virtudes". En la conducción, en suma, ya como conductor o como conducido, el hombre está presente en totalidad. Y como tal será necesario rescatarlo para la acción política.

La participación popular resulta también imprescindible en la plasmación y actualización de la doctrina. Hay un ejemplo revelador en la historia de nuestro movimiento: cuando el Pueblo se moviliza tras la consigna *Braden o Perón*, está decidiendo, en y por ese mismo acto, hacer girar la práctica revolucionaria en torno a la cuestión nacional. No han sido, pues, "los muchachos estudiosos del peronismo" (como afectuosamente los nombra Perón en *Conducción Política*) quienes han decidido constituir la doctrina en relación al problema de la contradicción principal, sino el Pueblo en tanto entidad creadora y fundante. *Braden o Perón*, consigna lanzada por el líder de los trabajadores para las luchas electorales de febrero del 46, proyecta a primer plano la cuestión nacional (*Imperialismo-Nación*) y revela su valor de verdad en el poder para movilizar a las mayorías tras los objetivos de una sociedad más justa. *La doctrina nacional, de este modo, surge como resultado de la relación Conductor-Pueblo*.

Perón llama *unidad de concepción* a la capacidad de la doctrina como integradora de conciencia, y *unidad de acción* a la vocación organizativa y ejecutiva del Pueblo. *No puede haber unidad de acción sin unidad de concepción, ni unidad de concepción sin unidad de acción*. Y dice Perón: "Por eso cuando hablo de la moderna conducción, hablo de la necesidad primaria de organizarse para actuar con la unidad de concepción que nace de la doctrina y de la comunidad de acción que nace de la unidad de concepción. Sin esto, todas son dificultades para la conducción". En resumen: *así como no hay peronismo sin conducción política de Perón, tampoco hay peronismo sin participación activa y creadora del Pueblo*. Este necesario proceso está siendo orientado por el propio general para la actual etapa de la revolución peronista. Intentaremos explicitar sus líneas centrales.

A la consigna de *hacer lo que el Pueblo quiere*, Perón ha adosado siempre la necesidad de ejercitar una tarea educativa sobre las masas, aceptando, de este modo, el juego de ida y vuelta que postula el apotegma maofista: "enseñar a las masas con precisión lo que hemos aprendido de ellas con confusión". De aquí la necesidad de

transformar al movimiento peronista "en una verdadera institución política, que no solamente se ocupe de la lucha política, sino, también, de la cultura política que nuestro país necesita" (2/8/73). Pues así es como visualiza las cosas Perón: "Nosotros somos un país politizado, pero 'sin cultura política'" (2/8/73). Con lo cual está señalando una determinada carencia: la de una organización política que pueda movilizar al Pueblo tras los objetivos *presentes* de la revolución peronista. Por eso propone la reorganización del movimiento: "los peronistas tenemos que retornar a la conducción de nuestro movimiento, ponerlo en marcha y neutralizar a los que pretenden deformarlo desde arriba y desde abajo" (21/6/73). Por eso, también, exige un proceso de depuración en el orden directivo: "Luchamos porque un día esa juventud, que constituye una de las ramas del Movimiento, tenga sus verdaderos y fehacientes representantes, sus dirigentes, a los cuales nosotros les podamos confiar un día nuestras banderas para que las lleven al triunfo (8/11/73). Y por eso, finalmente, exige el acatamiento a un cuerpo doctrinario, fruto de la práctica creadora del Pueblo, que ha demostrado notable poder de integración y disciplina durante treinta años de luchas del pueblo peronista: "Nosotros somos justicialistas, levantamos una bandera tan distante de uno como de otro de los imperialismos dominantes, no creo que haya un argentino que no sepa lo que ello significa. No hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina y a nuestra ideología. Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen" (21/6/73). De ningún modo implican un fijismo reaccionario afirmaciones de este tipo, aunque todos sabemos que existen quienes las utilizan con esos propósitos. Pero Perón apunta a otros objetivos. La doctrina expresada en las veinte verdades justicialistas continúa siendo el núcleo de integración de todos los peronistas, obligándolos al acatamiento de las banderas creadas por el Conductor y el Pueblo. Nadie dice que no se vaya a cambiar jamás, ni que la palabra *actualización* deba ser eliminada del vocabulario peronista. Pero en tanto el proceso de participación popular no esté resuelto para la actual etapa de la lucha, lo aconsejable es exigir el más férreo acatamiento a la doctrina establecida, pues lo contrario —y nadie lo sabe mejor que Perón— implicaría abrir posibilidades al desviamiento ideologista.

El proceso de la participación popular lleva a primer plano el de la reconstrucción del hombre, pues aquél tiene a éste como condición de posibilidad. "Nosotros (afirma Perón) salimos de una guerra civil, desembozada o no, en la que se ha destruido en el país todo lo que pudo destruirse, comenzando por destruir al argentino, que es la mas terrible de todas las destrucciones que pudieron haberse realizado" (2/8/73). La situación, lo habíamos ya señalado, presenta para Perón similitudes con la de 1943: un pueblo engañado, acostumbrado a hacer del egoísmo y la frustración sus vivencias cotidianas. Y también un pueblo que ha luchado, que ha conseguido el enorme triunfo del retorno de su líder, pero al cual ese líder considera ahora necesario encauzar en un nuevo tipo de lucha. Pues así lo ha dicho Perón: "Nosotros quizá hayamos tenido la última lucha dura y difícil en estos dieciocho años; pero se inicia para nosotros una nueva etapa, en la cual una organización y una elevación del nivel cultural político de nuestras masas nos facilitarán todos los trabajos y todos los esfuerzos que deberemos realizar" (2/8/73).

Resumiendo, el proceso de participación popular presenta para Perón los siguientes requisitos: 1° — reconstrucción del hombre: devolver al argentino la fe y la fortaleza para el trabajo creador, para la acción y la organización política; 2° — reorientar la capacidad de lucha del Pueblo bajo las metas de la actual etapa de la revolución peronista; 3° — depuración en el horizonte directivo: contar con conductores auxiliares leales al proyecto del líder, capaces de bajarlo a las masas, recibir de éstas sus inquietudes enriquecedoras y pasarlas, sin interferencias, al líder; 4° — reorganización del movimiento peronista: transformarlo en una escuela de formación que eleve la cultura política de las masas, condición de su participación en el proyecto presente; 5° — mantenimiento y acatamiento de un cuerpo doctrinario de probada eficacia organizativa: toda posible *actualización* queda postergada en tanto la capacidad creadora de las masas no sea integrada al proceso.

Las tareas que de todo esto surgen para los cuadros del movimiento peronista son innumerables: explicitación de los contenidos de la actual etapa de nuestra revolución, desarrollo concreto y gráfico de los temas del Plan Trienal, comentarios de los discursos del general Perón, impulsión de toda forma auténtica de organización popular, bloqueamiento de aquellas líneas políticas de nuestro movimiento que puedan transformarse en antagónicas contribuyendo a debilitarlo, etc. Todo esto permitirá viabilizar la gran tarea de los verdaderos peronistas de hoy: la incorporación creadora y activa del Pueblo al proyecto del general Perón. Pues no hay que olvidarlo: *el poder peronista reside en la capacidad organizativa del Pueblo, se construye en el llano y Perón lo sintetiza en la conducción de la comunidad nacional.*

Volvamos ahora, brevemente, a la necesidad de enriquecer la cultura política de las masas. Es necesario destacar que este planteo de Perón nada tiene que ver con el proyecto concientizador de las vanguardias ilustradas. Para éstas, en efecto, las convicciones políticas de nuestras masas son contradictorias con sus auténticos intereses históricos: la conciencia popular es, de este modo, una conciencia heterónoma, alienada. Y si bien ciertos vanguardistas que amontonan su respeto por la realidad en la contratapa de sus publicaciones, aconsejan desarrollar la práctica revolucionaria a partir de la identidad política de las masas (es decir: del peronismo), resulta contradictorio que depositen esta tarea en quienes impulsan una *alternativa socialista* en el movimiento peronista, marginándose del liderazgo de Perón y también, quiérase o no, de la identidad política de las masas. Pues hay que entenderlo: el peronismo no es una mera historia de reivindicaciones obreras, ni un estadio primitivo y elemental de la conciencia revolucionaria. Nadie puede, en consecuencia, postular un respeto por la identidad política de las masas que no implique la aceptación de una doctrina, una estructura organizativa y un liderazgo a través de los cuales esa identidad se constituye. El proyecto concientizador que impulsamos los peronistas parte de estas realidades y apunta en el sentido de su profundización, de aquí sus diferencias y oposiciones con el de las vanguardias esclarecidas. Con las del *pasado* y con las del *presente*.

Conducción y vanguardia

Habíamos distinguido, con Perón, tres elementos en la conducción política: el conductor, los conductores auxiliares y la masa. Desarrollaremos ahora la función específica que cumple cada uno de ellos. El *conductor* fija las grandes líneas estratégicas, explicita la doctrina que posibilitará la *unidad de concepción*, impulsa las formas organizativas que asegurarán la *unidad de acción*, y abre un *espacio de la lealtad* para obligar a una práctica coherente y ordenada a los cuadros del movimiento. Su consigna central, *hacer lo que el pueblo quiere*, es la que realmente lo ha transformado en líder y la que le permite ser conducido en la misma medida en que es conductor. Los *conductores auxiliares* son los elementos mediadores entre el conductor estratégico y la masa. La *lealtad* surge a este nivel como dato fundamental, pues es lo único que garantiza la efectividad cotidiana de la relación líder-masas, la cual, obviamente, no puede realizarse siempre de modo inmediato. Pero la *lealtad* no solamente es en el movimiento peronista un concepto ético, sino también político y operativo. Desde esta perspectiva, juegan como leales todos aquellos que, frecuentemente en contra de sus propios proyectos y obligados por la conducción del líder, no pueden sino desarrollar su práctica política dentro de lo que hemos definido como *espacio de la lealtad*. Y hasta tal punto es compleja y profunda la estructura de nuestro movimiento, que individuos como éstos, *sobre los que el pueblo peronista debe ejercer vigilancia*, pueden llegar a ser utilizados y conducidos por el líder con mayor facilidad, e incluso menor peligrosidad, que otros de auténtico sentir y militancia peronista, pero de manifiesta incapacidad para comprender y potenciar el desarrollo de determinadas líneas tácticas fundamentales para el proyecto estratégico del conductor. La *masa*, por último, interviene en la conducción a través de su capacidad movilizadora y organizativa:

transformar su número en fuerza puesta al servicio del líder, atesorar y recrear la doctrina, vigilar la práctica de los cuadros auxiliares, ésta es su tarea.

De todo lo expuesto surge una clara conclusión: *el modo peronista de hacer política no incluye el concepto de vanguardia*. Búsquenlo en *Conducción Política*: no figura allí. Nuestros conductores de pueblos, es un dato de nuestra historia, disolvieron siempre aquellas estructuras organizativas que se les presentaron reivindicando para sí la función de vanguardia. Rosas terminó por mandar al Uruguay a los jóvenes del Salón Literario que fueron a ofrecerle ideología. Puede leerse el *Fragmento Preliminar al estudio del derecho* de Alberdi, sirve mucho para nuestras cuestiones de hoy. Alberdi utilizó el historicismo romántico, teoría en boga en su época, como muchos utilizan hoy nuestro socialismo nacional (*que es nacional porque es justicialista y no por otra cosa*): para postular la existencia de un concepto universal al cual debíamos incorporarnos, respetando nuestras características nacionales, en tanto particularidad. Para Alberdi, ese concepto universal era Europa, para otros, hoy, es el socialismo. Ambos se equivocan en un aspecto fundamental: *Rosas y Perón no son nacionalistas meramente por haber encontrado el modo particular de integrarnos a un concepto universal, sino por haber contribuido a crear una nueva universalidad*. Nadie puede hoy reivindicar el concepto de Tercer Mundo y postular a su vez un concepto universal y acabado de socialismo cuya realización particular (de aquí su condición de *nacional*) sea necesario impulsar en nuestra patria. *Pues la práctica política y teórica del Tercer Mundo implica la condición de posibilidad de todo auténtico universalismo.*

Como Rosas disolvió al Salón Literario, Perón disolvió al Partido Laborista. Y tuvo sus razones: aquellos sindicalistas de Cipriano Reyes, entusiasmados por los triunfos de la clase obrera británica, intentaron hacer entrar a la revolución nacional en los estrechos marcos de un partido obrero. Cometían dos errores: a) entrampaban al naciente movimiento peronista en las redes de la partidocracia liberal, acabando por hacer de él, meramente, una estructura más del sistema; b) proponían un criterio de organización económico y no político. Y esto es fundamental: aquel Partido Laborista (como el partido obrero que algunos propugnan hoy) intentaba organizar a una parte del Pueblo señalada por su ubicación en el aparato productivo, la clase obrera. El movimiento peronista, desde sus inicios, intentó organizar al conjunto del Pueblo para movilizarlo tras el proyecto de la liberación de la Patria. *Por eso es un movimiento nacional y no un partido: porque su modo de hacer política tiende a la integración y no a la eliminación, porque no define a los hombres por su ubicación en el aparato productivo sino por su inserción o no en las organizaciones del Pueblo. Porque para el peronismo existe una sola clase de hombres: los que trabajan. Es decir: los que trabajan por la liberación nacional y social de la Patria.*

Aquellos laboristas cometieron también otro error de elevada importancia: intentaron acompañar el surgimiento de un conductor con el de una organización que representara los intereses del Pueblo. Y para esta tarea crearon un partido político. Ignoraban algo: es el conductor quien representa los intereses del Pueblo. *El concepto de vanguardia expresa el pecado de soberbia de los conductores auxiliares, su sustantivación, su marginamiento del esquema totalizador de la conducción política y la elección de un camino alternativo que no puede sino desconocer la vigencia de la relación Conductor-Pueblo.*

El concepto de conducción y el de vanguardia son, de este modo, opuestos. Donde existe un líder de pueblos no puede existir una vanguardia, porque el líder es siempre el conductor, y toda estructura organizativa auténtica debe estar al servicio, en tanto elemento mediador, de la relación líder-masas. Por eso Perón, entre el Conductor y el Pueblo, ubica a los conductores auxiliares, para los cuales abre un determinado espacio

político, el de la lealtad, pero a los que no autoriza a generar posturas políticas de los procesos, pues la síntesis pertenece al conductor y debe ser finalmente aprobada, a través de la información veraz de los conductores auxiliares, por el Pueblo.

Pero también suele suceder, pues todos lo hemos oído o leído, que se postule la *inexistencia actual* de la relación Conductor-Pueblo. Cabe, aquí, una pregunta: ¿por qué milagro una relación que se mantuvo vigente durante 18 años con el líder en el exilio, habría de quebrarse ahora con la presencia del líder en la Patria? No, la relación líder-masas no se ha quebrado ni debilitado. Los problemas de conducción en el movimiento peronista pertenecen al nivel de los conductores auxiliares (de algunos de ellos, claro está, no de todos), tanto de los pertenecientes a organizaciones del llano como a los estamentos de gobierno. Allí, Perón lo sabe, están los impedimentos de la relación Conductor-Pueblo.

¿Pero por qué la existencia de este concepto de vanguardia? La cuestión es bastante simple: los procesos de incorporación del proletariado europeo a la economía capitalista, fueron procesos anónimos, dirigidos por organizaciones que desempeñaron el papel de vanguardias, pero no por grandes líderes revolucionarios. Pues la clase obrera europea no tuvo, como la burguesía, un Bonaparte. Ni tampoco, como nuestros trabajadores, un Perón. Tuvo grandes teóricos, como Marx y Engels, pero no tuvo grandes conductores de pueblos: *de aquí que la teoría marxista de la organización política naciera y se desarrollara unida al concepto de vanguardia*. En resumen: el concepto de vanguardia es esencialmente europeo y se consolida a través de las luchas del proletariado metropolitano por incorporarse a la economía capitalista, expresando su carencia de líderes y su necesidad de una organización política que pueda reemplazarlos. Desde sus inicios, según vemos, el concepto de vanguardia surge como expresión de una determinada ausencia: la de la relación líder-masas.

Esta ausencia nunca fue muy lamentada por el pensamiento marxista, pues también en esto se presenta el marxismo como heredero del racionalismo liberal: la presencia de un líder, afirma, implica siempre para las masas un elevado nivel de inorganicidad y hasta de alienación. Umberto Cerroni, comentando a Gramsci (tan nuestro y peronista en otras cuestiones), escribe: "la alternativa para el culto del jefe no es la nivelación de los valores, sino una organización institucionalmente capacitada para seleccionarlos". Y aquí está el papel del partido en tanto vanguardia revolucionaria, expresión organizada de los intereses de la clase obrera, que deberá fijar las líneas estratégicas y tácticas de la lucha política y elegir los jefes que, siempre vigilados por la organización, habrán de ponerse al frente de esas luchas. Todo esto implica, para el pensamiento marxista, un decisivo avance en la racionalización de los procesos. Una superación, en suma, del elevado índice de irracionalidad contenido en la relación líder-masas.

Ocurren de otro modo las cosas en el Tercer Mundo: *son infrecuentes por aquí las revoluciones anónimas*. Las organizaciones pasan a ocupar el lugar de mediadoras de la relación Conductor-Pueblo. Y la vanguardia del proceso revolucionario es una estructura totalizadora, un *movimiento nacional*, integrada por el conductor, los conductores auxiliares y la masa.

Conducción y legalidad económica

De la relación Conductor-Pueblo surge un proyecto político, expresado en una doctrina, que fija el horizonte estratégico de la comunidad organizada: Justicia, Libera-

ción y Soberanía son sus banderas centrales. A esta fundamental unidad de concepción se subordinan los restantes elementos de la comunidad nacional. Así lo afirma Perón: "lo que nosotros queremos con esa doctrina es que el pueblo argentino perciba los problemas de una misma manera, se acostumbre a apreciarlos de un mismo modo y a resolverlos de una manera similar. Si nosotros obtenemos del pueblo eso, habremos obtenido lo que estimo que nos propusimos obtener cuando hicimos la doctrina". *Hay, en suma, un proyecto político fundante, surgido de la relación Conductor-Pueblo, que determina las metas estratégicas de la comunidad nacional*. A partir de él, subordinándole toda realidad, el líder del Pueblo ejerce la conducción política. "La conducción (dice) es un arte que especula sobre todas las cosas y sobre todos los momentos". Nosotros, aquí, vamos a estudiar la insidencia de la conducción política en un campo donde los intereses imperialistas mantienen una sólida hegemonía: el económico.

Las categorías de la economía política capitalista han llegado a identificarse íntimamente con el orden natural de las cosas. Fue uno de los grandes triunfos del imperialismo: hacer de sus intereses expansionistas la legalidad interna de los procesos económicos. Los poderosos del mundo, así, han financiado la impulsión de metodologías sociales, de filosofías, de todo un aparato científico destinado a la resignada aceptación de un curso inexorable, lógico y necesario, de los procesos históricos. Se trata, para ellos, de negarle a los pueblos la capacidad de acceder a la voluntad política de la liberación nacional y quebrar así el orden natural de las cosas, el orden de los poderosos.

Queda claro, entonces, que si la ilegalidad interna de los procesos económicos no es sino expresión de los intereses imperialistas, habrá que oponer a esta legalidad otra determinada por un proyecto político de hegemonía nacional. La conducción política, en suma, se ejerce sobre el área económica para orientarla en relación a ese proyecto estratégico fundante, y enfrentarla, de este modo, a la legalidad del imperialismo. ¿Cómo ocurrió esto durante los primeros gobiernos peronistas?

Hemos visto ya que el punto de partida está dado por la doctrina en tanto expresión del proyecto político surgido de la relación Conductor-Pueblo. De la doctrina se pasa a la teoría y de la teoría a las formas de ejecución. Nada mejor, creemos, que explicitar la aplicación de todo esto a la esfera económica para mostrar la subordinación de ésta a la conducción política.

"La doctrina (dice Perón) da el principio. La teoría es el análisis de ese principio y su desarrollo. Por ejemplo: en la doctrina decimos nosotros, en el orden económico, que la economía no está al servicio del capital, sino el capital está al servicio de la economía. Bien; éste es el principio. Pero eso presupone toda una teoría a desarrollar (...). ¿Por qué? Porque existía una teoría capitalista que ponía la economía al servicio del capital. Y nosotros queremos destruir esa teoría, y bueno: así como una doctrina mala se puede destruir con otra doctrina mejor, una teoría mala se puede destruir con otra mejor". La teoría justicialista comienza por poner el acento sobre las necesidades del Pueblo y no sobre las necesidades del capital. Rechaza el principio hedónico capitalista del punto óptimo (*máximo de ganancia con el mínimo de inversión, máximo de provecho con el mínimo de esfuerzo*) por el principio justicialista del bienestar del Pueblo. Perón, entonces, ordena: "Aumentar la producción, aunque se salga del punto óptimo. El estómago no tiene un punto óptimo sino un punto de saturación. *El consumo no debe estar sometido a la producción sino todo lo contrario; es decir, que se subordinen el capital y sus conveniencias al consumo y las necesidades. Esta es la teoría justicialista*" (subr. nuestro).

Vienen luego las *formas de ejecución*. Perón resume: "Nosotros decimos que hemos vencido al principio hedónico, que hemos puesto el capital al servicio de la economía, la producción al servicio del consumo, etc; pero eso no es suficiente decirlo, sino que hay que hacerlo. Para hacerlo, vienen las formas de ejecución". Es decir: las medidas concretas e instrumentales para viabilizar el proyecto político expresado en la doctrina. "Primero (enumera Perón), la nacionalización del Banco Central, la creación de todo un sistema financiero, la reforma de todo un sistema económico, la nacionalización de todos los servicios, la anulación de todos los consorcios financieros internacionales, la creación de una marina mercante; todas esas formas son las que nos han permitido realizar este tipo de economía". El proyecto político de autonomía nacional determina, por vía de la conducción política del líder del Pueblo, el surgimiento de una economía también nacional y antiimperialista: "Los cinco mil millones de pesos que salían anualmente al exterior no salen más. La manguera que echaba un chorro para afuera, la hemos dado vuelta para que eche el chorro para adentro".⁴

Resumen: a) la conducción rechaza toda posible teoría positivista sobre la inexorabilidad de los procesos económicos; b) la conducción se ejerce sobre todas las cosas y todos los momentos subordinándolos a un proyecto político fundante; c) a la legalidad pretendidamente espontánea de los procesos económicos (la legalidad del imperialismo), la conducción opone otra legalidad de raíz nacional, determinada por una *doctrina*, explicitada por una *teoría* y realizada por unas *formas de ejecución*; d) la conducción, de este modo, subordina la economía a la política.

Como realidad fundamental de todo este proceso figura el *Estado* en tanto instrumento al servicio de la conducción. Sin pretender agotar el tema, nos detendremos brevemente en él para desarrollar algunas de las líneas doctrinarias centrales a través de las cuales el peronismo intentará instrumentar el poder del Estado en esta nueva etapa de su revolución.

Conducción y Estado: el Plan Trienal

Uno de los primeros objetivos planteados por el general Perón luego de su regreso al país ha sido el de la reconstrucción del Estado. Con especial interés marcó la necesidad de esta tarea: primero reconstruir al hombre, luego al Estado, luego lo demás: "Porque (ha dicho) la destrucción aquí ha comenzado por lo más grave que pueda producirse: la destrucción del hombre; ha seguido por lo más grave que pueda haber después de eso, que es la destrucción del Estado. Es el Estado que se ha destruido; son sus instituciones las que han sido atacadas en sus basamentos. Por eso debe darse principio a la reconstrucción, porque en la reconstrucción hay que seguir probablemente el camino inverso a la destrucción" (2/8/73).

Se trata, para nuestro movimiento, de reconquistar un aparato que había funcionado hasta 1955 en el sentido de la liberación nacional y como expresión del poder del Pueblo. Pues la tarea destructiva de los restauradores liberales del 55 fue parte esencial del proyecto político que los animó: *destruir el aparato del Estado Peronista era destruir un instrumento fundamental del poder popular*. Sustituir un sistema financiero que giraba sobre el capital nacional por otro que lo hacía sobre el capital imperialista, ubicar nuevamente a los sectores oligárquicos y terratenientes como ejes de la econo-

⁴ Hemos hecho un análisis más detallado de estos temas en nuestro libro *El peronismo y la primacía de la política*. Editorial Cimarrón, 1974.

mía, barrer con la Constitución del 49 y embestir contra las conquistas sociales que en ella se aseguraban a los trabajadores, todo esto hicieron los restauradores del 55. Y luego vinieron los otros: los tecnoburócratas, los eficientistas, los monetaristas. Y quedó finalmente instaurado, como en los más negros momentos de nuestra historia, el Estado liberal: débil en el frente externo en tanto instrumento de la penetración imperialista y antidemocrático y represivo en el frente interno en tanto realidad marginada de la voluntad popular. "Esa política (se afirma en el Plan Trienal) tenía como objetivo desarticular al Estado; dejar su poder de decisión y de ejecución a las influencias de ciertos grupos de interés, quitarle capacidad para interpretar las aspiraciones de los grupos mayoritarios y evitar así que se persigan objetivos permanentes de la Nación"⁵.

Reconstruir el Estado significa someterlo a los objetivos de la conducción política. Para ello es necesario suplantarlo el actual aparato del Estado por otro que garantice una efectiva realización del proyecto político que orienta a la comunidad nacional: "El Gobierno del Pueblo, su política de desarrollo y el genuino interés de la Nación, necesitan de otro tipo de aparato del Estado, que deberá conformarse en forma urgente y que constituye uno de los propósitos esenciales del Plan".

Hay dos niveles que es necesario distinguir aquí: a) el del Gobierno, que es la conducción política de Perón; b) el del Estado en tanto aparato orientado por los objetivos de la conducción e instrumento de fiel y efectiva realización de esos objetivos. "Para el Gobierno del Pueblo (se afirma en el *Plan Trienal*), el Estado es concebido como un mecanismo orientado por el poder político, el que interpretando las necesidades y aspiraciones de las mayorías nacionales, establece las pautas básicas y las orientaciones fundamentales de su comportamiento y funcionamiento. En otras palabras, la acción del Estado está dirigida hacia la concreción de las aspiraciones de las mayorías. Para que ello sea factible, el aparato estatal se transformará para aumentar su eficiencia y lograr los cambios cualitativos en su estructura que le permitan constituirse en el principal y más importante instrumento del proceso de cambio y expansión planificado que se propone cumplir el Gobierno".

Estos textos del *Plan Trienal* entregan un buen ejemplo de la primacía de la política sobre lo técnico-instrumental. Se reconocen en ellos la existencia de un proyecto político que es el punto de integración de la comunidad nacional, este proyecto es sintetizado (por vía de conducción) en la acción del Gobierno ejercido por el líder de las mayorías populares, esta acción de Gobierno impulsa la creación de un aparato estatal que no es sino la expresión técnico-instrumental de aquel proyecto político fundante.

Finalmente, el *Plan* ofrece una excelente síntesis de estos temas que no queremos dejar pasar: "el papel del Estado en el proceso de Reconstrucción y Liberación contempla en sus grandes lineamientos los siguientes elementos fundamentales: a) El comportamiento del Estado y su política económica y social será regido por las directivas del Gobierno del Pueblo enmarcadas en los compromisos contraídos a través de las concertaciones a que ha llegado con la comunidad; b) La actividad productiva del Estado tendrá en cuenta los objetivos de redistribución de los frutos del desarrollo tanto en lo que se refiere a los diferentes estratos sociales como a las distintas regiones del país; c) El Estado como institución será objeto de importantes reformas que aumenten su eficiencia productiva y mejoren su racionalidad como elemento de asignación de recursos dentro de la economía; d) Se proveerá al Estado de los instru-

⁵ *Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional*. Poder Ejecutivo Nacional, diciembre de 1973.

mentos legales, técnicos y administrativos indispensables para llevar a cabo las funciones que se han descripto con las modalidades apuntadas”.

Conducción y lucha interna

El 30 de julio de 1973, continuando una costumbre desarrollada durante la primera experiencia de los gobiernos justicialistas, el general Perón se presentó en la CGT para explicar líneas doctrinarias y organizativas en nuestro movimiento: “Hoy yo quisiera tratar un tema que es especialmente importante por el momento que vivimos. Y es esa aparente controversia que parece haberse producido en algunos sectores del peronismo: la lucha, aparentemente, ha sido planteada como acusación a una burocracia sindical por un lado, y a los “troskos” por el otro” (30/7/73). Seguidamente, el general expresó su modo de encarar la apertura del *espacio de la lealtad* en lo ideológico: “en movimientos como el peronista, de una amplitud tan grande y de un proceso cuantitativo tan numeroso, tiene que haber de todo en lo que a ideología se refiere. Yo siempre he manejado el movimiento con la más grande tolerancia en ese sentido” (30/7/73). Y finalmente, la caracterización que sigue: “en todos los movimientos revolucionarios existen tres clases de enfoques: el de los *apresurados*, que creen que todo anda despacio, que no se hace nada porque no se rompen cosas ni se mata gente. El otro sector está formado por los *retardatarios*, esos que quieren que no se haga nada, y entonces, hacen todo lo posible para que esa revolución no se realice. Entre estos dos extremos perniciosos existe uno que es el del equilibrio y que conforma la acción de una política, que es el arte de hacer lo posible; no ir más allá ni quedarse más acá, pero hacer lo posible en beneficio de las masas, que son las que más merecen y por las que debemos trabajar todos los argentinos” (30/7/73).

Desde sus gabinetes mediterráneos, los científicos de la revolución objetaron este análisis del líder de los trabajadores argentinos: “es —así lo dijeron— evidentemente falso”. Todo parece indicar que Perón no ha advertido que su definición ubica dentro de un mismo proyecto político a *apresurados* y *retardatarios* y que la única diferencia que permite establecer entre ambos es, meramente, la de la velocidad con la cual se aproximan a la meta final. La notoria incorrección del planteo del general consistiría en no advertir que *apresurados* y *retardatarios*, lejos de orientarse hacia un horizonte estratégico común, expresan proyectos políticos distintos y hasta antagónicos.

Desde una perspectiva de no-conducción, la crítica al planteo de Perón presenta indudable verosimilitud. Porque es cierto que los proyectos políticos de *apresurados* y *retardatarios* son, en lo inmediato, distintos, y hasta posiblemente antagónicos en lo mediato. Pero Perón y los peronistas no analizamos ni hacemos política desde una perspectiva de no-conducción, sino todo lo contrario. *Para nosotros, en consecuencia es la conducción política de Perón la que permite orientar hacia un mismo horizonte estratégico los proyectos políticos distintos de apresurados y retardatarios.* Y vamos a explicarlo.

Un movimiento nacional surge siempre como resultado de la práctica política de distintas clases o fracciones de clases sociales, las que, a través de esa práctica, han descubierto su situación objetiva y han elaborado un determinado proyecto estratégico, expresión de sus intereses históricos, y una organización destinada a imponer ese proyecto a través de la lucha política. Un movimiento nacional, de este modo, implica la confluencia y movilización de un bloque de fuerzas políticas ante un enemigo común: el agresor imperialista. Resulta *evidentemente obvio* que los proyectos políticos distintos que confluyen en un movimiento nacional presentan mayores coincidencias en el plano táctico que en el estratégico. Por ejemplo: en 1945, la planificación industrial del gobierno peronista tendiente a fortalecer la estructura productiva y a movilizar y politizar las bases sociales de la oligarquía a través de la concentración urbana, permite

la confluencia táctica y coyuntural de la burguesía industrialista y la clase trabajadora. Pero los proyectos políticos de estas dos fuerzas sociales eran diferentes y hasta antagónicos en lo estratégico: el horizonte de la burguesía industrialista era el mero crecimiento y desarrollo económico; el de la clase trabajadora, la liberación nacional y social de la Patria. Está claro que el proyecto industrialista de la burguesía la determina a acceder, con relativa facilidad, a posturas negociadoras y conciliadoras ante el imperialismo. Pero también está claro que mientras esto no ocurra (y no ocurrirá en tanto las otras fuerzas del movimiento nacional desarrollen líneas políticas correctas que lo impidan) los sectores burgueses no ligados a intereses imperialistas pueden jugar a favor del proyecto de liberación nacional y social.

La confluencia y participación de distintas líneas políticas resulta decisiva para la dinámica interna de un movimiento nacional. Y si de definir se trata, digámoslo así: *un movimiento nacional implica la unidad contradictoria de distintas fuerzas políticas, y su dinámica interna resulta de las luchas que éstas fuerzas establecen entre sí para orientar las acciones del movimiento en el sentido de sus propios proyectos estratégicos.*

Pero las fuerzas políticas participan del movimiento a través de la aceptación de un elemento fundante: la conducción política del líder. Y es esta conducción la que orienta estratégicamente las coincidencias meramente tácticas o coyunturales de los distintos proyectos políticos. Ahora bien, ¿tiene el conductor un proyecto político propio? Sobre esto no pueden haber dudas: el proyecto político del conductor es el del Pueblo, es decir, el de la liberación de la Patria. Se dirá: el proyecto de los *retardatarios* no es el de la liberación de la Patria. Respondemos: seguramente no, y tampoco lo es el de los *apresurados*, aunque vivan proclamando lo contrario. ¿Por qué? Volvamos a la caracterización de Perón.

El general había distinguido tres modos de encarar la práctica política: a) *el de los apresurados*; b) *el de los retardatarios*; c) *el del equilibrio*. Y estableció claramente que el único modo revolucionario de hacer política y posibilitar la liberación de la Patria es el del equilibrio: *el arte de hacer lo posible en beneficio de las mayorías. Apresurados y retardatarios*, por exceso o por defecto, tienden a desvirtuar los procesos históricos alejándolos de sus metas revolucionarias. ¿Cómo evitar que ocurra esto? Hay un solo modo: neutralizar los excesos de los *apresurados* con los defectos de los *retardatarios* y viceversa: ésta es la tarea del conductor y de los sectores del movimiento que hacen la verdadera política, la de lo posible. Pero esto tiene un límite: *apresurados y retardatarios pueden desarrollar su política en el movimiento nacional en tanto no hagan de su apresuramiento o retardamiento alternativas doctrinarias y de conducción.*

Resumiendo, un movimiento nacional no puede sino aceptar en su interior la participación y el desarrollo de distintas fuerzas políticas: no solamente reside allí el fundamento de su riqueza sino también el de su fuerza. Esta participación implica inevitablemente un proceso de lucha interna que responde al intento de las distintas fuerzas políticas por orientar las acciones del movimiento en el sentido de sus propios proyectos estratégicos. Es decir: 1° — la lucha interna del movimiento es inevitable porque surge como consecuencia de la participación de distintas fuerzas políticas, y esta participación forma parte, a su vez, de la esencia misma del movimiento nacional; 2° — la lucha interna es beneficiosa para el movimiento porque evita su fosilización y lo impulsa hacia objetivos siempre renovados.

Aunque también esto tiene su límite. Y así lo dice Perón: “cada uno debe actuar en su puesto, ayudando sin interferir, porque toda interferencia es inoportuna y es perjudicial. Observen ustedes que todos los conflictos que se nos plantean en la conducción política del Movimiento son motivados por esas interferencias”. Ya vamos a ver a qué tipo de interferencias se refiere Perón. Entretanto apuntemos lo siguiente: el conductor no se opone al desarrollo de las distintas fuerzas políticas del movimiento, pero tampoco se embandera con ninguna de ellas. “Cuando se hacen dos bandos peronistas (explica Perón), yo hago el “Padre Eterno”: los tengo que arreglar a los dos. Yo no puedo meterme a favor de uno o del otro, aunque alguien tenga la razón. A mi

solamente me interesa que no se dividan. No puedo darle la razón a ninguno de los dos, aunque vea que, evidentemente, alguno de los dos la tiene. Eso sería embanderarme, y si yo me embandero, el arreglo se hace más dificultoso (...). Por eso, en mi función de conductor superior, si me embanderase pasaría a meterme en la conducción táctica del lugar donde no es mi esfera de acción". Sin embargo, en determinadas coyunturas del movimiento nacional, el conductor estratégico debe entrometerse en la conducción táctica y hasta debe optar por uno de los bandos en pugna. ¿Cómo ocurre esto?

Cada uno de los bandos o fuerzas políticas del movimiento nacional ingresa a éste a través de una política de alianzas tendiente a oponerse a un enemigo común, con el cual, cada una de esas fuerzas, mantiene distintos niveles de enfrentamiento. Todos los bandos o fuerzas del movimiento nacional perciben claramente que son más poderosos dentro del movimiento que fuera de él. Esta pertenencia, sin embargo, tiene como condición la aceptación de tres elementos fundamentales: la conducción, la doctrina y las formas de organización. Implicando todo esto, asimismo, la obligación para cada bando de desarrollar su práctica política dentro del *espacio de la lealtad* que el conductor explicita en cada coyuntura enfrentada por el movimiento. Puede afirmarse (aunque, según veremos, en forma harto relativa) que determinadas coyunturas favorecen una u otra línea política. Por ejemplo: cuando el movimiento, en épocas de cautela, desarrolla una política superestructural, obtienen mayor desarrollo los sectores ligados a los aparatos de poder. Por el contrario, en épocas de enfrentamientos más o menos directos con el enemigo, crecen los sectores con mayor capacidad de movilización, entregados al trabajo de base. Pero más allá de los avatares coyunturales, las distintas fuerzas del movimiento nacional consiguen desarrollarse cuando hacen buena política, es decir: *política en, del y para el movimiento*. En una palabra: cuando ayudan sin interferir. Y es cuando esto no ocurre que la intromisión del conductor estratégico en la conducción táctica se hace imprescindible. Ahí, entonces, Perón deja de ser el "Padre Eterno", abandona sus bendiciones y hace tronar el escarmiento. El depositario de sus iras será siempre aquel bando que haya contribuido a transformar en contradicción antagónica la unidad de contrarios que implica, por esencia, un movimiento nacional. Porque esta política, la del antagonismo, es la peor que pueda ser realizada en un movimiento. En primer lugar, porque no es una política de movimiento sino de partido o sector. En segundo lugar, porque debilita al movimiento e impide procesar sus distintos elementos contradictorios, aun aquellos que mantienen mayores puntos de contacto con el imperialismo, en el sentido de la liberación. El bando que impulse esta política, en suma, perderá posiciones en el movimiento y obligará al líder a potenciar otras líneas con el objeto de neutralizar su acción disolvente. Porque el conductor, a-priori, no tiene preferencia especial por uno u otro bando del movimiento, no se embandera con ninguno de ellos porque ya está embanderado con el Pueblo y con su estructura organizativa, el movimiento, a la que defenderá de todo intento disolvente. Y si esta defensa implica potenciar un determinado bando para neutralizar otro, no dudará en hacerlo. *En el movimiento nacional, en suma, antes que por las coyunturas favorables o por el respaldo del líder, los distintos sectores obtienen crecimiento por hacer buena política, política de movimiento, y por cubrir los espacios abandonados por quienes no supieron hacerla.*

¿Cómo precisar el concepto de *interferencia* en el movimiento peronista? Ante todo, señalando que toda política de *interferencia* implica la no aceptación del *espacio de la lealtad* explicitado por el conductor. De esta postura fundamental son expresión consecuente todas las restantes adoptadas por las fuerzas del movimiento que caen en este tipo de política: antagonizar las contradicciones, no contribuir a elaborarlas en el proceso de liberación, presentar alternativas de conducción y organización, hacer vanguardismo en lo doctrinario, etc. Todo esto tiene su historia en el movimiento peronista. Ya hemos visto sus comienzos en aquel *partido laborista* de Cipriano Reyes que Perón transforma en *Partido Unico de la Revolución* primero, y en *Partido Peronista*, como estructura interna del movimiento, después. Reyes, recientemente,

publica un libro cuyo título es expresión de la frecuente inmodestia de las vanguardias: *Yo hice el 17 de Octubre*. Se acercan a esta postura extrema aquellos compañeros que afirman: *volvió porque luchamos*. Es decir: *a Perón lo trajimos nosotros*.

La experiencia laborista del partido obrero basado en los sindicatos, es retomada, en la década del sesenta, por el *partido vanderista*, en tanto fuerza alternativa de la conducción y la organización del movimiento, que logra crecimiento enfrentando, a partir de una política de negociación constante, el poder del aparato sindical al poder del régimen. Finalmente como ala izquierda de la experiencia vanderista, surge el *partido revolucionario*, expresado inicialmente por el *sindicalismo de liberación* ongarista y retomado hoy por quienes postulan el desarrollo de una alternativa socialista en nuestro movimiento. De este modo, a través de un proceso que se inicia en la izquierda laborista, continúa en la derecha vanderista y remata en la izquierda socialista, puede trazarse la historia del *alternativismo* en nuestro movimiento.

Creemos necesario ahora precisar el concepto de *espacio de la lealtad* refiriéndolo a la actual coyuntura atravesada por nuestro movimiento. Ante un marco geopolítico notoriamente desfavorable, el *espacio de la lealtad* no puede sino restringirse: las distintas fuerzas políticas del movimiento tienen menos margen hoy para el desarrollo de sus características propias que en otros momentos. Y no podía ser de otro modo: el fortalecimiento del bloque imperialista, resultado de un fundamental acuerdo entre las dos fuerzas hegemónicas de ese bloque (USA-URSS), determina que las distintas fuerzas políticas del movimiento deban acentuar más que nunca las características de unión por sobre las de enfrentamiento o aún las de mera particularidad. Deberán potenciarse, así, todos aquellos elementos que han permitido la confluencia de las distintas fuerzas políticas en el movimiento nacional. Y a este proceso lo denomina Perón *etapa dogmática*: fortalecer el movimiento porque el enemigo está fuerte, unificarlo porque el enemigo está unido, no presentar brechas porque el enemigo sabrá, sin duda, aprovecharlas. El *espacio de la lealtad* queda, de este modo, restringido: los conductores auxiliares deberán ser leales a las estrictas directivas del líder, a los unívocos fundamentos de la doctrina, a las más tradicionales formas de organización. *Apresurados* y *retardatarios*, ante esta política, reaccionan de diversos y coherentes modos. Los *retardatarios* creen ver realizado su sueño más amado: la inmovilización de la historia. Los *apresurados*, hundidos en la más negra de las melancolías, creen que el movimiento ha dejado de ser revolucionario. Ambos se equivocan: la liberación es proceso, y la *etapa dogmática*, en tanto consolidación de los elementos esenciales del movimiento para enfrentar un marco geopolítico desfavorable, es justamente eso: una etapa en el proceso de liberación.

En la coyuntura presente, el *espacio de la lealtad* ha sido precisado por Perón a través de la obligación para las fuerzas del movimiento de aceptar determinados proyectos de gobierno: Pacto Social, Plan Trienal, ley de asociaciones profesionales, etc. Los conductores auxiliares deberán insertar su práctica creadora en el marco de estas medidas de gobierno, pues cada una de ellas es expresión instrumental del proyecto político que impulsa el movimiento. *Pacto Social*: equilibrio, lucha antiinflacionaria, distensión de conflictos en lo económico para permitir el avance en lo político, proyecto distributivo como mediación de un proyecto de poder para los sectores asalariados. *Plan Trienal*: implica las *formas de ejecución* de las que el Pacto Social es la *teoría*, desarrolla las mediaciones instrumentales del proyecto de liberación.

Ley de asociaciones profesionales: fortalecimiento de la estructura sindical. Esta ley, tan combatida durante su promulgación y tan impulsada por Perón, lleva a primer plano una cuestión de importancia: la participación de las fuerzas sindicales en la actual etapa de la revolución peronista. No vamos a destacar aquí el papel fundamental que el sindicalismo ha cumplido en el peronismo, pues es conocido por todos. En cuanto al momento actual, *etapa dogmática*, Perón visualiza al aparato sindical como una formidable estructura de poder al servicio del movimiento peronista: "Si en el país no existiera una organización sindical como la que hay ahora, seríamos mucho menos

respetados en este momento" (2/11/73). En cuanto a los dirigentes (a quienes la ley no confirma en sus puestos hasta el punto en que lo dicen sus oponentes) resulta claro que Perón necesita en la CGT a *estos* dirigentes. Y por varias razones: primero, porque los conduce con mayor facilidad que a los otros, los combativos; segundo, porque al margen del proyecto que cada uno de ellos tenga, han aceptado y servido el proyecto de Perón, haciendo, en general, buena política, o al menos mejor que la de otros sectores del movimiento; tercero, porque seguramente Perón considera que los otros dirigentes, los combativos, no podrán, por características personales y por compromisos con las bases, respaldar "un Pacto Social que será salvador para la república" (1/5/74).

Es posible, por otra parte, que algunos piensen que la presente coyuntura geopolítica tiende a favorecer el desarrollo de aquellas fuerzas del movimiento ligadas a los aparatos de poder. *Pero no es necesariamente así.* Hemos dicho en otro lugar que antes que coyunturas favorables o desfavorables, hay modos correctos o incorrectos de hacer política. Aquellos sectores del movimiento no ligados a los aparatos de poder sino a la organización de las bases, pueden desarrollarse en esta coyuntura tanto como aquéllos, siempre y cuando sepan darse una política correcta, *una política de movimiento*, que implique la aceptación del *espacio de la lealtad* y la inserción del trabajo de masas en los *objetivos concretos* de nuestro gobierno popular. Ahí está el *Plan Trienal*: ¿cómo organizar al Pueblo para que respalde, impulse y fiscalice sus objetivos? Esta es la tarea de aquellos sectores que impulsan la movilización y la organización popular. Pues solamente así, *como soldados del movimiento y de Perón*, lograrán verdadero desarrollo político.

La liberación, lo hemos dicho, es proceso. Concientes de esto, nosotros apoyamos este gobierno. Y si lo consideramos nuestro es porque es el general Perón quien está a su frente, y porque Perón es el líder de los trabajadores y porque nada permite anunciar que ese liderazgo esté ni siquiera en crisis. Lo apoyamos, también, porque es un gobierno nacionalista, que no ha dado un solo paso en favor de los intereses proimperialistas, que desarrolla una política internacional independiente y agresiva, y porque valoramos la dimensión de una actitud así en una coyuntura tan difícil para América Latina. Y lo apoyamos, en fin, porque comprendemos que su consigna *Argentina Potencia* tiene validez por fundamentales razones de geopolítica, porque hay que fortalecer a la Nación para poder rescatar su autonomía. Y aquí rechazamos rotundamente los adjetivos ideologistas que andan sueltos por ahí: capitalismo nacional, capitalismo de Estado, neocapitalismo, desarrollismo, nacional desarrollismo, desarrollismo populista, etc. Se trata, para el gobierno popular, de la liberación de la Patria y para liberarla hay que reconstruirla: por eso lo de *Argentina Potencia*. La consigna resulta notablemente exacta para la etapa de reconstrucción. Y de este modo habrá de irse conquistando la Argentina Libre, Justa y Soberana. Pero también *Potencia: una potencia al servicio de la liberación de los pueblos del Tercer Mundo.*

Comprender esto implica no caer en interpretaciones ideologistas o individualistas. No creer, por ejemplo, que un conciliador del pasado entregará necesariamente a un destino conciliador a este gobierno, pues no hay que juzgar al gobierno por las ideas o el pasado político de sus agentes, sino por la realización o no de sus grandes objetivos. Y en tanto peronistas, juzgaremos a los agentes por su aceptación o no del *espacio de la lealtad*.

Que la liberación es proceso significa que hay en ella avances y retrocesos, que no todo es como nos gustaría que fuese, que existen hechos dolorosos y hasta, a veces, indefendibles. Pero significa también que lo que importa y lo que debemos apoyar y defender es, ante todo, el proceso.

Y nadie puede decir que no hay razones para hacerlo. Menos aún cuando el 1° de Mayo el general Perón volvió a fijar objetivos de poder para la clase trabajadora argentina: "los trabajadores, columna vertebral del movimiento, están organizándose

para que su participación trascienda largamente de la discusión de salarios y condiciones de trabajo" (1/5/74). Estas palabras tienen decisiva importancia porque recogen una consigna que Perón lanzara allá por 1944: *la liberación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos.* Y porque recuperan y ponen al servicio de la etapa actual de nuestra revolución, todo aquello que el peronismo tiene de masivo, de aluvión, de poder popular organizado.

mayo de 1974

aluvión

Necesita el apoyo de los compañeros. Uno de ellos es la suscripción.

Anual – (4 números) – 60,00
Amigo – (4 Números) – 150,00
Vitalicia – 500,00
Al exterior – 7 dólares

Cheques o giros a Héctor M. Hurst
Independencia 3113 – Capital Federal

NOMBRE

APELLIDO

DIRECCION N° Loc

SUSCRIPCION MESES

Para una crítica nacional de la cultura

La colonización comienza siempre por la cultura. La descolonización, nuestra reconquista, ha de iniciarse también a partir de la cultura.

Héctor Cámpora, discurso del 25 de mayo de 1973.

El debate sobre los problemas de la cultura se ha ido centrando prácticamente en la confrontación de las propuestas *clasistas* (enarboladas por la izquierda guerrillera y apoyadas en las conceptualizaciones de diversos sociólogos europeos de la cultura y la literatura, de matriz marxista leninista) y los postulados *estructuralistas* (sostenidos por liberales de izquierda y de derecha que han encontrado su "puesta al día" en la adopción de un cuerpo de ideas surgido en el contexto del neocapitalismo europeo), con las hipótesis que, con diverso grado de acierto, ensayamos desde el *nacionalismo popular peronista* para dar cuenta de la problemática cultural a partir de categorías emanadas de nuestra propia experiencia histórica.

Es justamente esa experiencia histórica la que nos señala que la dependencia es la cualidad fundamental de nuestra realidad; por lo tanto, la que nos permite comprenderla a todo nivel —económico, social, político y cultural— y fijar pautas para la acción. Desde ya podemos afirmar, entonces, que toda crítica de la cultura que no comience por desentrañar la dependencia, por dar cuenta de ella, por categorizarla, estará errando el camino y convirtiéndose ella misma en un testimonio más de esa dependencia.

Una totalidad dinámica

En su mensaje inicial a los argentinos, el compañero Cámpora esbozó una idea de cultura opuesta a la tradicionalmente sustentada por el liberalismo vernáculo, al caracterizarla como "fruto de la capacidad creadora del hombre y la comunidad, respuesta libre a las necesidades del lugar y del momento histórico".

La primera proposición afirma la presencia de lo personal y lo colectivo en el proceso de creación, descartando toda postulación individualista: lo colectivo no sólo se ubica en la raíz de todo proceso de creación, sino que es lo único que da jerarquía

cultural a lo creado. Sólo cuando es reconocido y asumido como propio por la comunidad, cuando pasa a formar parte efectiva de sus experiencias, cuando aquella le da vida *re-creándolo* constantemente con su práctica, el producto creado se convierte realmente en un producto cultural, patrimonio de la comunidad.

La segunda parte del fragmento citado habla de una "respuesta libre a las necesidades del lugar y del momento histórico". O sea, en otras palabras, a las incitaciones que proponen al grupo el medio natural (para asegurar su supervivencia), el medio humano (para establecer sus relaciones internas), y también el medio cultural, heredado o externo (para recrearlo en función de la experiencia). Sin embargo, lo cultural no se confunde con la práctica —como proponen algunos análisis antropológicos—, sino que es la concepción del mundo y de la vida, el conjunto de saberes, creencias y valores, engendrados en la conciencia colectiva por esa práctica y traducidos en múltiples y variados sistemas expresivos.

Además, si bien la cultura no se confunde con la práctica, tampoco es un mero reflejo superestructural de una secuencia estímulo-respuesta supuestamente observable entre el hombre y la realidad. Esa respuesta —se dijo— es libre, significando que el grupo humano responde de una u otra manera, y si responde de una y no de otra es porque detrás hay una voluntad de comportarse así y no de otro modo, hay un querer ser de determinada manera, *hay un proyecto* colectivamente asumido en función del cual el grupo se cohesionan y construye su destino.

Por supuesto que esa libertad de comportamientos está condicionada por la realidad misma: se establece así una relación dialéctica entre el grupo humano y el medio, según la cual la práctica obliga a modificar el medio para permitir la concreción del propio proyecto, pero también lleva a corregir el proyecto en función de la realidad. Lo que aquí pretendemos —frente a todo determinismo o liberalismo extremos que falsean igualmente al hombre al mostrarlo como dueño de una libertad absoluta o como sometido a un "destino histórico" prefijado por la voluntad divina o las relaciones de producción— es afirmar con toda claridad la situación de libertad condicionada en que se encuentra y la relación netamente dialéctica que mantiene con su realidad.

Obviamente, por todo lo dicho, mucho menos es la cultura ese cuerpo independiente y cristalizado que se aprende (que se adquiere) como postulan nuestros viejos liberales, sino una totalidad dinámica que se vive. No hay acción humana sin intencionalidad; esto es, no hay práctica sin proyecto. Si la cultura se crea y se re-crea por la práctica, lo que le da coherencia y la mantiene viva y actuante es el proyecto del grupo humano que la produce y reconoce.

Recogiendo y ajustando lo expuesto, diríamos que *cultura es el conjunto de sistemas expresivos que produce un pueblo —histórica y geográficamente situado— en su relación con la realidad, asumido como patrimonio común, cohesionado y dinamizado por un proyecto, recreado constantemente por la práctica.*

Cultura y dependencia

Importa ahora plantearse qué peculiaridades presenta el fenómeno de la cultura, tal como fue descrito, en un país dependiente como el nuestro. Y lo más notable, lo que salta a la vista, es la coexistencia de dos culturas: la del opresor y la del oprimido, la del colonizador y la del colonizado. Si sus puntos extremos son fácilmente perceptibles, hay una zona de contactos, de contigüidades, de apariencia más bien borrosa. En verdad, no podía ser de otro modo, dada la coexistencia forzada de ambas culturas en un mismo espacio histórico y geográfico, hasta en una misma persona.

Pero lo que las distingue netamente, y polariza aquellos sistemas expresivos modificándoles su sentido, es el proyecto hegemónico que informa a cada una de esas culturas. La cultura dependiente ordena todos sus sistemas expresivos en función de su necesidad de imponer, consolidar y justificar la dependencia; carece de un proyecto

autónomo, el suyo es complementario del proyecto de dominación de los países centrales. Contrariamente, en el ámbito de la cultura popular los sistemas expresivos se organizan en función de la resistencia a la opresión y de la lucha por la liberación. Posee un proyecto autónomo, y esto es lo que determina que en un país dependiente sólo la cultura popular pueda devenir en cultura nacional.

Desde esta perspectiva, es fácil comprender cómo el sistema parlamentario, las técnicas estructuralistas o la televisión pueden convertirse en instrumento de dependencia o de liberación según sea el proyecto que los oriente. Pero así como el pueblo puede apropiarse de productos culturales no surgidos de su seno e integrarlos a su proyecto, también el grupo social dominante se apodera de todo tipo de elementos de la cultura popular, los desideologiza, los despolitiza —es decir, los desprovee del proyecto que los sustenta—, y los devuelve bastardeados a través de los medios de comunicación de masas que tiene en su poder. Esto es lo que se ha dado en llamar cultura de masas. Desde el punto de vista del pueblo, hay que decirlo, no existe más cultura que la propia y la del opresor. La distinción “cultura de masas” frente a “cultura de elites” es de origen esencialmente antipopular: en un país dependiente, el gorilismo llama cultura de elite a las pautas importadas que adopta como propias, y cultura de masas a los elementos de la cultura popular que se apropia y bastardea.

De la noción de cultura de masas así entendida debe distinguirse a los medios de comunicación de masas y a los sistemas expresivos transmitidos por ellos. Los primeros son técnicas, y por lo tanto instrumentales; los segundos son formas de estructuración de los mensajes que el pueblo ha asumido como propias: fotonovelas, teleteatros, canciones, historietas, reportajes, etcétera.

Primera propuesta, entonces, para una crítica nacional de la cultura: determinar con precisión las diversas configuraciones culturales a que fueron dando lugar en nuestro proceso histórico el proyecto oligárquico de dominación y el proyecto popular de liberación.

Habla popular y habla oligárquica

Entre todos los sistemas expresivos de que se vale un pueblo para expresar su conciencia, para dar cuenta de su experiencia, resulta primordial el de la lengua: define por excelencia la cualidad de lo humano, es universal, permite traducir a sus signos otros sistemas expresivos, casi todos.

La lengua —el código— es puramente instrumental y, como tal, susceptible de ser utilizado en uno u otro sentido. Pero la lengua es algo quizá inasible fuera de la gramática y el diccionario; aprehendemos la lengua a través de su uso concreto: el habla. Tanto Sarmiento como la Revolución Cubana se propusieron alfabetizar, esto es, universalizar el código de la lengua escrita. Pero esa alfabetización se hizo desde dos hablas diferentes. Diferentes —y aquí hay que volver a lo ya dicho— porque se inscribían en dos contextos culturales diferentes, resultando así un habla popular de liberación, y un habla oligárquica de opresión. Vale decir que, desde el nivel más elemental de uso de la lengua, desde el habla, aparecen ya los factores ideológicos que la condicionan, determinando estructuras, vocabulario, etcétera.

Las diferencias entre ambas hablas se patentizan en diversos aspectos: el habla popular es algo vivo, recreado constantemente por la experiencia; el habla oligárquica tiende a ser cada vez más fija, a convertirse en una retórica, en una colección de frases hechas. El habla popular se desarrolla de abajo hacia arriba, desde las necesidades expresivas cotidianas a los sistemas más complejos; el habla oligárquica se propone como modelo de habla, modelo que elaboran sus especialistas —periodistas o escritores— y que se impone a través del sistema educativo de arriba hacia abajo. El habla popular viva, cambiante, es de raíz oral; el habla oligárquica, fija, sancionada, encuentra su forma propia en los textos escritos. El ámbito propio del habla popular es la casa, la calle, el lugar de trabajo; el del habla oligárquica, el libro, el diario, la escuela. El habla popular manifiesta una voluntad de decir, de comunicar, de transmitir; el habla

oligárquica se propone callar, ocultar, imponer. El habla popular es diálogo: incita a hablar al otro; el habla oligárquica es monólogo: impide hablar al otro, lo silencia.

Segunda propuesta para una crítica nacional de la cultura: analizar y caracterizar las diversas hablas, los diversos discursos lingüísticos, a que dieron lugar respectivamente el proyecto oligárquico de dominación y el proyecto popular de liberación.

La literatura “oficial”

Observar ese cuerpo llamado “literatura argentina”, esas obras que podrían figurar en el índice de un manual, sugiere una primera comprobación: la expresión popular en nuestro país no pasó —salvo excepcionalmente— por el libro. Podrán buscársele causas a esto —y encontrárselas, sin duda— pero el hecho es tal como queda enunciado. Esa “literatura argentina” pertenece, en bloque y en principio, al mundo del opresor, no al del oprimido; sea esto a gusto o a disgusto de quienes fueron sus autores.

Mírese por donde se lo mire, la conclusión será siempre la misma. Y sin embargo, hay algo que nos incomoda. Las obras están ahí, ocupan un espacio, algunas incidieron decisivamente en nuestra realidad, padecemos sus efectos. De nada vale ignorarlas, darles la espalda: seguirán estando allí. Sería pretender ignorar la red ferroviaria, la constitución del 53 o el partido unitario. Aquellas obras pertenecen con parecida fuerza a nuestra historia. Su presencia exige que hagamos algo con ellas.

Ahora bien, mientras se está en guerra, mientras el grupo opresor ocupa el poder, no existe Nación, ya que el único proyecto nacional autónomo —el surgido del seno del pueblo— es aplastado e impedido por el de la oligarquía dependiente. Cuando el pueblo llega al poder y hegemoniza el proceso histórico, su proyecto nacional pasa a ser la guía de ese proceso. Entonces se verifica la existencia real de la Nación. Y con la llegada del proyecto popular de liberación al poder se nacionaliza el futuro —en tanto se convierte en la posibilidad abierta de decidir nuestro destino común—, pero también se nacionaliza el pasado. Dejamos de tener ante nuestros ojos la imagen plana del frente enemigo para acceder a una visión panorámica del pasado como una trayectoria de lucha, en la cual nos definimos nosotros y nuestros enemigos y a través de la cual produjimos esta realidad en que nos movemos hoy. Imprescindible para conocerla y modificarla es comprender la totalidad del proceso histórico que la engendró.

No debe verse en lo dicho un postulado integracionista a lo Félix Luna. Sólo puede concebirse a unitarios y federales dándose la mano desde un proyecto en que peronismo y antiperonismo, revolución y contrarrevolución, se den la mano. Acá se trata de recuperar ese pasado desde el proyecto de liberación nacional y popular. Reconstrucción nacional no significa “olvidar viejas antinomias” sino ordenar el país —pasado, presente y futuro— desde nuestra propia legalidad.

En más de un sentido, Sarmiento fue el paradigma de toda la literatura oficial: como él, sus autores más lúcidos, los que advirtieron que el país estaba en guerra, se transformaron en boletíneros del ejército antinacional, en voceros del proyecto imperial, en intérpretes de la realidad según las pautas metropolitanas. Esa literatura dependiente, sin embargo, no fue una simple copia o trasplante de los modelos europeos. Se apoyó en ellos, pero además significó un profundo esfuerzo de reflexión y creación tendiente a dar una explicación del país y a formular un proyecto coherente que enmarcara y validara el accionar de los sectores ligados al imperialismo.

La exploración de sus textos sin duda revelará matices: obras —las menos— que dan la espalda totalmente a esta tierra y se ubican en un contexto y una problemática externa, obras que pretenden interpretar nuestra realidad con las categorías del colonizador, obras en las que se advierte una lucha por dar cuenta de lo nuestro junto a la imposibilidad de desprenderse de esquemas ajenos. Y además descubriremos que en todas ellas —sin separar forma de contenido— aparece algún elemento de verdad: es el país real que se cuele por los resquicios de la conciencia colonizada. Gran parte de la “literatura argentina” —justo es decirlo— es testimonio de un tironeo que deriva de la doble articulación de las obras: insertas por un lado en un horizonte cultural ajeno,

ratificadoras de la mentalidad dependiente, no pueden dejar de manifestar su perplejidad por lo otro, lo que está ahí, ese país real, bárbaro, seductor, que ingresa así a la literatura pero ahogado, sumido, neutralizado por un proyecto espurio.

Tercera propuesta para una crítica nacional de la cultura: releer esa "literatura oficial", es decir reordenar su discurso a la luz de nuestro proyecto, desentrañar de ella la dependencia, para que esa literatura argentina, no nacional pero sí nacionalizable, pueda incorporarse a nuestro patrimonio como lo que es: una parte del período dependiente de nuestra historia nacional.

La actitud crítica que proponemos tiene un antecedente bien concreto que se recoge de la práctica concreta del pueblo: el caso de *Martín Fierro*. Caso único, por cierto. Único porque todos sus sistemas expresivos pertenecen al campo de la cultura popular, pero el proyecto que los ordena no es el del pueblo, sino el librecambista y complementador del grupo al que pertenecía Hernández (observable en las dos direcciones que atraviesan la obra: rechazo individual en la *Ida*, integración como fuerza de trabajo en la *Vuelta*). Frente a un texto que —debe subrayarse— lo permite, el pueblo se apodera de él, lo incluye en su propio proyecto, prácticamente lo reescribe, y lo convierte en una obra revolucionaria tan drásticamente que a la cultura oficial —pese a sus variados intentos— le fue imposible recuperarlo nuevamente para sí.

Obviamente, no se hallará abundancia de textos a los que el pueblo pueda convertir en instrumentos revolucionarios; un campo más amplio abarcarán sí las obras que puedan popularizarse, vale decir, llegar a ser reconocidas como propias por la conciencia popular. Con el resto, sólo quedará emprender la tarea de desentrañamiento de la dependencia en los términos propuestos. Para ello se podrá echar mano de todos los aportes teóricos de la crítica, locales y externos, a modo de recursos instrumentales con los cuales componer una metodología apta para responder a nuestras necesidades, que en algunos aspectos debería servirnos también para considerar determinados productos culturales externos.

Advirtamos que una cosa es instrumentar determinado método o combinación de ellos para una crítica que se propone liberadora, y otra distinta es resultar instrumentado por él, tragándose —deliberadamente o no— el contenido ideológico que comporta. Tal es lo ocurrido con la crítica que sucedió a 1955 y acompañó a la universidad liberal. Casos como el de Viñas, que lee en nuestra literatura la caída del mundo burgués (*Literatura argentina y realidad política*); el de Prieto, que la entiende como síntoma y comprobación de nuestro subdesarrollo (*Literatura y subdesarrollo*); o el más reciente de Jitrik, que ve en ella una sucursal de la "internacional de los escritores" (*El fuego de la especie*). La labor de esos críticos, no obstante las objeciones señaladas resulta mucho más rica y reveladora de aspectos de nuestra cultura —particularmente en el caso de Viñas— que la vacua verbosidad de las bandas estructuralistas convocadas por Héctor Schmuckler en su revista *Los libros*.

La palabra popular

Vistas así las cosas pareciera que nunca, o muy pocas veces, nuestro pueblo, hubiese logrado efectuar un trabajo creativo con las palabras, que nunca hubiese llegado a apropiárselas, a dominarlas, a traducir con ellas su experiencia, a experimentar con ellas. Que esto parezca así no es más que el resultado de una particular dirección de la política de opresión, destinada a aniquilar toda posibilidad de expresión popular. El colonizador y su aliado local operan de varias maneras para lograrlo: imponiendo, en primer lugar, su propio lenguaje a través de todos los canales de que dispone (especialmente el sistema educativo y la prensa); prestigiando luego determinados niveles —la literatura a la cabeza—; reprimiendo por grosera o incorrecta toda manifestación del habla popular; o bastardeándola en los mensajes que difunden los medios de comunicación de masas.

Recordando lo dicho con respecto al lenguaje, señalemos que es justamente en el primer nivel del habla cotidiana y concreta donde el pueblo ha manifestado una creatividad inagotable —paralela, por otra parte, a la de todos los pueblos— en lo que a

imágenes y construcciones se refiere, no sólo de fuerte poder connotativo sino también —lo que es más importante— reveladoras de su visión del mundo, de su conciencia.

Mundo expresivo éste que va ampliándose en niveles de mayor complejidad, aflorando en una gama inagotable de lemas y refranes, haciéndose presente en algunas crónicas periodísticas (especialmente policiales y deportivas), y alcanzando formas más elaboradas —y por lo tanto abarcadoras de más profundos grados de conciencia— al integrarse con otros sistemas expresivos (historietas y fotonovelas, letras de canciones, teatro, radioteatro y teleteatro) por un lado, o vertirse en el periodismo gremial y político, en manifiestos y declaraciones, en obras doctrinarias, por otro.

Y también la palabra popular —y con ella la concepción del mundo popular— llegó a la "literatura", esa zona sagrada que los sectores dominantes recortan y reivindican para sí. Casi sin excepción pasó rápidamente al olvido, relegada por la crítica oficial y casi desconocida por los sectores populares, debido justamente a su "prestigioso" envase que de entrada nomás la ubicaba en campo ajeno.

Cuarta propuesta para una crítica nacional de la cultura: emprender una tarea revisionista capaz de recuperar y revalorizar todos los niveles de expresión popular mediante la palabra, todos los niveles de creatividad literaria que fueron iluminando y conformando el proyecto popular de liberación.

Esa tarea revisionista, nos falta aclarar, debe extenderse hoy casi de manera fundamental a los mensajes transmitidos por los medios de comunicación de masas que, en mayor o menor medida y tal como ocurría con la literatura oficial, algún elemento de verdad contienen, exigido justamente por el público que buscan ganar.

La Patria Grande

Sabemos que la actual división política de Iberoamérica no es resultado de la voluntad de nuestros pueblos, sino una consecuencia más de la acción del imperialismo en estas tierras. Por el contrario, un origen y un proceso histórico compartidos los unen de hecho a través de múltiples sistemas expresivos entre los cuales la lengua y la religión son sólo algunos de los más importantes, junto a los surgidos en la lucha contra la dominación hispánica primero y anglosajona después. Dentro del proyecto que movió a ambos procesos emancipadores figuró siempre la voluntad de reunificación. Esa voluntad no sólo se manifiesta en los momentos de lucha pasados y presentes sino que aparece como condición ineludible para el sostenimiento de nuestra independencia: "*El año dos mil nos hallará unidos o dominados*".

La unidad cultural habrá de ser entonces el necesario correlato expresivo de una unidad política hacia la que tiende el proyecto de todos los movimientos populares de Iberoamérica. Así se conformará una cultura nacional iberoamericana, que habrá de presentar no obstante, una gama de matices regionales producidos por las diversas etnias que cubren nuestra Patria Grande y que prácticamente en ningún caso se corresponden con la actual división política.

La formación del poder popular

Vamos a hablar de la formación del poder popular en la Argentina. Este es el tema.

Versión grabada de la charla del compañero Horacio González, profesor titular de Historia Nacional y Popular, con un conjunto de estudiantes de la cátedra, reunidos en la Sala del Consejo EVITA, de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires, el lunes 26 de noviembre de 1973.

Ahora bien, yo me doy cuenta perfectamente que la misma enunciación del tema no es de ninguna manera "inocente", es decir, que no es ninguna enunciación intrascendente o circunstancial. Porque no se trata de un tema parcial, que sumado a otro conjunto de temas parciales da como resultado el programa de una materia. Nuestro tema, en este caso, no es meramente el punto de un programa, sino que es una perspectiva de análisis.

Esta perspectiva de análisis, supone fundamentalmente distinguir como eje del desarrollo histórico de la nación argentina, a la formación de un polo de fuerzas políticas culturales, económicas, etc., que en cada etapa se plantean el proyecto de una nación independiente. Y supone, simultáneamente, que vamos a hablar de los criterios políticos que permiten distinguir en la conciencia de los protagonistas de los procesos de cambio, lo que sería una zona de conflicto en la que de un lado se hallan las fuerzas del proyecto nacional y del otro, enfrentadas a él, las fuerzas de la dominación imperialista, de la destrucción del hombre, etc.

El título que le pusimos a esta charla tiene resonancias que muchos de ustedes ya habrán detectado claramente. Seguramente recordarán un título parecido.

¿Alguno de ustedes escuchó hablar de *La formación de la Conciencia Nacional*? ... Bueno, ese es el título de un libro de Juan José Hernández Arregui. Tampoco es un simple título, puesto que encierra un verdadero programa de conocimiento, un verdadero instrumento de análisis de la historia nacional. Muchos de nosotros nos valimos de ese libro como un primer acercamiento a los temas que tradicionalmente habían permanecido ausentes de la Universidad. ¿Por qué entonces la Formación del Poder popular?

En la Formación de la Conciencia Nacional, Hernández Arregui propone el siguiente esquema: que la conciencia nacional es un producto social, vinculado a la capacidad de las masas populares de enlazar sus reivindicaciones sociales, justicia, dignidad, etc., con una propuesta política de independencia para toda la nación. Es decir, cómo las masas populares van comprendiendo que todas las reivindicaciones parciales de los despo-

* Versión grabada de la charla del compañero Horacio González, profesor titular de Historia Nacional y Popular, con un conjunto de estudiantes de la cátedra, reunidos en la Sala del Consejo EVITA, de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires, el lunes 26 de noviembre de 1973.

seídos, de los marginados, etc., van confluyendo y constituyendo una verdadera reivindicación de soberanía nacional. La forma específica de entender esta relación entre las demandas de los sectores socialmente empobrecidos por la dependencia y la unidad y soberanía nacional, se da a través de la conciencia nacional. En su libro Hernández Arregui lo que hace es estudiar el desarrollo de los portadores sociales, de los grupos sociales profesionales, intelectuales, universitarios, etc., que encarnan en su práctica la posibilidad de entender la relación entre la nación y el pueblo. En el área donde se realizan las prácticas intelectuales de una sociedad, Hernández Arregui descubre que se expresan todas las contradicciones políticas y sociales existentes. Y que por lo tanto, dado que es un área particularmente dominada por la cultura liberal, los métodos científicistas de pensamiento, por las teorías europeizantes e impugnadoras de la creatividad popular, hay que rastrear en ella todos los despuntes de una conciencia nacional, encarnada como contradicción con la cultura oficial, por aquellos grupos de intermediarios culturales que expresan al pueblo y a la nación. De ahí, que la conciencia nacional se plasma en expresiones literarias o en programas políticos, pero siempre como síntesis de los contenidos que implícitamente va desarrollando el pueblo en su lucha por la independencia nacional. Así aparece, como corriente político-cultural, el revisionismo histórico, el nacionalismo Yrigoyeniano, FORJA, etc. También aparece la trágica incompreensión de las propuestas nacionalistas abstractas, que nunca le daban un sujeto social al nacionalismo, sin el cual éste no podría desarrollarse, terminando entonces en alguna variante más del sistema.

Es el caso del nacionalismo oligárquico, y con ribetes más trágicos, el caso de Leopoldo Lugones, para mencionar el ejemplo más característico analizado por Arregui en su libro.

El tema específico de Hernández Arregui es entonces cómo la conciencia nacional se forma cuando funciona bien la mediación entre las masas y las instancias orgánicas que plasman en la política y en la cultura esa conciencia nacional. Y aquí aparece el problema del mediador, que era parcial en Forja, en la medida que era un grupo ideológico de extracción de clase media.

En cambio, el peronismo ya es una estructura integral que sintetiza en una fuerza política y social, todas las corrientes culturales nacionales que operaban en la Argentina luego de la caída del Yrigoyenismo. Con el peronismo la conciencia nacional empieza a funcionar como una propuesta de masas en la medida que se inscriben en ella los trabajadores, el sector dinámico en todo proceso de cambio, el sector, digamos, que va a pelear su hegemonía con otros sectores sociales.

Hasta aquí, mas o menos resumido, llega Hernández Arregui. Ahora bien, ¿Por qué venimos nosotros a hablar de la formación del poder popular?

Porque sin duda el esquema de Hernández Arregui provee los lineamientos generales y aquí venimos, si se quiere, a complementarlo, analizando el desarrollo histórico de todas las estructuras políticas, militares, culturales y sindicales generadas por el pueblo.

Es decir, dicho de otra forma, *todas las concepciones de poder generadas por el pueblo* en 163 años de desarrollo nacional. Y un proyecto de poder es necesariamente político-militar y tiene como premisa básica adueñarse del Estado. Dicho de mejor forma, tiende a construir un Estado.

Por eso vamos a ver que propuesta de poder encontramos durante la independencia, con las montoneras, con el Yrigoyenismo y en el proceso posterior al 45. Ahora, para aclarar un poquito mejor el tema: lo que aquí vamos a ver específicamente es *sobre que línea de desarrollo conceptual se van construyendo las organizaciones populares y nacionales, sobre que premisas conceptuales*. Y esas premisas las vamos a analizar desde el Plan de Operaciones de Moreno hasta las actuales estructuras de poder popular.

Poder nacional y poder popular

En principio creo, que es necesario aclarar que el poder popular, es al mismo tiempo un poder nacional, un poder de la nación, o bien, un poder que tiende a gestar la

nación. De nada serviría pensar un poder popular al margen del poder nacional y lo mismo a la inversa. Para dar solamente algunos ejemplos de que una cosa no va sin la otra —y que aún a veces se desencuentran drásticamente— veamos, por ejemplo, la llamada Organización Nacional, luego de Caseros. La Organización tiene un proyecto de nación que se enfrenta con el poder popular, que es el poder de las provincias, fundamentalmente, y las aniquila militarmente para imponer una nación liberal, facciosa, pro-británica.

Esa organización nacional no tenía nada que ver con un proyecto popular ya que la verdadera organización nacional que estaba gestando Rosas, a nivel de bases populares de la nación, es derrotada en 1852.

El otro ejemplo que quería mencionar es el siguiente, un poco en el mismo sentido del anterior. Es un hecho que suele encandilar a muchos historiadores. Me refiero a la Organización Nacional tal como la concibe Julio Roca, es decir, esa especie de "segunda organización nacional" roquista, que dota a la nación de una idea de Estado fuerte y con bases territoriales y sociales más amplias que las que había concebido la generación anterior. Al mismo tiempo, ligado a la gestación de una formación militar regular, estable y centralizada, vinculada a la población mediante la conscripción obligatoria...

Algunos, como el ensayista Jorge Ramos creen ver en esto el "eslabón perdido" de la línea Nacional, entre el rosismo y el yrigoyenismo. En realidad el proyecto roquista estaba dentro del juego de disidencias internas del Régimen oligárquico. Sólo que Roca representaba una variante "nacional" del Régimen en la Argentina, que se da en forma permanente, que consiste en ampliar el poder del Estado, su área de influencia en la sociedad y en la economía. Este estatismo, vinculado muchas veces al federalismo elitista o al nacionalismo oligárquico, fue una política del régimen, dado que se adecuaba perfectamente a las necesidades del desarrollo dependiente de la Argentina. No hay que confundir la oligarquía con el liberalismo, que es históricamente tan sólo una de sus variantes, aquella que renuncia, justamente, a organizar las fuerzas del Estado como "el primer poder" del país dependiente, luego del poder imperial actuando en las estructuras internas de la nación.

En este ejemplo que comentamos, tampoco el poder nacional es un poder popular. Y por lo tanto es un poder que no está en condiciones de producir un desarrollo histórico aprovechable por el pueblo, ya que todo el proceso roquista terminó en la entrega y en la corrupción y hasta le dio oportunidad a Mitre a "colarse" en la oposición del 90, en el surgimiento de la unión cívica.

Otro ejemplo, contrario a los anteriores, y que demuestra la inviabilidad de los proyectos que no sepan sintetizar lo nacional y lo popular, es el caso de toda la experiencia y la acción anarquista en la Argentina. Como todos saben, el anarquismo es el más vasto y profundo movimiento de masas en la Argentina de principios de siglo, fundado en los trabajadores de origen inmigratorio y en la acción sindical. El anarquismo domina casi todas las expresiones sindicales —ya que escoge al sindicato como instrumento exclusivo de organización del pueblo— y logra interesar incluso a sectores rurales de origen criollo y algunas de sus expresiones se presentan a sí mismas como un "movimiento nacional". Pero hay una trágica incompreensión respecto a lo que es un poder nacional, a lo que es organizar la nación. Aquí hay que hacer una acotación: los socialistas se remiten al ámbito de la nación, es decir, recomiendan a sus afiliados extranjeros, que son la mayoría abrumadora, que aprendan el castellano, que tomen la ciudadanía argentina, etc. pero entienden a la nación como la nación "parlamentaria" y elitista que creó la oligarquía y el imperialismo británico. El socialismo en la Argentina se convierte en un apéndice de ese sistema de poder "ilustrado" y antinacional.

Los anarquistas son un poder popular basado en los sindicatos concebidos como "sociedades de resistencia", es decir, como un intento de organizar una sociedad libre basada en la organización de comunidades sindicales libremente federadas. Sin embargo, en este siglo es el movimiento de masas, que a nivel de los trabajadores, antecede al peronismo. Peronismo y anarquismo son los únicos movimientos masivos, populares y obreros en la Argentina contemporánea. El yrigoyenismo, que también es masivo y popular, no logra incorporar a los sectores obreros y se basa en las clases medias

urbanas y rurales. Desde luego, desde el punto de vista nacionalista, popular, el entronque real es yrigoyenismo-peronismo, pero no está demás mencionar al anarquismo como una dramática y violenta expresión popular de la Argentina inmigratoria, que tiene una trágica incompreensión de las luchas nacionales pero que, en su desesperación, aporta una vertiente de experiencia popular —basada en la justicia de los de abajo y en la violencia justa, cuando no hay otro camino para el pueblo— que el movimiento nacional aprovecha y sintetiza. La incompreensión de los anarquistas respecto a la necesidad de fundir el poder popular en un poder nacional origina su desaparición de la Argentina luego de 30 años de violenta permanencia en la vida política nacional. Otra enseñanza de la desaparición del anarquismo es que desde el sindicato no podía abarcarse el conjunto de las necesidades organizativas del pueblo.

Así que vamos viendo cómo un proyecto de poder nacional sin organización popular (el de los autonomistas, roquistas, etc.) tanto como un proyecto de poder popular pero sin capacidad para organizar a la nación (anarquismo, en nuestro ejemplo) están condenados al fracaso.

Entonces lo que tenemos que rastrear nosotros es cómo se forma en la Argentina la idea de que el instrumento óptimo de transformación de la realidad es aquel que pueda conjugar la organización del pueblo con la organización de la nación. O dicho de otra manera, como se desarrolla esa identidad histórica y política que es el pueblo y la nación. Todavía hay algunos despistados que niegan la potencia explicativa de este análisis, y temen que después nos quedemos sin analizar las fuerzas sociales, las clases, los sectores económicos, es decir, los análisis estructurales propiamente dichos. Pero es justamente lo contrario: podremos identificar mejor las clases sociales, los sectores económicos y la estructura económico social de la dependencia en cuanto logremos darle un perfil histórico a estos análisis, y el perfil histórico sólo lo obtenemos verificando en el terreno de las acciones sociales la presencia del pueblo-nación como categoría transformadora de la realidad.

El plan de operaciones de Mariano Moreno

Ahora empecemos nuestro análisis más de cerca. Dije que íbamos a tratar de describir las notas características del proyecto de poder popular en la Argentina, es decir, sobre la base de que rasgos se forma la idea de poder que hoy tiene nuestro pueblo. Me parece adecuado comenzar con un análisis de un documento muy rico, un documento excepcional que es sin duda el primer aporte de fondo a la concepción del poder popular. Me refiero al Plan de Operaciones de Mariano Moreno.

En este Plan hay una precisa caracterización del poder nacional. Ese poder, en el año en que se escribe el plan, 1810, había que crearlo de la nada. Había que crear un Ejército, un estado, en fin, había que gestar un poder popular. ¿Cuáles eran las características de ese poder? Repasemos brevemente los artículos del Plan, que son una vehemente apelación al poder del pueblo. No tienen desperdicio. Fíjense cual es la primera característica: *fixar la legalidad propia del tiempo de revolución*. Ese es el gran tema del Artículo 1º del Plan. Y esto —fixar la legalidad implícita en un proceso de cambio— es la característica efectiva que hace que una revolución sea una revolución, es lo que hace que lo que llamamos "revolución de mayo", según los textos escolares, sea realmente una revolución. En una revolución, se acaba un orden y comienza otro. Entonces es preciso fixar normas nuevas que determinan qué es lo bueno, qué es lo malo, pero ya dicho no con los criterios del régimen que se acaba sino del proyecto que surge. Es decir, es necesario hacer leyes propias e inherentes al proceso revolucionario. Una revolución es una revolución cuando está capacitada para fixar sus propios valores, sus propias leyes. Y eso se logra cuando se legisla desde un nuevo origen. Y eso es lo que hace el Plan de Mariano Moreno. Un poder popular tiene su propia legalidad y por ende tiene conciencia de la línea divisoria que lo separa de la legalidad del régimen anterior. En estos términos, ¿cómo comienza Moreno su Plan? Moreno comienza distinguiendo tres categorías de hombres, presentes en todo proceso de

cambio. En la tipología de Moreno, frente a un proceso revolucionario hay tres actitudes básicas y por lo tanto, tres tipos de hombres: el revolucionario, el indiferente y el contrarrevolucionario. Esta distinción es un paso decisivo para iniciar la construcción del marco de legalidad propio de la revolución. En este artículo 1º Moreno distingue lo que en términos modernos podríamos llamar el campo del pueblo y el campo de las fuerzas enemigas del pueblo. Esta distinción es inherente a la acción política, hace a la esencia misma de la acción política. La política empieza cuando hacemos esta distinción. Y aún más, el conocimiento social está basado en esta distinción. Moreno agrega algo más: reconoce la existencia del campo de los neutrales, de los indefinidos, que "son los verdaderos egoístas". Aquí hay otro elemento digno de destacarse: la condena al espectador. Este elemento es de neta raigambre tercermundista. Hay una frase muy conocida, que circula entre nosotros que alude a esta misma situación: "cuando la suerte de una nación está en juego no se concibe el bando de los indiferentes". Hay otra frase todavía, acuñada desde el proceso argelino: "todo espectador es un cobarde o un traidor". Dicen lo mismo, y la primera es una formulación más familiar para nosotros. Moreno establece exactamente lo mismo. En todo este artículo primero que estamos comentando establece los términos de una nueva legalidad. A los patriotas, todo, a los enemigos de la revolución ni justicia. Y este es otro elemento de todo proceso de cambio. Expliquemos un poco mejor todo esto.

Si el patriota delinque —dice Moreno— y su delito es privado, debe tenerse bondad y consideración. "En tiempos de revolución solo la infidencia y la rebelión debe castigarse". Es decir, todas las normas de justicia del régimen anterior son reemplazadas por una justicia cuya base capital emerge del nuevo poder en gestación. Ese poder es el legítimo y todo lo que esté al margen de él es ilegítimo. A los enemigos de la revolución, en cambio hay que castigarles el menor delito. A la menor duda, se lo castiga con pena capital *si son "sujetos de riqueza talento y carácter"*. Si no fuera así podríaseles tener alguna consideración. Aquí está presente, en toda su potencialidad, un principio revolucionario: *a igual delito, debe ser mayor la pena para el rico y para el funcionario del viejo régimen, que para el pobre o el hombre de pueblo*. El proyecto de justicia popular hace una distinción de clase social dentro de los enemigos de la revolución. La justicia, otra vez, pierde su abstracción idílica para convertirse en un instrumento concreto para juzgar, recompensar o castigar las acciones humanas. El Plan de Operaciones tiene una enorme riqueza. Es un verdadero tratado de ciencia política, y despojado de los rasgos a los que se recurre más habitualmente para caracterizarlo en su superficie (es decir, la mención de lo sanguinario de muchas de sus disposiciones) es evidente que queda, en sus esencias, el proyecto de construcción de una legalidad de liberación. Y eso es lo característico de un proceso revolucionario. Nuestros análisis, entonces deben conducirnos a tratar de encontrar con que vigor y claridad aparecen marcados, en la reflexión política que acompaña al proceso, el campo propio y el campo de los enemigos de la revolución. La línea divisoria entre esos dos campos es la línea de la legalidad con la que se conduce el proceso, y eso es en última instancia lo que le interesa establecer a Mariano Moreno. A partir de esta distinción, luego se tratará de ver cómo se estructuran las alianzas con las fuerzas indefinidas y vacilantes, y cómo se resuelven las contradicciones existentes en el mismo campo propio. Moreno esboza esto último al determinar un trato diferenciado para los "principales" y para "el bajo pueblo". Hay todo un despliegue de técnicas sutiles y de artimañas para ganarse a los miembros de las clases principales que puedan permanecer indiferentes o vacilantes.

Lo fundamental que interesaba decir sobre el Plan ya creo que queda dicho. Ahora faltarían algunas menciones al planteo que hace Moreno de un proyecto de Estado capaz de controlar la explotación de las minas del Alto Perú. Esta estatización de las minas hace confluír una propuesta de desarrollo industrial controlado por el Estado, con un tenue intento de fundar una economía de guerra. Ahora no podemos sino señalar someramente los rasgos más salientes de la gestación del poder popular-nacional, vamos a dejar entonces, el planteo moreniano del poder popular para retomarlo a través del análisis de otro documento histórico.

La orden de San Martín al Ejército de los Andes

Hay otro documento decisivo donde aparece otra definición profunda del concepto del poder popular en la Argentina. Me refiero a la *Orden de San Martín al Ejército de los Andes, del 27 de julio de 1819*.

¿Qué es lo que San Martín ordena allí?

El primer análisis que podemos hacer es que se trata de una *orden general*. Es decir, todos tenemos presente la reproducción fascimular de esa orden, que más de uno tiene colgada en su dormitorio. *Allí no se ordena nada que haga a ningún reglamento interno castrense ni a ningún paso táctico concreto en lo militar. Allí lo que se ordena es una actitud de guerra, una mentalidad y una conciencia de guerra*. Allí se dice que hay que hacer la guerra como se pueda. Estos son los primeros elementos que podemos constatar.

Este ingrediente, este dato, "hacer la guerra como se pueda" es decir, con la escasez de recursos, arreglándose en un estado de total precariedad, es fundamental no sólo para entender la actitud hacia la guerra de la época de la independencia, sino para sentar una *doctrina nacional de la guerra mucho más concisa y más real de la que se enseña en las academias militares*. En las academias militares se parte de una doctrina de guerra no sanmartiniana, es decir, de la idea de guerra asistida por una alta capacitación técnica y humana. Esa es una idea no sanmartiniana de la guerra.

Luego dice nuestra proclama: "compañeros del ejército de los Andes". ¿Qué es esto de decirle *compañeros* a los miembros de un Ejército?

Es bastante inusual que se considere *compañeros* a los componentes de un Ejército, por encima del escalafón estamental. Sin ese escalafón, sin un organigrama de jerarquías, un ejército no es un ejército, en términos de la historia militar clásica. Pero este ejército, que es de liberación, supone que por encima de los grados y jerarquías, está la empresa política que convoca y unifica. *Es un ejército convocado políticamente, un ejército de "compañeros" y no un ejército de escalafón*. No es que los grados dejan de existir, o que no se hacen enfoques disciplinarios. Por el contrario, se apela a la disciplina efectiva —y todos sabemos lo cuidadoso que era San Martín de eso— de la única manera posible en un ejército de liberación. Convocando a las conciencias de los miembros del ejército, apelando al proyecto político superior que los hacía a todos *compañeros*, y convirtiendo la disciplina *no* en una cuestión reglamentaria sino en una cuestión de conciencia.

Todos estos componentes de la Orden —"hacer la guerra como se pueda", el "ejército de *compañeros*"— son claros elementos que definen la actitud de un ejército liberador, y van aportando a nuestros análisis de cuales son los componentes conceptuales del poder popular, tal como se han dado en su desarrollo histórico. Cuando en la Orden se dice "seamos libres, lo demás no importa nada", no se hace sino reafirmar algo que está presente desde la primera hasta la última letra de la proclama: *la liberación como valor absoluto, como centro de una escala de valores*. Y para remarcar aún más que la liberación es lo central, el valor más alto, se dice "lo demás no importa nada" . . . Esta proclama sanmartiniana es el pico más alto de una concepción de la liberación, vinculada a una auténtica doctrina nacional de la guerra.

La proclama de Felipe Varela

Elementos muy similares aparecen en la proclama de Felipe Varela de 1866, con la que se opone al gobierno porteño que ha declarado la guerra al Paraguay, y en la que a la vez, llama a la unidad latinoamericana, más de 40 años después de la batalla de Ayacucho. En principio, Varela comienza también estableciendo el campo propio al que se dirige: la relación que establece con sus hombres es la de "jefe y amigo". Esto quiere decir que las responsabilidades político-militares del poder popular, no surgen de las academias militares ni de las escuelas de formación política. Las jefaturas no vienen pre-elaboradas ni digitadas por ningún orden académico o escalafonario. Las jefaturas

son una función de la distribución colectiva de responsabilidades. Nadie es jefe si previamente no surge "del común" y no se remite a sus iguales permanentemente. Se es jefe y amigo. Se es jefe y compañero. Esto quiere decir que cuando se forma un ejército, los mandos no vienen de ningún organigrama divino, sino del reconocimiento colectivo. Este es un rasgo que está presente históricamente en el proceso de formación y desarrollo del poder popular en la Argentina. Y también está presente otro rasgo que ya comentábamos en el Plan de Operaciones de Moreno. La creación de un ámbito de legalidad propio a partir del cual se le niega autoridad al contrincante, a partir del cual se lo define como enemigo. "Abajo los infractores de la ley", dice Felipe Varela. ¿Quiénes eran esos infractores de la ley? ¿Acaso no eran Varela y todo el proceso de las montoneras, quienes son puestos permanentemente fuera de la ley y considerados bandidos? Y esta es otra constante de todo proceso de liberación. El proyecto de organización nacional quiere imponer su ley en toda la República. La resistencia provincial no tiene organismos de gobierno ni tribunales, pero también tiene su ley, ya que se basa en la voluntad popular, en las masas populares. La ley de los triunfadores es la ley del desarrollo capitalista dependiente de la Argentina. Por eso, para la voluntad popular, ellos son los "infractores de la ley". Y Varela los menciona en su proclama: Mitre, Sarmiento, Sandes, Paunero... ¿Qué ley infringieron todos ellos? También lo menciona Varela: han impedido "la práctica estricta de la constitución jurada, el orden común, la paz y la amistad con el Paraguay y la unión con las demás repúblicas americanas". He aquí el bárbaro caudillo provinciano hablando de constitución, de orden, de paz.

Estas palabras habían quedado en manos de los "fratricidad porteños" que les dan un falso contenido, ya que en manos de la causa de la liberación cobran un sentido diferente. Pero los pueblos luchan también por todo eso, el orden, etc. entendido como orden de las mayorías, orden de liberación.

Varela es el momento más alto de la formulación del "programa" —el proyecto de poder— de las montoneras provincianas. Es el momento más claro del doble poder, pues son dos órdenes, dos formas de encarar la paz, y de encarar la constitución. Es la línea latinoamericanista contra la línea europeizante y pro-británica.

Los elementos conceptuales del poder popular

Llegados a este punto, recapitemos un poco lo que venimos relatando. Hemos hecho el análisis de tres documentos históricos que testimonian un proceso de formación del poder popular, o mejor dicho, que son una expresión visible de una concepción de poder popular que a veces es necesario desentrañar pues lo obvio de esos documentos —como el caso de la Orden de San Martín— se presta al análisis anecdótico y a veces imposibilita llegar a la concepción de fondo que los anima. Volvamos un poco sobre los tres documentos para sistematizar lo que venimos afirmando.

1°. Con el Plan de Operaciones de Mariano Moreno establecíamos la necesidad de contar con una fuerza militar propia, creada con fines revolucionarios, que sintetizara lo nacional y lo popular y a partir de la cual se hicieran alianzas con los sectores vacilantes y, por otro lado; se identificara claramente la fuerza antagonica, es decir, el objetivo a destruir.

2°. Con la Orden de San Martín establecíamos que las tareas de la fuerza militar se definían con mucha mayor precisión si se acudía simultáneamente a los siguientes aspectos. Por un lado, es una fuerza militar cuya solidaridad interna no la provoca un escalafón verticalista sino un objetivo común. Y por otro lado, establece que un ejército está en relación a una doctrina de liberación, o mejor dicho, de guerra de liberación. A partir de aquí se establece lo siguiente. Que una guerra no es un producto de la fuerza de los ejércitos sino de la voluntad de los pueblos. "La guerra la tenemos que hacer del modo que podamos". Aquí es el pueblo el sujeto, el protagonista de la guerra, ya que al decir del "modo que podamos" está dejando implícito que no se

tiene un pertrecho y una infraestructura militar al estilo de los ejércitos profesionales. Un ejército profesional nunca dice "del modo que podamos". Simplemente puede hacerla porque está en función de la infraestructura técnica y profesional de que dispone. Este es el modo técnico y académico de hacer la guerra. El academicismo y el cientificismo no sólo está en las universidades.

3°. Con la proclama de Varela, lo que veíamos era la creación de un marco de legalidad popular desde el cual se condena los "hombres de la organización nacional" y a su proyecto desorganizador y antinacional. Estos elementos, por otra parte, ya aparecían en el Plan de Moreno.

Todos estos elementos hacen a la formación del poder popular-nacional en la Argentina, porque un poder popular sólo puede formarse dentro de muy precisas pautas que lo conciben y lo definen, y aquí vimos como lo conciben Moreno, San Martín y Varela. No hicimos el análisis de Rosas, porque entendemos que de alguna forma ya José María Rosas en todos sus libros señala con claridad cuál es el aporte de Rosas a la definición del poder popular. La idea de la "restauración de las leyes" como una forma de identificar el proyecto del adversario, es decir, el proyecto de Rivadavia, que "subvierte" las leyes al importar un modelo europeo e imperialista de desarrollo. Y por otro lado, la idea de orden, como un intento de forjar una verdadera democracia popular, en la medida en que el orden tiene sentido solo si lo avala la mayoría.

Todos estos componentes, que podríamos enumerar para hacer más claro nuestro planteo, hacen a una definición histórica del poder popular en la Argentina. Y si la definición es histórica, ello quiere decir también que es un instrumento de trabajo para el presente, es decir, es una "guía para la acción", hoy. Veamos entonces si podemos señalar los componentes que venimos mencionando en esta charla.

- en primer término, el poder popular siempre es un poder popular-nacional. Siempre crece en relación a un ámbito concreto que es la construcción de la nación independiente.
- en segundo término, el poder popular coincide, en sus manifestaciones más vigorosas, con un poder militar-popular.
- y luego, algunas notas características del concepto histórico argentino del poder popular:

a) la clara delimitación de las fuerzas populares propias respecto de las fuerzas del enemigo. La identificación del enemigo como parte del mismo proceso de identificación del pueblo, ya que el poder popular no tiene el mismo concepto de pueblo que tiene el liberalismo. El concepto liberal de pueblo está despojado del concepto de "enemigo", ya que el pueblo, para el liberalismo, es una categoría abstracta y a-histórica. Para nosotros, hablar de pueblo es hablar de los protagonistas de una revolución, que siempre se estructuran en contradicción con otro poder, el poder imperial, etc. Existe el pueblo porque existe el imperialismo y el poder antinacional. Esto está claramente establecido en el análisis que hicimos del Plan de operaciones de Mariano Moreno.

b) la justicia vinculada a las necesidades del proceso revolucionario, y la creación de una legalidad propia, sostenida por el pueblo, al margen de la "legalidad de ocupación", que es la ley del Régimen. Esto está claro en el Plan de Moreno, que establece una justicia más rigurosa para los ricos, y también en el análisis que hicimos de la proclama de Varela.

c) la idea de liberación como única categoría válida, para organizar la nación. Pero no sólo como eso, sino como una forma de reordenar creativamente todas las relaciones sociales e institucionales. Así, vimos como San Martín, en su proclama, alude al "ejército de compañeros", cohesionado políticamente por el proyecto común y no por la represión interna o los organigramas académicos.

d) la idea de la guerra como una guerra popular, hecha "del modo que podamos", es decir, como una guerra que surge de la voluntad popular y no del razonamiento

técnico-bélico de un ejército profesional. Así este aporte sanmartiniano es vital para fijar una efectiva doctrina nacional de la guerra.

Con estos criterios, pienso, podemos comprender todo el proceso de nuestra independencia, de las luchas federales y provinciales contra el poder central, la experiencia nacional yrigoyenista, y más cerca nuestro, todo el proceso peronista. Estos criterios metodológicos para identificar la formación del poder popular en la Argentina no los inventamos nosotros. Los sacamos de documentos históricos. Y por añadidura, de los documentos históricos más conocidos, los que tenemos delante de nuestras narices, e incluso colgados en nuestros dormitorios o pegados como afiche por la calle. Sobre estos documentos reflexionamos nosotros; no vamos a los archivos, porque el problema de construir nuestra verdadera historia no es un problema de archivo sino de metodología de análisis.

CeDi

Abel Posadas

Mitos y contramitos

En este número: Popes de la crítica cinematográfica argentina.

Hacia comienzos de la década del 60 se inicia en la Argentina un movimiento de crítica cinematográfica que brindaría al frondifrigerismo una flamante constelación de estrellas. En nuestros locos sixties—auge de la revista literaria, del *Dí Tella*, de los poetastros, de los cuentistas de Jorge Álvarez— no podía faltar gente que se dedicara con esmero, puntilliosidad y sólida formación intelectual a este medio masivo de comunicación. *Flashback*, *Tiempo de Cine*—entre las revistas— y EUDEBA—entre las editoriales—, más las Altísimas Casas de Estudio—como la Universidad del Litoral—, sin olvidarnos de aquellas Ediciones Culturales Argentinas que lanzaba el Ministerio de Educación y Justicia, descubrieron que valía la pena hablar de cine, ¿Cómo lo hicieron?

I) *Revistas*: El N° 1 de *Flashback*—revista dirigida por Edgardo Cozarinsky y Alberto Tabbia— está íntegramente dedicada a *Ingmar Bergman*. No es de extrañar, entonces, que su título sea precisamente *Ingmar Bergman*. En el prólogo, se aclara: “Es curioso que durante tanto tiempo la crítica europea, fuera de Suecia, haya ignorado a Bergman. Si bien la distribución de sus films fue muy deficiente, *Sommarlek* (*Juventud, divino tesoro* para quienes no saben sueco, todavía), fue menospreciado en Venecia 1952 (...). En este extremo de Sudamérica, Bergman impresionó profundamente desde que su obra empezó a ser conocida (1952 en Uruguay, 1954 en Argentina); ahora tiene muchos admiradores y enemigos”. El mencionado número incluye filmografía completa, hasta el momento, labor teatral de Bergman, una nota firmada por el genio sobre *El séptimo sello* y todo, en fin, una cosa muy

seria. El *Flashback* N° 2 incluía notas sobre Clair, Ford, Renoir y Chaplin.

A su vez, el N° 1 de *Tiempo de Cine*—agosto 1960—, cuyo consejo directivo estaba compuesto por Iturralde, Mahieu, Sammaritano y Vená, con dibujos de Quino—que aún no era *Mafalda*—, trae el texto completo de *Hiroshima Mon Amour*, notas sobre la película a cargo de Mahieu, artículos varios sobre cine norteamericano, una nota titulada *Suecia 1960* de Cozarinsky y para no olvidarnos del país en que estábamos, Salvador Sammaritano se manda dos paginitas hablando de las películas que estamos haciendo aquí en el Río de la Plata, esas cosas de sudamericanos, bah. Pero las noticias son de este tipo: “*Esta tierra es mía*”, de Hugo del Carril que ya se encuentra en proceso de laboratorio”. Está bien: Sammaritano habla de películas a estrenar. No hay absolutamente ningún otro comentario. El cine argentino tenía poco presente, ningún pasado y, tal vez, cierto futuro.

II) *Hablan los claustros*: La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del Litoral presentó en 1964—aunque el trabajo es de 1962— *La literatura argentina y el cine*, de Mireya Bottone. El cine argentino hasta 1943 ocupa cuatro hojas. El de 1943-55 dos y media. Ah, pero luego viene el de 1956-60 y de ese período la autora analiza *Fin de fiesta* y *Dar la cara*. La primera tiene libro de Betty Guido y fue dirigida por Torre Nilsson. La segunda es de Viñas—se trataba de un guión cinematográfico que luego convirtió en novela— y fue llevada al cine por Martínez Suárez. Lo único importante del libro es la lista final de obras literarias argentinas que fueron filmadas en nuestro país hasta 1960.

Por la misma época, Tomás Eloy Martínez publica a través de los *Cuadernos de las Ediciones Culturales Argentinas*—del Minis-

terio de Educación y Justicia—La obra de Ayala y Torre Nilsson. Aquí no se escatiman elogios: Eloy Martínez habla sobre dos genios, quién lo duda. Allí se dice: “Los dos implican una reacción fuerte contra las corrientes comerciales previas y un viraje hacia el examen sistemático de la realidad argentina más profunda; los dos están apuntalados por una formación estética y profesional sólida, por una voluntad de independencia industrial”.

III) EUDEBA no podía permanecer ajena y encarga a Agustín Mahieu una *Breve Historia del Cine Argentino*. Allí uno se entera de que *Los isleros* fue dirigida por Mario Soffici, o de que Lautaro Murúa cumple destacada actuación en *La mano en la trampa* o de que Lucas Demare ha filmado *Guacho*. En realidad, creemos que Mahieu quiere decirnos que *Los isleros* fue dirigida por Demare, o que Francisco Rabal estuvo bien en *La mano en la trampa* o que *Guacho* se estrenó en 1954. Además, habría que correr a avisarle que *El último perro* no es de Mario Soffici y que tampoco lo es *Después del silencio*, ya que ambas películas fueron dirigidas por Lucas Demare. Lo menos que puede pedírsele a Mahieu es precisión en los datos, ya que su enfoque ideológico resulta un tanto perimido. Imagínense que habla de genios tales como Lautaro Murúa, Rodolfo Kuhn, David Kohon, Simón Feldman, J. A. Martínez Suárez, Manuel Antín, Daniel Cherniavsky, gente que se hundió en el más profundo de los olvidos en... cuántos años? La política represiva de EUDEBA —más libros para más— no entendía que a Agustín Mahieu no podía encargársele un librito sobre cine argentino. Y si se lo encargaban, allí iba él, con toda su carga de ignorancia. La misma que aún hoy, desde las páginas de *La Opinión* le permite decir que “el cine argentino jamás pudo aprehender la realidad en su totalidad” o que “las mellizas Legrand debutaron en *Los martes orquídeas*” o que “*Margarita, Armando y su padre* resulta una variante de la obra de Dumas propuesta por Francisco Mujica” y errores semejantes. CEDAL —una continuación de EUDEBA en cuanto a cultura represiva—, encargó a su vez un librito sobre *El cine nacional* (1972) a Estela Dos Santos. Esta buena muchacha se merece el premio en cuanto a errores se refiere. Pero, tengamos en cuenta, si Estela Dos Santos es discípula de la vieja izquierda —aquella de los locos *sixties*— su alejamiento del cine argentino será todavía mayor. En el librito de la colección *La Historia Popular*, la Estelita da por sentado que *Abajo la careta* y *Ensalada criolla* son sainetes de Ezequiel Soria. Aclaremos al lector que estas dos piezas breves son *Abajo la careta* de Buttaro y

Ensalada criolla de De María. Además, que *Juvenilia* fue dirigida por Mario Soffici —parece que todos la tienen con Soffici; el pobre ha dirigido tanto que cuando no saben a quién encajarle una película se la endilgan a él— y no por Augusto César Vatteone. Otra: que René Mujica dirigió *Así es la vida*, cosa que nos parece difícil porque René debía usar pantalones cortos en aquella época. Se refiere a Francisco Mujica. Que después de *Breve Cielo* David Kohon no volvió a filmar. ¡Pero si *Con Alma y Vida* es de 1970, Estelita! . La gente es empeñada. Ocurre que *Con Alma y Vida* tira abajo finalmente a uno de los mititos de la generación del 60. Por eso lo excluiremos. En cuanto a los conceptos geniales de esta obrilla transcribiremos dos. Hablando de Demare dice: “La experiencia del director en el manejo de masas se pudo apreciar, parece que por última vez, en el antológico cruce de los animales por el río”. (*Los isleros*) Uds. tienen el mismo concepto del manejo de masas? De Milla o el mismo Demare, maestros en el asunto, me parece que cuando manejan masas no creen manejar vacas. O llamará animales a los *isleros*? Para justificar la filmación de *Su mejor alumno* (1944, Demare) —biografía de Sarmiento—, la civilizada Dos Santos recurre a las palabras de Petit de Murat y nos dice: “La vida de Sarmiento era tentadora. Le encontramos un buen soporte: el amor filial. Tenemos pocos héroes, y no queríamos meternos en la historia del señor Sarmiento con su mujer y con la señora Véz Sarsfield y con algunas damas. Esas intimidades son más soportables para los países que tienen siglos de historia y abundancia de próceres”. A estas palabras de Petit de Murat, Estela Dos Santos las precede con un “En 1944 *Su mejor alumno*, versión digna de un Sarmiento estadista y padre, porque como explica Petit de Murat...” Resulta, asimismo, gracioso, que Estela Dos Santos rinda homenaje a uno de sus maestros en la crítica. Hablando de *La guerra gaucha* musita: “Con el correr de los años, AUN Mahieu puede decir de ella: “El resultado es una historia a veces convencional en su estructura, pero dinámica, llena de acción y aventura (algún crítico europeo la calificó de western de gauchos), y atravesada por un cálido aliento épico”. El círculo se ha cerrado. Estelita Dos Santos rinde su homenaje a Agustín Mahieu con ese AUN, que nos demuestra cuán inexorables son los juicios del tan mentado armatoste cuyo librito ya analizamos. Pero la hora del carnaval ha pasado —los locos *sixties* huyeron presurosos bajo las botas de los militares— y el espectro de aquel primer número de *Tiempo de Cine* es nada más que eso, un fantasma, así como fantasmas son también

los realizadores de la promocionada ola del 60.

EUDEBA y/o el Centro Editor de América Latina tuvieron muy buenos propósitos: más libros para más. Pero hasta qué punto con estos libros no se reprime de la misma manera que la cultura elitista masacra los fundamentos nacionales y populares de nuestra cultura? En fin, que para esta gente todo empezó con *Alias gardelito* de Murúa. Y debe haber terminado allí también, ya que la versión de *Un guapo del 900* que hizo Lautaro los ha paralizado de espanto.

IV) Libros sobre cine argentino o directores, son más bien los de Domingo Di Núbila —*Historia del cine argentino*, Cruz de Malta, 1960— o *El negro Ferreyra, un cine por instinto* de Jorge Miguel Couselo —Freeland, 1969—. Al menos, allí no hay errores y si son absolutamente discutibles, están hechos por gente que siempre estuvo cerca del cine argentino, creció y se hundió con él, lo vivió. Curioso que ni Di Núbila ni Couselo tengan el prestigio de un Mahieu para las élites intelectuales que se alimentan de las críticas de *La Opinión*. O no es curioso?

Vayamos ahora al nuevo capítulo crítico y cinematográfico: el cine liberación. En la revista peruana *Hablemos de cine*, N° 58, René Capriles Faffan recorre *Diez años de cine argentino*. Allí dice: “Dos años después, en 1968, la segunda ruptura se manifiesta más definitivamente en la participación de la realidad política del país. Surgen varios rótulos como *Cine Liberación*, *Tercer cine*, *Neonuevo cine Argentino*, etc. Una vez más la desintegración de la izquierda provoca las diversas opciones que condicionan al cine de un país a vivir al margen del interés político y algunos cineastas comienzan a percibir, especialmente después del alzamiento de Godard, Truffaut, Rouch, Resnais, Kast y otros en Cannes (Mayo del 68), que la organización sindical argentina está altamente politizada y politizada a nivel de comprensión latinoamericana, con lo cual algunos se vuelcan a pensar que la salida para sus complejos problemas tal vez esté en coproducir directamente con las entidades trabajadoras”. En fin, que según el peruano, Solanas, Getino, Vallejo, Sarquis, Szir pescaron el asunto gracias a que los franceses se levantaron en Cannes y dijeron al unísono “Merde”, mientras hacían ruidos extraños con la boca. Alienados hay en todas partes; también en Perú.

Pero más interesante que señalar la alienación de ese otro intelectual latinoamericano, sería hablar aquí de la última moda de la crítica cinematográfica argentina. Hoy ya

a nadie se le ocurriría publicar un *Flashback* dedicado íntegramente a, pongamos, Woody Allen. La tanga es otra. Tomás Eloy Martínez suscribe un “*La Pasión según Trelew*” que, si bien no se atiene estrictamente al ámbito cinematográfico sino más bien periodístico, demuestra una cierta tendencia de la nueva crítica —con viejos críticos— a vendernos otro producto: el del revolucionarismo. Y con eso no se juega, muchachos.

Así como Estela Dos Santos cierra su libro con dos paginitas dedicadas al cine clandestino, *La Opinión* nos vende todos los días reportajes a gente del Cine Liberación. Nueva orientación de la crítica? Sí. Hecho positivo? También. Nuevos hombres? No. Se trata simplemente de aquellos que hablaban sobre tanto realizador europeo o norteamericano que han descubierto el cine revolucionario en la Argentina. Nos venden un nuevo producto. Presionados por el contexto, los viejos figurones de los locos *sixties*, se avienen a la nueva tónica de los *thundering seventies*. Porque, vamos a cuentas, una cosa es la revista *Cine del tercer mundo*, o el libro *Cine, cultura y descolonización* —1973, Siglo XXI— de Solanas, Getino— o los escritos de estos realizadores y muy otra la que los viejos mitos de la década del 60 intentan vender. Adecuación a la nueva escritura, que le dicen. Pero cómo conciliar estos juicios? “El gran mérito de *Pristoneros de la tierra* es —más que el de una obra de arte permanente, de altos valores estéticos— el de una apertura sincera a una temática americana”. (Agustín Mahieu, *Breve Historia del Cine Argentino*, EUDEBA, 1966).

“Para una crítica cipaya, la obra cinematográfica debe ser medida con las leyes que sobre la Creación, la Belleza y el Arte, ha impuesto a nivel mundial la cultura de las grandes metrópolis imperialistas, como si tales leyes hubieran de servir a la humanidad entera y no, como en realidad ocurre, a las necesidades históricas de determinadas clases sociales, en un momento particular de su existencia” (Solanas, Getino, op. cit.).

Equilibrio habrá que hacer, muchachos, para aprehender la nueva escritura crítica, si es que quieren seguir ganándose unos mangos como columnistas de rotativos varios. Y, a juzgar por lo que se ve, ya han comenzado con las piruetas de saltimbanquis. Adelante con los reportajes a Solanas, Getino, Vallejo, Szir, Massolo y, en fin, toda la gente que a partir de este momento puede ser redituable. Pero, cuidado, la situación es inestable. Conserve siempre los vicios de la vieja escritura. Pueden ser útiles.

Habla Eva Perón

Así también supo ser revolucionaria Evita

El año 52 presentó al gobierno peronista una serie de dificultades inéditas y, al parecer, insalvables. Ciertas expectativas sobre las que se habían trazado planes correspondientes no se habían cumplido: la tercera conflagración interimperialista, sobre todo. La pérdida de dos cosechas determinó un profundo colapso en el sector agrario. El marco geopolítico se tornó bruscamente desfavorable ante el fortalecimiento de los bloques imperialistas. Ante este panorama, el Gobierno elabora un plan económico de emergencia: el del 52. Propone la unidad de los sectores empresariales y asalariados, intenta no recurrir a la "ayuda externa" pues sabe lo que éso significa, fija límites claros a las inversiones extranjeras, propone la organización y movilización popular para controlar la aplicación del plan. Todo esto implicaba, sin embargo, un freno, inevitable sin duda, sobre la marcha revolucionaria del gobierno. Pero era necesario comprender que los procesos de cambio transitan caminos contradictorios y que a veces se hace necesario reacomodar fuerzas para poder avanzar después. Así lo entendió Evita. Por eso, *Aluvión* considera importante transcribir un folleto del Partido Peronista Femenino de febrero de 1952 que lleva por título: *Habla Eva Perón*. Escuchemos compañeros:

El General Perón ha reclamado la colaboración de su pueblo en este momento especial de la vida económica argentina. El Partido Peronista Femenino, que se precia de ser fundamentalmente popular y que piensa, siente y actúa con los ojos puestos en el General Perón, recoge el llamado como si fuese una orden y se apresta a desarrollar una acción efectiva en todo el país. La mujer argentina, corazón de la vida familiar, es esencialmente importante en el desarrollo del plan económico en los aspectos que corresponden al pueblo; no he de ser yo quien añada una sola palabra a todo cuanto ha dicho nuestro Líder; sus palabras han sido claras y terminantes. Todo el panorama económico de la Nación ha sido enfocado por él con absoluta sencillez y ningún argentino de bien puede objetar honradamente las medidas propuestas. Esta es una prueba más de que el

Presidente de la República conoce los problemas de su pueblo y sabe darles las mejores soluciones. Perón nos ha dado otro argumento más para probar que el bienestar de que gozamos nos ha sido dado por su conducción extraordinaria que nos permite ser un pueblo feliz en medio de un mundo lleno de sombras y preocupaciones. El General Perón nos ha expuesto su Plan Económico, nos ha dicho lo que tenemos que hacer. A cada argentino le toca su parte, grande o pequeña, en la inmensa tarea de consumir menos y de producir más.

No podemos excluir a la mujer argentina de esta responsabilidad social y menos a las mujeres peronistas, que además representamos la esencia viva y fecunda del auténtico pueblo argentino. Por eso, queremos asumir, y asumimos, nuestra responsabilidad en la patriótica tarea común.

Todos estos motivos han determinado la adopción de las siguientes medidas, que la Presidencia del Partido Peronista Femenino ofrece al Líder de la Nacionalidad como una humilde contribución al bienestar del pueblo y a la grandeza de la Patria:

- 1) Cada mujer peronista será en el seno de su hogar, centinela vigilante de la austeridad, evitando el derroche, disminuyendo el consumo e incrementando la producción;
- 2) Las mujeres peronistas vigilarán en el puesto o tarea que desempeñan fuera de su hogar el fiel cumplimiento de las directivas generales del plan del General Perón;
- 3) Que cada mujer peronista vigilará atentamente en sus compras el cumplimiento exacto de los precios que se fijan;
- 4) Todas las unidades básicas femeninas realizarán permanentemente, durante los meses de marzo y abril, reuniones de estudio y difusión del Plan Económico del General Perón.

Esta declaración pública deberá ser leída en todas las unidades básicas del país, juntamente con el Plan Económico del General Perón y las unidades básicas deberán informar a la Presidencia del Partido acerca de la labor cumplida y de los resultados obtenidos.

Eva Perón
Presidenta del Partido Peronista Femenino

Héctor Béjar

Hélan Jaworski

Partidos, participación y reformas en 5 años de revolución

El 3 de octubre de 1968 la Fuerza Armada asumió la conducción política del Perú desplazando a la oligarquía que controlaba el Ejecutivo y el Parlamento desde la cúspide de su poder económico. El Manifiesto que fue dado a conocer al país al tiempo que se instauraba el nuevo poder revolucionario describía descarnadamente el antiguo régimen del que, en verdad, sólo una objetiva descripción ya era acusatoria. He aquí, según el Manifiesto, los cargos principales; detentación del poder por fuerzas económicas; frustración de los anhelos populares de cambio de estructuras; usufructo de las riquezas nacionales por los privilegiados y marginación de las mayorías; crisis fiscal que repercute en la masa ciudadana; dependencia que lesiona nuestra soberanía y dignidad nacionales; ambición incontrolada e inmoralidad de los hombres que desempeñan los cargos públicos. En síntesis, indefinición, componenda, inmoralidad, entreguismo, claudicación, improvisación, ausencia de sensibilidad social.

Como sostenía el documento, la población peruana había estado ausente de las grandes decisiones que sólo se tomaron para favorecer los viejos privilegios y las grandes injusticias: la aparente democracia formal apenas ocultaba la dominación de una minoría favorecida que siempre ignoró las verdaderas necesidades del pueblo. El verdadero patriotismo, que sólo puede ser basado en la defensa de la soberanía y la seguridad nacionales, había sido olvidado por los gobiernos oligárquicos que, bajo la forma de dictaduras o democracias ficticias, hipotecaron la independencia del país.

Por ser culminación de una toma de conciencia largamente gestada en el seno de la Fuerza Armada, la intervención del 3 de octubre implicaba un doble compromiso ante el pueblo: impedir que continuase una situación que amenazaba directamente nuestra propia existencia como nación soberana y dejar definitivamente cimentadas las bases de una sociedad sin explotación, libre y solidaria.

Tal tarea ha requerido un arduo esfuerzo del cual dan fe la larga lista de reformas iniciadas en estos primeros años de Gobierno Revolucionario. Nadie que piense honestamente podría negar que, al cabo de estos cinco años, la realidad peruana ha cambiado profundamente: de un país colonizado, sumido en la quiebra económica y moral ha surgido una economía de tipo nuevo, cualitativamente distinta de la anterior, y empiezan a asomar también las bases de una nueva organización social. Es cierto que nada de esto hubiera podido hacerse sin atacar los centros neurálgicos del poder establecido, pero a su vez esto implicaba continuar afectando paulatinamente todo el resto del andamiaje que constituía en conjunto la estructura oligárquica en el ámbito interno.

Por eso la revolución empezó expropiando el monopolio que los partidos tradicionales y los grupos de poder parapetados en o detrás de ellos, detentaban sobre las principales decisiones políticas del país y simultáneamente se dio a la tarea de romper la antigua estructura socioeconómica para crear las bases de una futura institucionalización realmente popular y democrática.

El poder económico tiene respecto de la dominación política, relaciones de determinación recíproca y, como se sabe, la oligarquía usó de ambos durante toda nuestra historia republicana para detentar y perpetuar su dominación: la ubicación de los miembros de directorios de las grandes empresas o de personas directamente relacionadas con ellos en los cargos políticos claves; las relaciones informales y amistosas en el disfrute común de los beneficios del poder; la formación y financiación de clubes electorales; los pactos, entendimientos y alianzas, públicos o secretos, con los partidos dispuestos a ceder o abandonar sus postulados iniciales, fueron otros tantos medios usados por la clase dominante para perpetuar su poder económico.

Siendo la nuestra una oligarquía rentista y parasitaria en las dimensiones económica y política no creó un partido propio, sino que usó del caudal político ajeno, obteniéndolo

mediante el halago, las prebendas o el chantaje. No reemplazó el extinto Partido Civil con un partido conservador, pero sí con muchos remedos de partido, útiles o desechables según las circunstancias. Aunque verbalmente fieles al modelo "occidental", a la manera de la Europa parlamentaria del siglo pasado, dichos grupos ni siquiera llegaron a una práctica política del tipo capitalista sino que, antes bien, cultivaban un típico clientelismo subdesarrollado. Carecían de dirigencias establemente colectivas y no quisieron construir, por no convenir a sus intereses, una articulación organizativa más o menos coherente.

Un partido oligárquico en el Perú, a la manera del MDP o la UNO, dependía del caudal financiero proporcionado por los grupos económicos que defendía. Sus líderes "supremos", jefes autoelegidos del partido, eran elementos intermediarios o negociadores con los grupos financieros. A su vez, círculos de amigos y "fieles" rodeaban a los jefes, constituyendo una camarilla de difícil acceso. Cada uno de los miembros del círculo tenía sus propios intereses y aportaba al "partido" sus influencias y conexiones financieras, políticas y comerciales, utilizando asimismo en su beneficio las vinculaciones que obtenía mediante sus relaciones con el círculo. La camarilla, unida por una amistad que se expresaba en el favorecimiento mutuo, monopolizaba las funciones dirigentes, actuando como una verdadera oligarquía dentro del partido. Paralelamente, funcionaba un pequeño aparato para los períodos electorales, en que los jerarcas de todos los niveles eran designados por el "jefe" o sus allegados, a quienes acudían los "militantes", no por identificación ideológica, sino en búsqueda de pequeños y grandes favores políticos que debían pagar con la adhesión incondicional. El programa del partido se confundía con la personalidad del jefe y, desde luego, no había ideología ni doctrina, quedando este aspecto limitado a un pragmatismo rampón. "Hechos y no palabras" y "Tú lo conoces, vota por él", fueron lemas electorales típicos de esta época. ¿Para qué ideología ni doctrina, si, al fin y al cabo, la orientación era delineada por las grandes empresas a quienes estas camarillas defendían?

La entraña conservadora de los partidos de las capas medias

Expropiado el poder oligárquico, las camarillas han languidecido hasta su extinción. Sin embargo, aún permanecen en lento deterioro los partidos de las capas medias que en otras épocas arrastraron detrás de sus líderes el favor de las masas electoras. El sector belaudista de Acción Popular ha quedado reducido a minúsculos grupos de partidarios que añoran la presencia del ex-presidente; y en cuanto al Apra, sus virajes sucesivos, su larga historia de claudicaciones, y sus estrechas relaciones con los organismos

políticos, sindicales y hasta con los servicios secretos de penetración de los Estados Unidos en el Perú, la han convertido en la vanguardia política del imperialismo y la derecha oligárquica y el principal sector político de oposición a las medidas revolucionarias. La Democracia Cristiana, por otra parte, ha quedado reducida a la empeñada preservación de su pequeña organización partidaria.

En realidad, trátase de clubes electorales oligárquicos o partidos de las capas medias, en todos los casos, los partidos políticos existentes a lo largo de nuestra historia republicana representaron apenas una parte minoritaria de la población peruana y nunca fueron un verdadero factor de cambio, porque no organizaron ni educaron políticamente a las mayorías marginadas (obreros, campesinos y desocupados de las ciudades y del campo), debido a que tal tarea hubiese afectado la estabilidad del sistema del que ellos formaban parte. Todos sus esfuerzos estuvieron centrados en el cultivo y conservación de su caudal electoral en un país en que las mayorías no votaban por ser analfabetas (*). Como sólo las capas medias "alfabetizadas" y, naturalmente, los grupos oligárquicos, participaron en el pretendido juego de partidos, que en nuestro país subdesarrollado no pasaba de ser la expresión de una "democracia" exclusivista y discriminatoria, sólo los intereses y las reivindicaciones de los grupos sociales participantes estuvieron realmente representados en tales partidos, los que tuvieron un contenido esencialmente conservador, a pesar de la fraseología radical que algunos usaron en las competencias electorales o la tribuna parlamentaria (**). Los gestos exaltados, las palabras altisonantes, cesaban allí donde se empezaba a comprometer el sistema, para dar paso al arribismo y consumismo típico de las capas medias en expansión acelerada a partir de los años 50; esta circunstancia también explica

(*) En uno de los procesos más disputados, discutidos y masivos de nuestra historia republicana, aquél donde se enfrentaron Sánchez Cerro y Haya de la Torre en 1931, sólo votaron 3 de cada 100 peruanos. Veinte años después, en 1961, los electores eran 20 cada 100. Y en las elecciones municipales de 1966, igualmente "masivas", votaron sólo cuatro electores sobre cada diez adultos.

(**) Una encuesta realizada por el Centro de Investigaciones Sociales, Económicas, Políticas y Antropológicas de la Universidad Católica de Lima (CISEPA) en 1966, entre los dirigentes del Apra, UNO, AP y DC, estableció algunos datos reveladores sobre sus opiniones: sólo 2.6% de los entrevistados mencionaron la dependencia externa como uno de los problemas mayores del Perú; sólo 16.6% ubicaron las estructuras socioeconómicas como uno de los tres problemas principales del país, y sólo 8.7% opinaron en favor de la reforma agraria. (Ver Philippe Spæy, *L'Élite politique péruvienne*. Editions universitaires, Louvain).

el hecho notable de que los grandes grupos económicos habían infiltrado o ablandado sus dirigencias estableciendo relaciones amistosas en el Apra, Acción Popular y la Democracia Cristiana, y asimismo el que cada uno de estos partidos había logrado afianzarse en la estructura oligárquica que tenía su cúspide en los exclusivos círculos dominantes y sus bases en las aristocracias terratenientes, regionales y aldeanas, emparentándose a ellas por su origen o por compromisos adquiridos a lo largo de su historia.

Cuando el proceso revolucionario realizó en actos iniciales lo que estos partidos habían prometido en sus programas máximos, canceló su vigencia histórica y, al mismo tiempo, profundizó la separación que ya existía, en el caso de AP, el Apra y la UNO, entre los intereses de las dirigencias y las aspiraciones de los sectores populares que las habían seguido durante largos años. Por otro lado, al transferir poder económico a grupos sociales antes marginados, empezaba a conferirles capacidad de decisión y por tanto echaba las bases de una real participación popular. Participar no es votar cada seis años por caudillos mesiánicos o miembros de las aristocracias aldeanas; tampoco asistir simplemente a mítines para aplaudir a los líderes de turno. La noción de participación está íntimamente ligada a la noción de decisión. Participa quien decide o quien contribuye a decidir. Y sólo puede decidir políticamente quien se apoya en una base económica. Por tanto, el avance de la participación implica el desgaste o la quiebra del viejo andamiaje de dominación oligárquica que abarcó a todo el territorio nacional y en el que se afianzaron los grupos que dominaron el país.

Al terminar con el poder de los grandes terratenientes, la reforma agraria ha quebrado el principal soporte de las oligarquías aldeanas; por otra parte, la reforma de la empresa ha limitado el poder de los capitalistas dando acceso a los trabajadores a los directorios. Se han abierto así vías novísimas de participación que para ser usadas de manera significativa, requieren un gran esfuerzo popular de organización, impulsado por el Gobierno Revolucionario a través de diversas entidades estatales y, particularmente, del SINAMOS.

Todo este fenómeno explica la manera sañuda cómo las oligarquías económicas y políticas combaten el proceso. No le perdonan haber atacado centros de poder considerados intocables hasta antes de 1968; le reprochan no haber respetado a quienes se consideraban a sí mismos, por autoelección, representantes de la "opinión pública", pero por sobre todas las cosas, se indignan al ver que una virtual alianza entre los militares en el poder y el pueblo, cuya inmensa mayoría fue mantenida lejos de la vida política del país y aparte de las decisiones, va destruyendo la vieja armazón de la dominación.

Todo esto se ha reflejado, durante los últimos cinco años, en una recomposición de los sectores sociales desde el punto de vista

de su comportamiento político: por un lado, es apreciable la voluntad del gobierno para dirigirse, directamente, a los campesinos, los obreros, los marginados de los centros urbanos —cuya presencia es cada vez más influyente— y las capas medias empobrecidas, mientras que los sectores antes privilegiados desconfían, se quejan, recelan o se agitan en acciones reivindicativas teñidas de antimilitarismo, llevadas por el temor a perder su status dentro de una sociedad que se conmoviera; por otro lado, operan los rezagos del antiguo régimen que constituyen lo que podríamos llamar la actual derecha peruana y que, aunque carece de una organización partidaria que la represente en su totalidad política usa en acciones concertadas a grupos económicos, medios de comunicación, grupos políticos, saboteadores y provocadores.

El juego de la derecha

Los principales voceros de la derecha son hoy, entre otros: "El Comercio", "La Prensa", "Ultima Hora", la actual directiva del Colegio de Abogados, la llamada Sociedad de Industrias, algunas asociaciones de medianos propietarios y los liderazgos supervivientes del aprismo y el belaudismo. Sus instrumentos de lucha son la provocación, el sabotaje, la intriga, el rumor, los pasquines anónimos y el uso manipulador de la información. Sus centros de activismo son los círculos sociales frecuentados por las familias oligárquicas afectadas por las medidas revolucionarias, los núcleos de emigrados, algunas universidades, parte del magisterio y algunos sindicatos. Su táctica es múltiple y zigzagueante: a través de sus medios de información hace la defensa permanente, abierta o sibilina, del sistema capitalista y, particularmente, propagandiza las supuestas ventajas del modelo norteamericano de vida y la sociedad de consumo. Acusa al proceso de dirigirse hacia el comunismo sembrando confusión en torno a la cooperativización del agro, de la estatización de la pesca, de la propiedad social y otras medidas revolucionarias. Argumenta en torno a la necesidad de respetar reglas de juego que están muy claras y que la revolución no ha violado, para expandir el desasosiego y la incertidumbre. Pide el retorno a una constitucionalidad que nunca respetó, tratando de escudarse en aspiraciones aparentemente democráticas y de vestir un disfraz liberal y legalista. Sugiere una presunta mala situación económica para impedir que el Estado peruano logre créditos en el exterior. Y en general, usa todos los medios a su alcance para sembrar la confusión. Pero su objetivo inmediato es la Fuerza Armada. Aparentemente en defensa de la institución castrense, se yergue públicamente contra el comunismo, mientras en privado o en las bases populares sus agentes señalan a los hombres de uniforme como una casta privilegiada y agitan permanentemente el odio contra los militares. En resumen, la

derecha quiere separar a la Fuerza Armada del pueblo; luego, separar a la Fuerza Armada de los civiles revolucionarios que cooperan con ella en el proceso; enseguida, dividir a la propia Fuerza Armada, para finalmente derrotarla, recuperar el poder e impedir que la revolución siga adelante.

La estructura de la dominación condicionó y limitó también a los grupos marxistas. El marxismo llegó al Perú en su versión soviética y stalinista que fue recogida por una parte de la intelectualidad de las capas medias, y en las universidades. Al dogmatismo staliniano, se sumó el escolasticismo de la universidad que se había convertido en importante canal de movilidad social sin abandonar su raigambre medieval y eclesiástica. Desde la muerte de Mariátegui —intelectual autodidacta y extrauniversitario— no volvimos a tener un marxismo auténtico, sino un escolasticismo de izquierda; cogidos casi siempre superficialmente y de tercera mano, aprendidos de memoria y repetidos sin crítica, esos dogmas eran inservibles como instrumentos de transformación y además no llegaron sino a capas muy limitadas de la sociedad, que debido a la rígida estratificación estaban considerablemente aisladas del pueblo. Así, aunque los partidos marxistas reclamaban para sí la representación del proletariado no pasaron de ser, en realidad, grupos políticos de las capas medias, sin un verdadero contenido popular. Los sectores más lúcidos denunciaron a su tiempo los males de nuestro subdesarrollo y la dependencia de nuestro país respecto del imperialismo; aún más, muchos trabajadores, marxistas o no, lucharon sacrificadamente contra el poder dominante; sin embargo, las direcciones burocráticas circunserbieron su acción a las universidades, a la competencia electoral, la propaganda idealizadora de los países gobernados por partidos comunistas y la dedicación a obtener el control de algunas dirigencias urbanas. Nada de esto logró afectar seriamente al sistema, puesto que no lo cuestionaba realmente, y antes bien formó en muchos cuadros políticos valiosos una actitud ideológicamente servil y mentalmente dependiente de las capitales comunistas. Lógicamente, el proceso revolucionario trastornó los esquemas de conáculo. La forma sorpresiva en que nació, la institución que lo dirigía, su estrategia inusitada, todo en él era desconcertante para las mentalidades dogmáticas. Y no hay nada que más odie el dogmático que la inseguridad en aquello que lo obliga a pensar y a reorientarse constantemente. Por ello este proceso tuvo que afrontar desde sus inicios los problemas creados por una izquierda stalinista y dogmática que trata de encasillarlo en sus propios esquemas para justificar sus tesis, mientras lo apoya para colonizarlo o aprovecharlo; y de una ultraizquierda —o mejor subizquierda— igualmente stalinista pero doblemente dogmática, que lo calumnia y lo combate con más saña que al propio imperialismo. Hay algo que, paradójicamente, estos subgrupos no perdonan a los militares revolucionarios: haber ini-

ciado la revolución de la cual ellos se sentían propietarios por designio divino de la historia y conducirla por un camino diferente al que ellos juzgan como único. Esta situación es también un reto político para el proceso: combatir permanentemente el dogmatismo incrementando la información y la cultura política de nuestro pueblo; atacar políticamente de manera frontal a los grupos ultras en su propio terreno; y competir con el partido comunista en las bases populares y obreras, sin caer en el anticomunismo y sin dar origen a ninguna práctica represiva o macartista.

En general, debe anotarse que en estos cinco años la actitud de todos los partidos políticos —de "derecha" o "izquierda"— ha sido contraria, desconfiada o recelosa respecto de la posibilidad de una real participación popular.

Tampoco el sindicalismo pudo librarse de las consecuencias de una sociedad vertical, jerarquizada y antiparticipatoria que unas veces lo reprimió directamente, y otras lo acorraló, limitándolo y ablandándolo mediante el halago o la negociación, hasta ganarlo al forcejeo interminable del economismo y la lucha por reivindicaciones que no comprometen la estabilidad del sistema. Hay que reconocer, sin embargo, que los trabajadores peruanos lucharon contra las manifestaciones más agudas e insportables de la dominación casi desde el momento en que las primeras empresas de tipo capitalista empezaron a operar en nuestro territorio y que, entre otros grupos y sectores populares, correspondió al movimiento sindical el mérito de haber denunciado y combatido permanentemente las injusticias sociales, manteniendo vigente durante años muy difíciles el espíritu organizativo y solidario de amplios grupos de trabajadores, y convirtiéndose también, sobre todo en sus inicios, en vehículos de las ideas revolucionarias y libertarias del pasado y el presente siglo.

En las condiciones impuestas por el poder oligárquico, en que el acceso a la cultura, y por tanto, el conocimiento del mundo y de nuestro país, estaba vedado a las mayorías populares, los modelos de compartimiento, las actitudes, la conducta de los trabajadores, no podían sino ser consecuencia y efecto de una sociedad basada en la injusticia y el egoísmo que, al limitar su cultura y su conciencia del mundo, limita también las perspectivas de su lucha. En tales condiciones, los trabajadores no tenían la experiencia ni la cantidad y calidad de conocimientos necesarios para comprender la verdadera problemática del país y el complicado funcionamiento de su economía. Y así, el sistema formó en las masas trabajadoras la actitud pasiva del dominado que lo espera todo del poder dominante y que sólo era capaz, en el mejor de los casos, de emprender una lucha aislada y de cortos alcances. Por la misma causa, las organizaciones de los trabajadores fueron reducidas a su mínima expresión y los sindicatos existentes reflejaron inevitablemente en su interior, el verticalismo, la injus-

ticia, la marginación y los males característicos de nuestro subdesarrollo y, más aún, la corrupción que atravesaba todas las instituciones de la democracia formal.

Al iniciarse, el proceso revolucionario tenía que partir de la comprobación de que: a) los trabajadores sindicalizados son sólo una parte minoritaria de la masa laboral del país; b) las bases organizadas no participan realmente en la dirección de los sindicatos; y c) las dirigencias sindicales tradicionales han estado en parte comprometidas con los partidos políticos que son hoy avanzada de la contrarrevolución o con grupos que no comparten ni la estrategia ni los objetivos del desarrollo de la revolución.

Participación popular y reforma de estructuras

Al crear nuevos mecanismos de participación o extender los existentes, el proceso se ha dirigido directamente a los sectores aún no organizados del país. La reforma agraria, la comunidad laboral, las cooperativas agrarias de producción, las comunidades laborales, las ligas y federaciones agrarias, los núcleos y consejos educativos comunales, constituyen vías y posibilidades totalmente nuevas de participación de miles y miles de trabajadores, no previstas y aún combatidas por los partidos políticos y dirigencias sindicales tradicionales. Todo esto implica un intenso proceso de transferencia del poder económico y político a las mayorías nacionales; de allí que los problemas de la participación toquen la base misma de la opción peruana que, al postular una sociedad de hombres libres y solidarios reconoce, al mismo tiempo, que el camino hacia la libertad del hombre pasa inevitablemente por la transformación de las estructuras socioeconómicas y que no puede haber libertad política sin liberación económica. Por eso la revolución busca un reencuentro entre la participación política y la participación económica que habían sido separadas por el sistema capitalista, y desde un comienzo ha tratado de que la consecuencia inmediata de la transformación de las estructuras sea la generación de organizaciones sociales con base económica.

El primer ámbito donde pueden medirse los resultados de tal actividad es el agrario. Al cabo de cinco años de proceso revolucionario, al finalizar junto de este año, un millón 452 mil hectáreas estaban en poder de 259 cooperativas agrarias de producción que agrupan a 73 mil 296 familias. Por su parte, 28 Sociedades Agrícolas de Interés Social, que agrupan a 31 mil familias campesinas, poseen un millón 512 mil hectáreas. Dentro de este hectareaje están las mejores tierras de cultivo y los mejores pastos naturales del país. En todas las empresas mencionadas existen sistemas de participación con mecanismos de elección democrática de los dirigentes por parte de los trabajadores. La generación de cooperativas de producción y

trabajo ha significado un gran paso adelante respecto del viejo cooperativismo capitalista de ahorro y consumo. Simultáneamente, en el curso de los últimos meses, se ha producido un intenso y masivo proceso de organización campesina que debe cubrir todo el territorio nacional. Hasta el momento se han creado 4 Federaciones Agrarias departamentales y cerca de 40 Ligas Agrarias que organizan una población estimada aproximadamente en un millón de campesinos. El desarrollo de este proceso de organización campesina debe culminar en la formación de la Confederación Nacional Campesina, cuya instalación se espera realizar en el curso de este mes.

Paralela, pero íntimamente vinculada a la reforma agraria, está la reforma de las empresas privadas mediante la institución de las comunidades laborales. La Ley General de Industrias, promulgada en el segundo año de proceso revolucionario, persigue afirmar el desarrollo nacional permanente, al tiempo que contribuye a crear un nuevo ordenamiento social en el Perú, al servicio del hombre. Guiada por tales objetivos establece el control estatal de la industria básica, otorga incentivos para la creación y desarrollo de empresas industriales y crea la comunidad industrial, instaurando por primera vez en nuestro país el régimen de la cogestión de los empresarios privados y los trabajadores organizados. Es aquí, donde a partir de una original institución se ha iniciado una nueva y creadora modalidad de participación popular en el país. Hoy, a los casi tres años de creada la CI, cerca de 200 mil comuneros están organizados en 3,200 comunidades industriales, situadas en 18 departamentos y clasificadas en 25 ramas diferentes. El establecimiento de las comunidades pesqueras, mineras y de compensación, ha ampliado el ámbito y las dimensiones de la cogestión en el Perú, que ahora abarca prácticamente todas las ramas de la actividad económica, excepto el agro, donde están las cooperativas agrarias, SAIS y comunidades campesinas.

En resumen, a cinco años del proceso, la revolución puede exhibir la mayor parte de las tierras cooperativizadas, las empresas privadas bajo el régimen de la cogestión, la inmensa mayoría de la población urbana de bajos ingresos organizada en comités vecinales y está a punto de iniciar el impulso a la organización de los trabajadores en empresas de propiedad social.

Dificultades y riesgos

Nada de esto significa que la participación en el Perú no confronte dificultades y riesgos, que la revolución irá superando o evitando al avanzar. Analicemos algunos de los principales.

Debe admitirse, en primer lugar que, en el ámbito agrario, la revolución ha heredado haciendas de organización deficiente o irracional en su mayor parte, aun tratándose de

las más rentables. De allí se deriva para los trabajadores la enorme tarea de convertirlas en empresas modernas, eficientes y de altos rendimientos, lo que no es fácil pues requiere una ingente inversión de recursos financieros y humanos. Sigue siendo clamorosa la escasez de técnicos revolucionarios, capaces de cumplir en la producción de hoy un papel cualitativamente diferente al que tenían en las empresas capitalistas de ayer, puesto que aún no disponemos de un sistema educativo adecuado a las necesidades de la transformación nacional, toda vez que la reforma educativa recién empieza a desarrollarse. Las nuevas empresas, por otra parte, precisan que sus trabajadores tengan conocimientos acerca del manejo económico y contable que efectiven concretamente su participación y los ayuden a superar con éxito las dificultades propias de una experiencia nueva. A estos hechos debe añadirse que los trabajadores aún no han llegado a una percepción global del funcionamiento de sus empresas y de la importancia del papel que cada uno de ellos debe cumplir. Y menos aún, salvo contadas excepciones, de la importancia que tienen esas empresas para el desarrollo del país. En consecuencia, tienden a repetir en las nuevas empresas, que ahora les pertenecen, la misma actitud de desinterés que tuvieron bajo los antiguos patrones.

Asimismo, aún subsisten en las cooperativas agroindustriales y otras empresas agrarias, como resultado de lo que acabamos de señalar, la desconfianza y hasta los antagonismos entre obreros y técnicos. Con frecuencia, los técnicos continúan viendo en los trabajadores manuales la imagen de los asalariados de ayer y menosprecian el valor de su antigua experiencia, dificultando la posibilidad de una participación real a través de la formulación de sugerencias e iniciativas enfiladas hacia un trabajo más racional y productivo. Por su parte, los trabajadores ven en los técnicos un rezago del patronazgo del pasado y rompen frecuentemente la disciplina en el trabajo repitiendo bajo el nuevo sistema la lucha estrechamente reivindicacionista que es característica del proletariado en el capitalismo. A ello se añade el incremento del consumismo, que pone como única perspectiva la distribución y consumo individual e inmediato de utilidades y excedentes, olvidando el interés colectivo y la previsión del futuro, en aras del egoísmo personal y de grupo.

Desarrollo urbano integral: tarea pendiente

La aplicación de la reforma agraria no ha impedido hasta el momento el ritmo de urbanización del país. Durante los cinco primeros años del proceso, el Perú continuó alterando muy rápidamente su fisonomía tradicional de sociedad rural, para convertirse en un país predominantemente urbano, cambio que plantea una enorme cantidad y variedad de problemas sociales que requieren soluciones integrales y profundas: hoy es cada

vez menos posible ignorar los límites que impone este desequilibrio a una real participación popular en las áreas urbanas. La expropiación y adjudicación de tierras en el agro peruano puede ser un proceso muy rápido en términos históricos, pero la formación de nuevas empresas, la conquista de más áreas de cultivo y la creación de nuevas ocupaciones en el campo, en cantidad y dimensión suficientes para aminorar el intenso ritmo migratorio de la sociedad peruana, serán necesariamente lentas y sólo podrán darse en el mediano o largo plazo. En consecuencia, cada vez más grandes núcleos de pobladores continuarán presionando para la solución del problema de la vivienda, ocupando las áreas desérticas, alejadas de los centros de producción y de trabajo, donde los servicios elementales tienen alto costo o, simplemente, no pueden instalarse, mientras los sectores sociales de medianos o altos ingresos se desplazan hacia las áreas óptimas, con las que lucran los especuladores. En este aspecto el desafío a la revolución está referido a la urgencia de diseñar una política integral de desarrollo urbano que aporte soluciones de fondo con las formulaciones originales que nuestra realidad plantea. A cinco años del proceso revolucionario, ésta sigue siendo una tarea a cumplirse.

En lo que se refiere a las comunidades industriales hay que admitir que, por postular tal forma de participación una redefinición de las relaciones obrero-patronales propias del capitalismo, y por requerir de un cambio de mentalidad y actitud por parte de trabajadores y empresarios, es obvio que una reforma de este tipo tropiece con dificultades y problemas. Tales dificultades han surgido de la falta de comprensión de algunos empresarios respecto de los verdaderos fines de la cogestión y de su tendencia a evadir las disposiciones de la ley para impedir el acceso de las comunidades al accionariado de las empresas y hasta de sus representantes a los respectivos directivos; también surgen de la permanencia de algunos antiguos textos legales que permiten la disolución de las empresas sin los trámites que prescribe la Ley de Estabilidad Laboral; y, además, de las disposiciones aún no renovadas que todavía rigen las sociedades mercantiles. Todos estos factores contradicen y traban la aplicación de los lineamientos revolucionarios para el desarrollo industrial, haciendo más lento el acceso de los trabajadores al accionariado de las empresas y más dificultosa la cogestión.

Las perspectivas hacia el futuro

Tanto en las cooperativas, como en las comunidades industriales y los comités vecinales, sigue siendo un lastre la ausencia de tradición participacionista en los trabajadores, su bajo nivel de educación y escolaridad y la repetición de los comportamientos del pasado. Para comprender esta compleja realidad conformada por ineludibles contradic-

ciones y problemas hay que tener en cuenta que el proceso revolucionario, lejos de nacer de la nada, es parte y culminación de un antiguo desenvolvimiento histórico y que, por tanto, incorpora inevitablemente a sus realizaciones los defectos y traumas de la etapa anterior y aún los que tienen su origen en las áreas todavía intocadas por la revolución. Nuestra sociedad oligárquica, al concentrar el poder en muy pocas manos marginando al pueblo de la más lejana posibilidad de regir su propio destino, lo habituó a la pasividad y a la indiferencia que, convertidas en pesado lastre, retrasan el desarrollo de las nuevas unidades socioeconómicas. Nadie podría negar que las formas de conducta, las costumbres, los prejuicios, sobreviven a los sistemas sociales y que, por radicales que sean las revoluciones, gran parte del pasado conserva su vigencia en ellas durante prolongados períodos. Paralelamente, debe reconocerse que el avance de los sistemas participativos pasa inevitablemente por el cuestionamiento de los residuos de la oligarquía tradicional que aún subsisten en los niveles local y regional. En este avance, son numerosos los problemas que la revolución deberá afrontar en el futuro inmediato. Uno de ellos es la creación, a partir de las bases populares organizadas, de un poder local que las represente de manera directa y auténtica, dándoles acceso a las decisiones sobre cuándo, cómo y en qué invertir los recursos disponibles en cada zona. Tal cuestión está íntimamente ligada a la búsqueda de una ágil, sencilla y novedosa planificación participativa, en que el pueblo organizado vaya decidiendo de manera ascendente sobre los asuntos que se refieren a su vida cotidiana, mientras un Estado de nuevo tipo diseña los grandes lineamientos del desarrollo. Estos métodos deben ser claramente distinguibles tanto de la planificación tecnocrática de tipo capitalista como de la rígida planificación centralizada y

burocrática típica de algunos países comunistas. Aquí también la revolución peruana debe crear sistemas nuevos, participativos, que traduzcan en hechos su autónoma opción ideopolítica. Esto supone, además, empezar a trazar una nueva delimitación económica y política, en que las regiones posean mucho más capacidad de decisión que la que hoy tienen. Así se pondrá fin a una época de asfixiante centralismo y se iniciará la paulatina transformación de la administración estatal bajo los criterios de una racional descentralización que convierta al Estado peruano en una entidad promotora del desarrollo económico y la participación popular. Seguir construyendo organizaciones populares; dándoles más y más capacidad de decisión; articularlas y vincularlas al poder local, tales son las tareas del futuro inmediato.

Quedan, sin embargo, varias cuestiones por resolver: una de ellas es la expresión política de los hombres y mujeres a quienes el proceso por la vía de la participación, continúa rescatando de su condición de marginados; y la generación paulatina de una militancia del proceso, entendida en términos de adhesión hacia el modelo social planteado por la revolución, de identificación y cooperación con la estrategia que ésta va diseñando progresivamente y, en fin, de consecuente defensa de los logros revolucionarios, frente a los enemigos externos e internos del proceso.

Al avanzar en un territorio hasta hoy ignoto e inexplorado, la revolución irá despejando incógnitas, llenando vacíos y precisando cada vez más el bosquejo de una sociedad nueva, pluralista, realmente democrática, donde hombres y mujeres organizados libremente ejerzan democráticamente el poder económico, dando curso a sus capacidades creadoras mediante el constante ejercicio de una expresión nacional, política y culturalmente abierta y fecunda.

capitán de navío Raymond A. Komorowsky

Importancia estratégica de América Latina para los EE. UU.

El documento que a continuación reproducimos fue redactado por el capitán de navío Raymond A. Komorowsky y expone con toda la ruda franqueza de que es capaz un militar norteamericano el papel que ocupa nuestra Patria Grande en las concepciones geopolíticas del Pentágono. Escrito con anterioridad a los desgraciados sucesos de Chile, permite comprender mejor no sólo esos sino muchos otros acontecimientos que nos afectaron y posiblemente nos afectarán en el futuro. Si acaso los hechos mismos no bastaran, el texto viene a refutar aquello de que América Latina "no vale mucho más que una misa", según concluía el ciertamente más difundido memorandum Plank, y que muchos tomaron en serio en su momento. Por encima de la retórica sobre "asociación madura" o "nuevo diálogo" esgrimida por el secretario de Estado Kissinger, el imperialismo norteamericano se conduce en todas partes con un eficaz pragmatismo que deriva de su claridad de objetivos; para oponérsele con probabilidades de éxito es menester, sin duda, tener igualmente claros los objetivos nacionales y ejercer un pragmatismo político del cual la labor de nuestra Cancillería con respecto a las relaciones con Cuba puede ser un buen ejemplo. El trabajo de Komorowsky apareció originalmente publicado en la revista "Proceedings" del Instituto Naval de los Estados Unidos; en la Argentina circuló restringidamente la traducción que publicamos a título de documento, y cuyo estilo guarda una llamativa semejanza con el que es corriente en los papeles que distribuyen en castellano los servicios de informaciones norteamericanos.

Periódicamente, los Estados Unidos parecen redescubrir a la América Latina y lo hacen siempre con un característico sello norteamericano, procediendo a señalar cada ocasión de alguna manera notable, a menudo contradictoria.

Los Estados Unidos han proclamado la Doctrina Monroe, han combatido en la Guerra de Cuba y en la Guerra de Méjico, han intervenido en una sucesión de conflictos armados en el Continente, se han embarcado en la Política del Buen Vecino, han encontrado apoyo estratégico en la Guerra Mundial, han ejecutado la operación de Bahía de los Cochinos, han triunfado en la Crisis de los Misiles de Cuba y han presenciado el derrotero de la Alianza para el Progreso hacia su incierto destino.

La realidad entraña algo más que la impresión peripatética que deja esta corta enumeración.

Los intereses de los Estados Unidos en América Latina son anteriores a los que tiene en Europa o en Asia. Fue por cierto en la Guerra de Cuba donde dieron sus primeros pasos hacia su destino de Gran Potencia Mundial y aún cuando su mirada no ha estado siempre directamente fija en el Continente, rara vez ese continente ha estado fuera de los límites de su campo visual.

Ahora, con el continuo drenaje de fuerzas en el Sudeste de Asia y su concurrente abandono por las dotaciones de televisión, ambos, las autoridades y el pueblo de los Estados Unidos desearían tener una visión nuevamente más amplia y precisa de los problemas de la América Latina, una visión agradable para muy pocos y llena de dificultades para muchos más.

Cada nación latinoamericana es escenario de dificultades significativas. Sin excepción, constituyen un continente lleno de importantísimos problemas políticos, sociales y económicos. Algunas de esas naciones han alcanzado recientemente un alto grado de crecimiento económico, pero el crecimiento de la población ha descontado buena parte de esas ventajas. Las esperanzas populares

exceden continuamente los resultados y las instituciones políticas, que son sólo parcialmente responsables de la situación, están debilitadas por una aparente falta de habilidad para tratar con éxito las dificultades.

Los Estados Unidos no deben sorprenderse con estos fenómenos. Después de todo, muchos de esos problemas, similares en calidad, aunque no en amplitud e intensidad, los afectan corrientemente dentro de sus propias fronteras. Sin embargo, el derrotero que siguen las naciones latinoamericanas está todavía por trazarse y crece, por lo menos en apariencia, la impresión de que esas naciones, como sus ciudadanos, siguen un proceso de maduración lleno de dificultades y en cierto modo impredecible.

Estas observaciones no pretenden introducir un criterio de absoluta homogeneidad en los problemas de la América Latina, ni tampoco un constituir un juicio de triunfo o de fracaso global de la política de los Estados Unidos en el Continente.

En realidad, mientras el adelanto técnico continúa, el proceso de diferenciación de naciones tiende a acentuarse y con él se acentúan las diferencias características y las identidades de cada nación. Grandes diferencias entre las naciones en cuanto a su extensión, su geografía, su composición étnica y sus recursos naturales, realzan ciertamente esta realidad. Tales diferencias fundamentales, así como la orientación de las exportaciones de los productos básicos de la América Latina, ayudan a explicar la considerable variedad de desarrollo de las actividades económicas que existe en el Continente. Entre 1960 y 1970, por ejemplo, la Argentina, el Brasil y Colombia, registraron notables crecimientos económicos, Venezuela y Méjico experimentaron avances menores pero substanciales y, en cambio, Ecuador, Bolivia, Uruguay y Chile se desarrollaron con graves dificultades.

Analizando estas y otras condiciones y teniendo en cuenta la falta general de instituciones políticas y sociales suficientemente eficaces para afrontarlas, se comprende la creciente violencia y la continua inestabilidad política del Continente. Téngase en cuenta, por ejemplo, que con la revolución que derrocó al presidente Juan José Torres en agosto de 1971, Bolivia había alcanzado en esa fecha un promedio de más de una revolución por año, a partir de su independencia en 1825.

Ni aún los Estados Unidos debieran sorprenderse si una gran parte de este malestar político y social tiene un profundo contenido antiyanqui. Para bien o para mal, con justificación o sin ella, El Coloso del Norte es generalmente el blanco principal de las fuerzas que, con plausible pero a veces superficial nacionalismo, se manifiestan en términos de antiyanquismo o antiamericanismo. Existen, por supuesto, algunos patriotas latinoamericanos para quienes las comparaciones de sus naciones con el enorme poder de los Estados Unidos son causa de sentimientos que a menudo privan sobre la razón, porque

si existe en verdad un factor que une y divide a los latinoamericanos es la presencia o la ausencia del sentimiento antiyanqui en sus respectivos nacionalismos.

En algunos momentos y lugares, los gritos antiyanquis son el resultado de una táctica astuta y deliberada. Sin embargo, muy a menudo, la posición se precipita por el deseo de ejercer la independencia de la nación, a veces combinado con la necesidad de encontrar una cabeza de turco externa que cubra la falta de habilidad nacional para resolver problemas difíciles y postergados.

De todas maneras, las expresiones de esos sentimientos están destinadas a obstaculizar y a oponer a los yanquis que son partidarios de la América Latina con sus pueblos, como así también con los que en los Estados Unidos generalizan y engloban las diversas situaciones de la América Latina en el concepto de un continente pobre y dormido que ha sido el destinatario desagradecido de toda la generosa ayuda estadounidense.

Para la mayor parte de los ciudadanos estadounidenses bien informados, la hostilidad antiyanqui puede ser a veces comprensible, pero es siempre mal recibida porque empaña y dificulta las actitudes que deben privar en todas las relaciones de construcción y cooperación entre las naciones.

Tal turbulento y poco atractivo medio ambiente apresura la pregunta elemental: ¿Cuáles son los intereses estratégicos de los Estados Unidos en la América Latina?

En un sentido muy amplio y muy general los Estados Unidos están legítimamente interesados en la evolución del Continente con gobiernos representativos, de ideologías compatibles con una amistosa vida común. Conforme con este objetivo se han opuesto, desde que se anunció la Doctrina Monroe, al establecimiento de todo poder hostil en el Hemisferio Occidental. En 1947 el Tratado de Defensa de Río de Janeiro, posteriormente el Programa de Asistencia Militar para la América Latina y en 1962 el enfrentamiento de la Crisis de los Misiles en Cuba, respondieron a este elemental objeto de seguridad. El Tratado de Defensa de Río de Janeiro, formalizado en vísperas de la Guerra Mundial, se fundó asimismo en el principio de la defensa del hemisferio.

Desde 1961, sin embargo, el planteo racional de los intereses estratégicos en la América Latina ha experimentado evidentemente una insurrección organizada por el comunismo como una primera interferencia hostil. De ahí que los Estados Unidos se hayan esforzado en proveer a la América Latina de la asistencia necesaria para asegurar, en primer término, su seguridad interna.

En ese esfuerzo estaba implícita la convicción de que la amenaza militar externa era remota, pero cualquiera sea el grado del esfuerzo actual, la política de seguridad de los Estados Unidos continúa fundada en la convicción de que un poder hostil en la América Latina podría ocasionar graves ame-

nazas para sus intereses estratégicos fundamentales.

Los intereses estratégicos de los Estados Unidos en América Latina son muchos y muy diversos, pero de una manera muy amplia pueden ser clasificados en activos y pasivos.

En el sentido activo, la América Latina es potencialmente importante en razón del apoyo que podría proveer a la seguridad del Hemisferio Occidental en el resto del mundo, particularmente en Europa y en menor medida en Asia. Los Estados Unidos necesitan de la América Latina el acceso a bases de operación, materiales estratégicos, recursos militares y derechos de navegación marítima y aérea.

En el sentido pasivo, la ausencia de una amenaza militar en este flanco sur de los Estados Unidos permiten que se comprometan sus recursos militares en la defensa de sus intereses estratégicos en otras partes del mundo, como en la NATO para el campo europeo. Esto resulta evidente cuando se piensa en el efecto que provocaría sobre el equilibrio militar entre el Este y el Oeste el hecho de que los Estados Unidos fueran forzados a planear recursos militares significativos en tiempos de paz para hacer frente en tiempos de guerra a un poder hostil parapetado, por ejemplo, en Méjico o en las naciones de la Cuenca del Caribe.

Esto sería particularmente grave si se diera el caso en Bahamas, Barbados, Honduras Británica, Costa Rica, la República Dominicana, El Salvador, Guatemala, Guyana, Haití, Honduras, Jamaica, las Antillas Holandesas, Nicaragua, Panamá, Puerto Rico, Surinam, Trinidad Tobago, los territorios británicos y franceses en el Caribe Oriental, Méjico, el norte de Venezuela y de Colombia, las Islas Vírgenes y los mares adyacentes al Golfo de Méjico.

El aumento de las velocidades de los medios de transporte y ataque y el alcance de la coherencia ha acortado las distancias al extremo que ha transformado todas estas áreas en zonas de seguridad vital para los Estados Unidos.

El geopolítico ruso L. I. Kamynin ha percibido este problema con toda exactitud cuando ha dicho en un artículo publicado en *International Affairs*, nro. 2, pág. 67, en el año 1967 que:

"En términos de estrategia militar el Caribe es una especie de hinterland de cuya estabilidad depende la libertad de acción estadounidense en el resto del mundo".

La cuenca del Caribe, vista originalmente como un área militar vital a causa de la posición del Canal de Panamá y por el volumen del tonelaje que lo transitaba, mantiene por lo demás su importancia en ese sentido. Sin embargo, con el advenimiento de las armas nucleares de largo alcance, sus aguas y sus tierras se han convertido además en una base potencial estratégica de suma importancia para cualquier fuerza hostil y se han transformado en un verdadero Flanco Sur de los Estados Unidos.

Su importancia militar deriva asimismo de factores geográficos elementales, como su proximidad a los Estados Unidos, su potencial dominio de las líneas de comunicación, la amplitud, la lejanía, la impenetrabilidad de algunas de sus tierras y sus innumerables accidentes costeros que distraen cuantiosos recursos de vigilancia.

Por lo demás, el significado y la gravedad de una amenaza surgida desde el Caribe, son plenamente válidos, tanto para el caso de una guerra nuclear, como para el de una guerra convencional y, desde luego, para el caso de una guerra de medios mixtos.

En la Cuenca del Caribe las distancias son tal vez mayores que lo que presume un ciudadano medianamente informado.

Desde las Grandes Bahamas hasta el Canal de Panamá corren 1.200 millas, la distancia que media entre Madrid y Budapest. Desde el Canal de Yucatán a Puerto España, 1.700 millas, tanto como de Dublin a Izmir.

Dos elementos son comunes a toda el área, el mar y el aire.

El gran arco insular que arranca de Bahamas y se extiende hasta Trinidad Tobago entre el Caribe y el Atlántico crea una cadena de puntos estratégicos a través de los cuales pasa la mayor parte de las trece líneas mayores de tráfico al Canal de Panamá.

Valdrá la pena tener en cuenta que desde 1947 a 1960 el tráfico marítimo que pasa a través del Canal de Panamá creció de 21.7 millones a 101.4 millones de toneladas largas, es decir, de 22.0 millones a 103.0 millones de toneladas métricas, o sea que aumentó en más de 4.5 veces.

En determinados casos parciales el aumento fue mucho mayor. El tráfico desde la Costa Oriental de América del Sur a la Costa Occidental de los Estados Unidos creció casi 10 veces, el tráfico entre ambas costas de América del Sur en más de 53 veces y el tráfico desde la costa oriental de los Estados Unidos al Japón en más de 62 veces. Este último estaba en uno de los últimos lugares con un tonelaje de apenas 533.000 Tn en 1947 y ocupaba el primero en 1969 con más de 35.0 millones de Tn.

A pesar de esta sorprendente importancia, ha habido en los últimos años cierta inclinación a disminuir el valor estratégico del Canal de Panamá, sin duda porque se supone que en el caso de una guerra nuclear sería rápidamente atacado e inutilizado. Pero tales conclusiones deben atemperarse por la creciente disposición de los Estados Unidos y de Rusia a aumentar el número y las formas de inhibición al recurso de tales medios de lucha, como así a la investigación conciente de estrategias y medios militares que desaljen los medios nucleares.

Pero la Cuenca del Caribe provee además a los Estados Unidos de importantes cantidades de materiales estratégicos.

Cuando se piensa en la importancia estratégica del área surge la sorprendente validez de los juicios de Robert D. Craseweller en su libro *The Caribbean Community*:

"Una prueba seria para los intereses vitales de la seguridad nacional a través del Caribe sería intolerable en sí misma y por sus efectos sobre el equilibrio de poderes en todo el mundo. Del mismo modo, un deterioro constante del equilibrio mediante el hostigamiento de los numerosos intereses secundarios del Caribe debiera juzgarse seriamente por el carácter acumulativo de sus efectos. La prolongación de los intereses estadounidenses en el Caribe debe ser mirada como de tanta importancia como su afirmación o resignación con respecto al problema mayor, esto es si los Estados Unidos quieren o no quieren continuar conduciéndose como una potencia militar de primer orden, con todas sus posibilidades y responsabilidades".

De acuerdo con este juicio, la problemática de la Cuenca del Caribe está rigidamente vinculada a la función de los Estados Unidos en el mundo y resulta irrenunciable, a menos que renunciaran a continuar desempeñando su papel.

La importancia que tiene para los Estados Unidos el paso seguro entre los dos mayores océanos del mundo surge de su propia posición geográfica en el Continente Americano entre estos dos enormes cuerpos de agua a través de los cuales deben mantener sus intereses económicos y su función mundial.

Dos rutas marítimas comunican las aguas del Continente Americano: una, el Canal de Panamá; la otra, alrededor del extremo sur de la Tierra.

La Comisión del Congreso para el estudio de la importancia del Canal de Panamá reportó en su informe al Presidente que la clausura o la inutilización del Canal de Panamá duplicaría aproximadamente las necesidades de bodegas para apoyar desde el atlántico y los puertos del Golfo de México cualquier determinado nivel de operaciones en el Pacífico.

La ruta del Canal de Panamá disminuye en cerca de 8.000 millas la distancia de costa a costa de los Estados Unidos con respecto a la ruta de Cabo de Hornos, lo que implica un ahorro de 15 días en navíos rápidos, de alrededor de 20 nudos, y de hasta 30 días para navíos más lentos.

La tabla que se acompaña brinda mayor ilustración con respecto a otras rutas y distancias entre puntos ilustrativos del mundo occidental.

DISTANCIAS MARITIMAS POR DIVERSAS RUTAS (En millas marinas)

Distancias

De San Francisco a Sicilia

Vía	
Canal de Panamá	9.531
Canal de Suez	14.347
Estrecho de Magallanes	13.475
Cabo de Buena Esperanza	19.784

De Norfolk a Manila

Vía	
Canal de Panamá	11.192
Canal de Suez	11.630
Estrecho de Magallanes	16.161
Cabo de Buena Esperanza	13.711

Fuente Raymond A. Komorowsky

Si el Canal de Panamá se cerrara, el plan militar de los Estados Unidos exigiría probablemente un aumento extraordinario de sus fuerzas navales activas o, en su defecto, la aceptación de un gran aumento del tiempo de reacción, de contraataque, a partir del estallido de cualquier conflicto.

Es claro que mediante el uso del Canal de Panamá los Estados Unidos pueden contar con un elevado número de ventajas militares, en todas las hipótesis que excluyan una guerra nuclear. La primera está relacionada con la velocidad con que pueden desplazarse las fuerzas de emergencia. Durante la Crisis de los Misiles de 1962, unos 25 navíos de los Estados Unidos se desplegaron rápidamente pasando por el Canal de Panamá. La importancia del movimiento no debe ser sobreestimada, pero es evidente que la ruta contribuyó a una rápida consolidación táctica de la superioridad estadounidense y proporciona una ilustración histórica real del valor de ganancia de tiempo que se le atribuye.

La segunda ventaja surge del ahorro de recursos que se hace posible al disponer de mayor poder de combate, aplicando el mismo programa y los mismos medios de abastecimiento, con respecto a los que serían necesarios por cualquier otra ruta.

Una tercera ventaja consiste en la disminución del tiempo de exposición unitario, por cada viaje, al ataque submarino y aéreo.

Sin embargo, debe tenerse en cuenta que en situaciones tales, el Canal se transforma en un punto de alta concentración de navíos, lo cual provoca serias ventajas y graves desventajas, tanto para sus atacantes como para sus defensores.

Por último, el uso del Canal evita los grandes riesgos naturales de las rutas del Cabo de Hornos y del Estrecho de Magallanes. Sólo un torpe desconocedor del mar podría desinteresarse de esta ventaja o depreciar esta circunstancia.

El valor del Canal de Panamá en el caso de una eventual guerra nuclear es menos susceptible de un estudio o de una justificación histórica.

Una vez que haya comenzado un intercambio de fuerzas nucleares es virtualmente evidente que el Canal sería atacado, inutilizado y probablemente demolido. Su valor se relegaría entonces al período de preiniciación de las hostilidades y ésta es una función de la duración del planteo político y estratégico que debe preceder al ataque. Si el tiem-

po se prolonga, su importancia puede ser de todos modos significativa.

Pero todo esto no significa que, aun descontando su utilidad, pueda pasarse por alto que, en sus condiciones actuales, el Canal resulta lamentablemente vulnerable a los ataques de sabotaje y de bloqueo y, por lo tanto, en cierto modo obsoleto.

Las compuertas, que miden solamente 110 pies de ancho, 41 pies de profundidad y 1.000 pies de largo, imponen serias restricciones al paso de los navíos. Ninguno de los portaaviones en operación o en construcción pueden pasar por esos puntos.

Por cierto que el Canal de Suez adolece de las mismas limitaciones y que es así que los portaaviones Midway, Enterprise, América, Kitty Hawk, Forrester y otros de su clase no podrían utilizarse aun en el caso de que fuera rehabilitado.

Además, hay actualmente alrededor de 1.300 navíos en servicio o en construcción que no podrán pasar por el Canal de Panamá y otros 1.750 que cuentan con limitaciones de calado cuando navegan con carga completa en horas de bajamar.

Por consiguiente, la vulnerabilidad del Canal de Panamá y su imposibilidad de facilitar el tráfico de los portaaviones de los Estados Unidos, sin contar una gran cantidad de otros navíos de guerra, señalan con toda claridad las limitaciones de sus ventajas y la necesidad de contar con una ruta de alternativa segura entre los dos océanos y la consiguiente importancia de mantener expedita la Ruta del Sur.

Los navíos que rodean el Cabo de Hornos tienen que afrontar los rigores de las tempestades y el peligro de los témpanos flotantes. Cuanto más se avanza hacia el sur, tanto más aumentan estos peligros, sobre todo en el Cabo de Hornos, conocido en todo el mundo como uno de los puntos más peligrosos del mar, con témpanos flotantes de más de 20 millas de longitud.

Las condiciones del tiempo son siempre de la peor categoría, pero el predominio de los vientos del oeste facilita en cierto modo el tráfico del Pacífico al Atlántico; siempre menos duro que el opuesto.

La relativa calma y seguridad del Estrecho de Magallanes, en comparación con la Ruta del Cabo de Hornos, plantea de inmediato la posibilidad de emplearlo como Ruta de Alternativa.

El hecho de que la Ruta del Estrecho ahorre alrededor de 230 millas con respecto al Cabo de Hornos es motivo de una consideración secundaria. La Ruta del Estrecho tiene 310 millas de largo y su punto más estrecho, frente a la Isla de Carlos es de apenas 2.500 yardas, unos 2.290 metros.

Durante los meses de verano no se presentarán mayores dificultades a la navegación, que es en todo caso semejante a la de cualquier otro paso crítico del mundo, aun para navíos de gran porte como los portaaviones. Sin embargo, se desconocen pasos de portaaviones por la Ruta del Estrecho.

El Gobierno de Chile impone restricciones reglamentarias que exigen el servicio de prácticos con licencia de ese país a todo mercante o navío de guerra que transite el Estrecho.

Por otra parte, las incascentes diferencias entre la Argentina y Chile con respecto a las fronteras de la zona del Canal de Beagle suele alcanzar contornos graves como ocurrió en 1967 cuando navíos de guerra argentinos abrieron fuego contra una torpedera chilena que había entrado en la Bahía de Ushuaia, frente a su propia base naval.

Chile controla la entrada occidental del Estrecho mientras la Argentina domina la entrada oriental, pero ambas naciones cuentan con posiciones geográficas que les facilitan el control de la Ruta del Cabo de Hornos.

La importancia estratégica del área sugiere la necesidad de que los Estados Unidos mantengan estrechos vínculos con la Argentina y con Chile. Las relaciones con la Argentina continúan siendo amistosas, pero han surgido dificultades con Chile a causa de la política adoptada por el presidente Salvador Allende.

No hay, sin embargo, ninguna evidencia pública de la disminución de la cooperación entre la Marina de los Estados Unidos y las de la Argentina y Chile. Los ejercicios navales conjuntos que se llevaron a cabo en la Operación Unitas XIII, desde julio a diciembre de 1972, contaron con la participación activa de la Marina Argentina y de la Marina Chilena.

El Partido Socialista Chileno ha demandado la expulsión de 17 marinos estadounidenses del grupo de asesoramiento, pero las relaciones entre los Estados Unidos y Chile son en este caso puramente profesionales y en este sentido se juzgan buenas.

Entre el Cabo San Roque en el Brasil y la costa occidental de África medja un nuevo estrecho, el Estrecho del Atlántico, de unas 1.400 millas de ancho.

El aumento de las velocidades de los navíos y de los submarinos nucleares, como así el perfeccionamiento de los medios de vigilancia y patrullaje disminuyen la distancia que en otros tiempos resultaba característica de un mar abierto.

El Estrecho del Atlántico cobró gran importancia para los Estados Unidos y los Aliados en las postrimerías de la Guerra Mundial y esa importancia estratégica está llamada a seguir en aumento en el futuro.

El contralmirante Samuel E. Morison ha hecho la crónica de la magnífica y heroica actitud de las marinas de los Estados Unidos y del Brasil para controlar el Estrecho del Atlántico y el Litoral Marítimo del Brasil.

La cooperación nació hace mucho tiempo, durante la Guerra Europea de 1914, reducida a la acción de una Misión Naval de los Estados Unidos, pero alcanzó su punto culminante a partir de agosto de 1942 cuando el Brasil entró en la Guerra Mundial, un hecho calificado por el contralmirante Mori-

son como de la mayor importancia para la historia naval de los Estados Unidos.

Además, a partir de esa fecha, se estrecharon los vínculos de cooperación entre la Marina de los Estados Unidos y la Fuerza Aérea del Brasil. Se establecieron sistemas de patrullaje permanente sobre el Gran Triángulo del Atlántico, definido por la Isla de Trinidad, el Cabo San Roque y las Islas de Cabo Verde. Se formaron convoyes de cabotaje costero. Se emplearon como bases de operaciones los puertos de Recife y de Bahía. Natal se transformó en la principal base aérea por su gran importancia estratégica, pero los aeropuertos de Belem, Fortaleza, Recife, Bahía y Río de Janeiro se emplearon constantemente en el trabajo.

Las islas británicas de la Ascensión, 1.200 millas al este de Recife, fueron empleadas como base de escala por el Cuerpo de Ingenieros de los Estados Unidos para defender cualquier eventual ataque submarino desde el África y se realizaron arreglos de cooperación con el Comando Naval Británico del África Occidental para encarar operaciones combinadas en caso necesario.

El contralmirante Morison recuerda que los submarinos del almirante Doenitz rondaban alrededor de Fernando Noronha, circulaban entre Cabo San Roque y Cabo Verde, extendiéndose hasta el Cabo de Buena Esperanza y que en el verano de 1942 diez submarinos se reunieron con su buque madre frente a las costas del norte del Brasil.

Sin embargo, a partir del verano de 1942, la cooperación del Brasil con los Estados Unidos tornó el Estrecho del Atlántico un lugar muy peligroso para los submarinos y aseguró el tráfico entre el Atlántico Sur y el Atlántico Norte.

En los últimos años, la importancia estratégica del Estrecho del Atlántico ha acelerado su crecimiento debido a la clausura del Canal de Suez, pero la conservará de todos modos, teniendo en cuenta el creciente empleo de supertanques petroleros que de manera alguna podrían utilizarlo en adelante.

Las naciones asociadas a los Estados Unidos en la NATO son críticamente dependientes de países extranjeros para su abastecimiento de petróleo, de modo que alrededor del 40% del petróleo que llega a Europa debe atravesar el Estrecho del Atlántico.

Pero hay algo más que el petróleo. Alrededor del 38% del tráfico marítimo de todo tipo que llega a los puertos de la NATO lo hacen por la Ruta del Cabo de Buena Esperanza, a través del Estrecho del Atlántico, cuya densidad alcanza a 225 navíos cada 100 millas de ruta, con un aumento extraordinario sobre el 13% del tráfico registrado antes del cierre del Canal de Suez, que implicaba alrededor de 7,5 navíos cada 100 millas de ruta.

Por grande que sea actualmente el interés estratégico de los Estados Unidos en el Estrecho del Atlántico, a causa de sus compromisos de la NATO, tanto mayor será en ade-

lante, a causa de razones mucho más directas.

Los Estados Unidos se encuentran en vísperas de una grave crisis energética por falta de gas y de petróleo. La demanda interna de petróleo crudo se estima para 1980 en unos 20 a 25 millones de barriles diarios. La producción interna incluyendo la de Alaska, puede alcanzar entre 9 y 12 millones de barriles diarios, con lo que resulta un extraordinario déficit de abastecimiento. Este déficit fue puesto de manifiesto en el informe del secretario del departamento del interior, Rotgerds Morton el 20 de marzo de 1972.

Han pasado los tiempos en que la Comisión Especial para el Control de Importaciones de Petróleo del Gabinete Presidencial de 1969, definía la política nacional diciendo que los Estados Unidos no dependerán en proporciones apreciables del abastecimiento de petróleo de fuentes poco seguras de ultramar. En 26 meses del presidente Nixon ha tenido que aumentar cuatro veces la cuota de importaciones de petróleo crudo hasta llegar al actual 27.0% del consumo. Esta importación, según el artículo titulado Oil Import Climbing, de Edward Cowan, publicado en el New York Times el 22 de mayo de 1972, procede fundamentalmente del Canadá y de Venezuela.

En su discurso del 24 de setiembre de 1970 el ayudante del secretario de Estado para asuntos económicos, Philip H. Trezise, manifestó que "es privilegio de cualquiera juzgar si el pueblo estadounidense, consumidor y contribuyente, aceptará tener que pagar precios considerablemente más altos a cambio de una mayor seguridad de abastecimiento interno de petróleo, o si, por el contrario, preferirá que aumenten las importaciones pagando precios menos elevados. Yo estimo que la decisión se inclinará en este último sentido".

Según el artículo US. Energy Crisis, publicado en el Washington Post del 14 de abril de 1972, algunos economistas advierten que para 1975 la mitad de la demanda de petróleo y casi la mitad de la demanda de gas de los Estados Unidos se cubrirán con importaciones y el Consejo Nacional del Petróleo estima que para entonces se necesitarán 360 nuevos supertanques para transportar el petróleo del Golfo de Persia hasta los Estados Unidos.

El ayudante del secretario de Estado Philip H. Trezise agrega que "las creencias erróneas con respecto al petróleo han sido tan abundantes como en el juego de dados, pero que la clara tendencia del consumo de energía, tanto en la Europa de la NATO, como en los Estados Unidos, sugiere un crecimiento tal que obliga a prestar la mayor atención a la seguridad de las rutas del Golfo de Persia a través del Cabo de Buena Esperanza y el Estrecho del Atlántico.

La Unión Soviética comprende perfectamente todo este problema.

Así ha tenido lugar por lo menos una gran operación de submarinos con abasteci-

miento de buques madres en alta mar, cerca de las Islas de Cabo Verde, y los navíos soviéticos han frecuentado corrientemente el puerto de Conakry. Fidel Castro, a su vez, realizó una visita oficial a Guinea en mayo de 1972 como para poner énfasis en las intenciones comunistas sobre el Estrecho del Atlántico.

Además, hay oficiales de la Marina Soviética que actúan como asesores y auxiliares en el puerto de Aden. Los submarinos soviéticos circulan libremente en las proximidades de Ciudad de El Cabo y de Ceylán. La flota soviética tiene acceso y facilidades de anclaje y de abastecimiento en Aden, Barbera y Chismay, en la Somalia. Sus barcos pesqueros entran libremente en los puertos de Tanzania, Mauritius y Sri Lanka, la antigua Ceylán, según lo afirma Drew Middleton en el artículo titulado "Threat to Europe's Oil Routes Seen", publicado el 1º de noviembre de 1971 en el New York Times.

Otros posibles escenarios de la potencia militar soviética contra el Estrecho del Atlántico, podrían desarrollarse en la zona circundante con operaciones de hostigamiento e intimidación de distintas intensidades.

En estas circunstancias, la importancia de la función del Brasil se confirma por la historia de la Guerra Mundial y por la técnica moderna. El U.S.P.-3 C. Orion por ejemplo, operando desde bases establecidas en el Brasil durante la Guerra Mundial puede viajar 1.550 millas a 18.000 y a 24.000 pies de profundidad y de allí proceder a una operación de exploración durante tres horas a 1.500 pies de profundidad. Según informes de J. Philip Geddes en ASW from the Air the P-3 C. Orion in Operation, publicado en febrero de 1972 en el International Defense Review, una misión náutica de 1.000 millas deja siete horas de tiempo libre para la exploración, con una velocidad de 20 nudos.

Por lo demás, es evidente la creciente importancia de las bases aeronavales del Brasil a los efectos de la escolta y del control de navíos en alta mar.

Ningún estudio sobre los intereses estratégicos de los Estados Unidos en la América Latina está completo si no examina la importancia del Continente como medio de abastecimiento de minerales críticos y de otros materiales indispensables.

La América Latina cuenta con recursos de gran valor estratégico.

Las existencias de materiales estratégicos en los Estados Unidos han disminuído la importancia relativa de los yacimientos latinoamericanos, pero la voracidad de Marte es tan grande que exige que no se desprecien en absoluto.

Por otra parte, Europa y el Japón importan gran parte de sus materias primas de América Latina y tanto el Japón como nuestros aliados de la NATO, que no pueden mantener grandes existencias estratégicas se encontrarían en graves dificultades, que afectarían críticamente sus producciones de gue-

rra, si no pudieran contar con los recursos naturales de la América Latina.

Una lista parcial de las exportaciones de la América Latina en 1970 demuestra que ese año los Estados Unidos recibieron de Jamaica el 65% y de Surinam el 22% de la bauxita metalúrgica que importaron. De Guyana el 65% y de Surinam el 34% de la bauxita refractaria y de México el 47% del cadmio. Del Brasil el 60% del columbio, el 29% del manganeso, el 22% de la mica, el 100% del cristal de cuarzo y el 99% del aceite de castor. Chile proveyó el 34% del cobre, al que se agregó otro 24% de otros países del Continente. Perú vendió el 19% del plomo, del cual Méjico proveyó otro 14%; Bolivia, el 9% del estaño y diversos otros países el 27% del zinc.

Los Estados Unidos y sus aliados de la NATO cuentan con limitadas proporciones de piedras y de metales preciosos, muchos de los cuales han cobrado gran importancia en la industria electrónica y se encuentran en proporciones mayores en América Latina, tales como el mercurio, la plata, el platino, el paladio y los diamantes de uso industrial.

Ya se ha examinado la gran importancia del petróleo de Venezuela para los Estados Unidos, que con el tiempo aumentará su dependencia de esa producción.

Dentro de poco tiempo el Ecuador, una nación de 6 millones de habitantes, llegará a ser una importante productora latinoamericana de petróleo, con una producción inicial de 250.000 barriles, que se elevará a 500.000 barriles diarios. El despacho de esta producción deberá realizarse desde los yacimientos que explota la empresa Texas Gulf en la región del Amazonas, a través de 300 millas cruzando la cordillera de los Andes para llegar al puerto de Esmeralda en la costa del Pacífico.

A este sucinto inventario de recursos naturales estratégicos de la América Latina debe agregarse la creciente capacidad industrial de algunos países que la componen.

El ejemplo más significativo puede ser el del Brasil, que en 1971 producía 5.9 millones de Tn de lingotes de acero, 510.000 automóviles, camiones y tractores y generaba 36.000 millones de Kw-h de energía eléctrica. Los astilleros brasileños tienen órdenes de construcción de más de 400.000 Tn y están construyendo seis rastreadores de río y tanques navales. Una industria aeronáutica en expansión está construyendo aviones de entrenamiento de retropropulsión y aparatos militares de tipos convencionales, sin contar una nueva industria de cohetes. En 1971 Volkswagen produjo 500.000 automóviles en el Brasil y la industria brasileña de automotores demostró un gran estado de madurez exportando piezas y sistemas a los Estados Unidos. En agosto de 1972 Ford anunció planes de inversión para una planta con una producción inicial de 255.000 motores en 1974, la mitad de los cuales se destinarán a la exportación. En 1976, el Brasil contará con la primera de seis fragatas tipo Mk-10,

de 3.500 Tn, dos de las cuales serán de construcción local conforme con el contrato celebrado con Vosper Thornycroft Ltd., del Reino Unido.

Chile ha construido un caza submarino de 400 Tn en sus propios astilleros y la Argentina está comenzando la construcción de tanques AMX en sus propias plantas y planeando la producción de cañones de propulsión propia y sistemas de misiles. La Vickers del Reino Unido quiere construir el 42 DDG en las plantas de la Argentina y proveer la más alta técnica moderna de la construcción de barcos.

En todas estas industrias, la lista es sumamente sintética, se desarrolla un creciente número de profesionales y técnicos sumamente capaces en todos los niveles de dirección y de producción. Este desarrollo de la industria y de la técnica sugiere que en situaciones de conflicto los Estados Unidos y Europa podrían resultar bien abastecidos desde las bases industriales de la América Latina, una situación que no podría haber sido seriamente considerada hace apenas 10 años.

Sería necesario un estudio más profundo en lo que se refiere a la capacidad de algunos países latinoamericanos para proveer unidades de combate capaces de afrontar responsabilidades militares fuera de sus límites nacionales, pero ese estudio excede los límites de este trabajo.

Sin embargo, es evidente que en general el grado de capacidad profesional militar de muchos de estos países ha sido sumamente alto en los últimos años. Los ejercicios UNITAS de las fuerzas navales conjuntas del continente confirman ampliamente este juicio, como así también las experiencias de otros servicios militares de los Estados Unidos.

Los colegios militares y los establecimientos de estudios superiores han creado un amplio cuadro de oficiales sumamente capaces de desarrollar operaciones militares y de mantener y usar el armamento bélico más moderno en muchos países de la América Latina. El Continente ha importado de Europa y del Canadá más de US\$ 500 millones en aviones, proyectiles y navíos en los últimos cinco años.

Las consecuencias de esta modernización de la capacidad militar se traducen en la constitución de unidades de alto valor, capaces de luchar a la par de cualquiera de sus equivalentes de Occidente. Por cierto, algunas de estas unidades se encuentran permanentemente en condiciones de entrar en acción. Es probable que las naciones latinoamericanas poseedoras de tales fuerzas pudieran cumplir un papel mundial de mucha mayor importancia si la NATO pudiera llegar a fórmulas económicas, políticas y militares adecuadas para aceptar su contribución en la defensa mutua. En las condiciones actuales esa posibilidad es todavía remota, debido a la actitud que asumen algunas naciones asociadas en la NATO respecto de ciertos regímenes dictatoriales de la América Latina. A

pesar de todo la NATO haría muy bien en tratar de desarrollar alguna forma de política coherente con el Continente que reconozca la creciente importancia estratégica de su área sobre el Estrecho del Atlántico y la Ruta del Sur y alienta una mayor cooperación militar en alianzas bilaterales y multilaterales.

Con respecto a las naciones latinoamericanas que pudieran estar comprometidas en estos intereses estratégicos, es de suponer que la esterilidad del punto de vista militar que a veces se afirma en intereses de seguridad estrictamente regionales pueda ser puesto al día con la perspectiva de una contribución significativa a los acuerdos de seguridad mundial que son, después de todo, la piedra fundamental sobre la cual los hombres de Estado deben construir las esperanzas de los hombres libres del mundo.

Concluido el examen de la naturaleza y el alcance general de los intereses estratégicos de los Estados Unidos en la América Latina, es conveniente revisar ahora las dificultades que irritan y en ciertas oportunidades ponen en peligro nuestras buenas relaciones con las naciones del Continente.

Hay, por supuesto, diversos asuntos substanciales sobre los cuales existen diferencias. El gobierno de los Estados Unidos ha intentado reiteradamente dar solución a estas dificultades, pero su alto grado de exposición a la opinión pública, su gran notoriedad, que las constituyen en el foco de atención de muchos ciudadanos estadounidenses vinculados o preocupados por la América Latina ha influido en su constante postergación. Esto es así en un alto grado, porque el carácter especial de algunas de estas dificultades choca con algunos de los puntos de vista más preciados a la ciudadanía estadounidense.

La dificultad más notoria que se plantea en la América Latina, es la agresión contra la inversión estadounidense que aparece en forma de flagrante ofensiva como operaciones de expropiación sin una compensación adecuada.

Expresada en su forma más simple, esta dificultad consiste en que el derecho de los ciudadanos estadounidenses a la propiedad privada en el Continente no niega el derecho de las naciones de expropiar las propiedades que les parezca. En verdad, el ciudadano estadounidense sostiene que las naciones soberanas tienen pleno derecho a decidir por sí mismas sus problemas internos con empresas privadas, nacionales o extranjeras, como así también a definir la función de la inversión privada dentro de sus fronteras, pero, claro está, sin recurrir a la confiscación. En consecuencia, experimenta una fuerte reacción frente a la expropiación sin compensación adecuada de cualquier propiedad privada grande o pequeña. La inversión directa de los Estados Unidos en la América Latina sumó cerca de US\$ 12.000 millones en 1970, sobre un total de US\$ 78.000 millones. La magnitud de estos montos agrava el carácter de la dificultad y la reacción de la opinión pública de los Estados Unidos.

Sin embargo, aun cuando muchas de esas expropiaciones latinoamericanas han provocado graves dificultades, como las que sufrieron los intereses de la explotación del cobre en Chile, el informe del secretario de estado sobre política exterior en 1971 enumera una serie de negociaciones en las que se lograron soluciones satisfactorias para la empresa expropiada. Tal es el caso de ALCAN en Guyana, de ITT en el Ecuador, de WR Grace Company en el Perú y de la Gulf Oil Co. en Bolivia. Aun así, las naciones latinoamericanas que se comprometen en políticas de expropiación tienden a enervar el medio político interno con respecto a las inversiones de capital extranjero y en ese sentido retrasan su desenvolvimiento. Por otra parte, los inversores estadounidenses han aumentado su sensibilidad contra las prerrogativas y los intereses nacionales, de modo que respondiendo a un nuevo clima de inversión, han buscado imaginativamente nuevas fórmulas de inversión de capital que respetan los negocios locales y desarrollan nuevas relaciones con los intereses oficiales del Continente.

El gobierno de los Estados Unidos ha establecido aparentemente una línea política con respecto a las naciones que realizan expropiaciones importantes contra los intereses estadounidenses sin una adecuada compensación. En esos casos los Estados Unidos se limitan a no extender a esas naciones sus beneficios económicos, sean bilaterales o multilaterales, a través de los bancos de desarrollo.

Con motivo de la extensión de sus jurisdicciones de soberanía nacional o comercial sobre sus mares adyacentes hasta una distancia típica de 200 millas por parte de diez naciones latinoamericanas, han surgido algunas nuevas dificultades.

Desde 1958 en adelante, la tendencia a expandir la jurisdicción marítima que de ninguna manera está limitada a las naciones del Continente, han involucrado coacciones sobre mares territoriales, estrechos, concentraciones de cardúmenes y aun sobre el fondo de los mares. Las consecuencias de esta política son serias. Desde que el límite de las 200 millas exclusivas se manifestó por primera vez en Santiago de Chile en agosto de 1952, muchos interrogantes han trascendido las preocupaciones recíprocas concernientes al Norte y Sur del Continente. Se estima, por ejemplo, que el respeto internacional, al límite de las 200 millas implicaría la cobertura de más del 30% de los océanos del mundo, estimación que la Unión Soviética eleva a un 50%.

Desde un punto de vista puramente estratégico, la dificultad más importante surge de la posible obstrucción de los estrechos. En general, se respetan los derechos del paso inocente a través de las aguas territoriales, pero desde luego el paso inocente no incluye el tráfico de submarinos, buques de guerra y fuerza aérea. En un segundo paso, la obstrucción aumenta cuando algunos Estados ar-

guyen que la bandera, la carga y el destino de los navíos constituyen puntos de relevante consideración y de su exclusiva jurisdicción.

Como consecuencia de esta tendencia expansionista general, los Estados Unidos han decidido cambiar el límite tradicional de sus mares territoriales de 3 millas por el de 12 millas, ofreciendo la autolimitación como punto de negociación de un acuerdo de tráfico libre de la navegación internacional a través de los estrechos.

El interés militar de los Estados Unidos y de la Unión Soviética es obvio, porque tal modernización de la legislación marítima protegería el movimiento vital internacional en el mar y en menor escala en el tráfico aéreo.

Se han discutido otras diversas fórmulas al respecto. Los Estados Unidos han propuesto el mantenimiento de derechos de exploración y de explotación de recursos naturales sobre la plataforma continental que se extiende hasta doscientos metros por debajo del nivel de mar. Entre el límite de la plataforma y el límite de las 200 millas, podría establecerse una zona intermedia sujeta a regulaciones nacionales pero también a normas internacionales sobre control de polución y desde luego libre tráfico de navíos comerciales y de guerra.

Las decisiones adoptadas recientemente por la Conferencia de la Ley del Mar, de las Naciones Unidas, crea cierta esperanza sobre la resolución de estos problemas vitales que dificultan nuestras relaciones con las naciones de la América Latina.

El tema de la Conferencia parece haber sido en extremo especializado y distante de la opinión pública estadounidense, pero su punto central, la libertad de los mares, es vital para los pueblos que miran a los cuatro puntos cardinales a través del agua de mar y cuyas historias están directamente vinculadas con ella.

Pero si bien estos dos problemas que acaban de examinarse, las expropiaciones y las jurisdicciones marítimas han sido precipitadas por las iniciativas latinoamericanas, hay un tercer problema que reconoce su origen dentro de los Estados Unidos, el del paternalismo.

El problema del paternalismo se origina en los grados y los medios de intromisión estadounidense en las decisiones locales, políticas, económicas y militares de la América Latina.

¿Cuál es el grado de conocimiento de los Estados Unidos acerca de lo que necesitan las naciones latinoamericanas para su desenvolvimiento y su bienestar? Los Estados Unidos se han contestado esta pregunta en el pasado con decisiones que manifestaban con toda claridad que nosotros sabíamos más y mejor que los pueblos latinoamericanos de sus propias demandas y aspiraciones. Durante algún tiempo, particularmente bajo la vigencia de la Alianza para el Progreso, el sen-

timiento estadounidense de vinculación hacia la América Latina se manifestó en el diagnóstico detallado de todos los defectos específicos de la América Latina y en el prolijo enunciado de todas sus formas de curación. En la opinión de muchos ciudadanos latinoamericanos la palabra clave para definir esta actitud, es el paternalismo, que se subroga por el resentimiento contra una intromisión insensible y contraproducente en el legítimo orgullo y sentido nacional de la soberanía.

En el campo militar, el paternalismo ha tomado recientemente las características contrarias, es decir, la negativa a las demandas de asistencia y de armamentos. Por la misma perversa razón que priva en el campo económico, los Estados Unidos pretenden conocer mejor que los gobiernos latinoamericanos sus propias necesidades militares.

Una serie de medidas legislativas circunscriben los niveles y las condiciones de la asistencia militar de los Estados Unidos. La primera y más importante limita a US\$ 100 millones el monto conjunto de la asistencia y de las exportaciones de carácter militar que pueden realizarse con destino a las naciones del Continente. El presidente puede aumentar ese monto en un 50% atendiendo a circunstancias especiales, pero no es corriente ni popular que recurra a esa atribución. La segunda prohíbe la exportación al resto del mundo de armamento militar moderno, con algunas excepciones que por cierto no incluyen a la América Latina. La tercera, la Enmienda Symington, exige que el presidente considere de manera especial la economía de las naciones importadoras y que niegue ayuda económica cuando sospeche que puede ser derivada a la importación de elementos militares. La cuarta, la enmienda Fulbright, limita el número de los estudiantes militares extranjeros que pueden ser instruidos anualmente en los Estados Unidos. La quinta, exige que las naciones que reciben asistencia militar con excepción de aquellas que otorgan bases de operación a los Estados Unidos, depositen el 10% del valor de sus importaciones en una cuenta especial con un límite de US\$ 20 millones anuales, destinada a pagar eventuales obligaciones de expropiación contra inversiones de los Estados Unidos. La sexta y última, la enmienda Reuss, prohíbe la asistencia militar a los regímenes dictatoriales que no garantizan los derechos fundamentales de la ciudadanía y el progreso social de sus pueblos.

Cualquiera sean los motivos de todas estas exigencias, es claro que algunos gobiernos latinoamericanos deploran este tipo de legislación, aun tratándose de gobiernos civiles conformados de acuerdo con las instituciones. En última instancia ésta es también una manifiesta forma de paternalismo por la cual se manifiesta el sentido de un conocimiento superior opuesto al sentimiento nacional latinoamericano.

Las formas de manifestación de este paternalismo son muchas y muy variadas, pero en definitiva puede concluirse que la absten-

ción de los Estados Unidos a la venta de armamentos a las naciones latinoamericanas ha abierto el Continente a la competencia agresiva de los vendedores europeos, hecho que de por sí no ha contribuido en nada a disminuir las probabilidades de golpes militares que constituyeron una de las razones fundamentales de tal actitud.

Por otra parte, la cerrada política de los Estados Unidos en esta materia no contribuye a consolidar sus vínculos de amistad con las naciones latinoamericanas, ni mucho menos a la defensa de sus intereses estratégicos en el Continente.

Las dificultades comerciales también han provocado fricciones en las relaciones de los Estados Unidos con la América Latina.

Estas fricciones se han producido principalmente en el comercio de textiles, carnes, café y azúcar.

Recientemente, con motivo de la aplicación de recargos especiales del 10% a las importaciones, el 15 de agosto de 1971 los Estados Unidos han agravado su consideración en el Continente al no eximirlo de tal imposición, aún cuando los Estados Unidos han gozado constantemente de un saldo comercial positivo en su intercambio con la América Latina. La exención concedida por fin el 20 de diciembre de 1971 eliminó el punto real de fricción, pero no pudo evitar la secuela de críticas contra el egoísmo estadounidense.

Se han realizado diversos estudios relacionados con el intercambio comercial, cuyos resultados han contribuido a disminuir las dificultades. Sin embargo, el progreso mayor en la solución de tales dificultades, depende virtualmente por entero de la legislación de los Estados Unidos que por ahora responde directamente a las presiones de las economías regionales y a los intereses internos.

Si se acepta la realidad, no puede ser difícil llegar a establecer acuerdos comunes con las áreas de mayores dificultades comerciales, es decir, con las naciones que experimentan mayores déficit de intercambio con los Estados Unidos. Esto no significará que se llene el aire con alegres aclamaciones, pero la posibilidad no debe dejarse de lado, porque en realidad se trata de la necesidad de llegar a entendimientos y compromisos que desvaloricen los efectos de las diferencias de opinión referentes a las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina. Es virtualmente seguro que los gobiernos responsables se avendrán a establecer este tipo de negociaciones y de ajustes. En 1971, por ejemplo, el Congreso de los Estados Unidos reconsideró las condiciones del comercio del café y del azúcar. La Ley del Azúcar prorrogada por el término de tres años, mantuvo un cupo predominante para la América Latina con respecto a la cual los Estados Unidos constituían un mercado sumamente remunerativo que por entonces pagaba alrededor de US\$ 0.03/libra por encima de los precios del mercado internacional. Asimismo, se ha podido llegar a una solución siquiera parcial de

las dificultades del café eliminando impuestos sobre el café instantáneo.

Estos casos constituyen solamente ejemplos de los buenos resultados que puede dar una negociación francamente encarada por parte de los Estados Unidos.

Panamá y el Canal constituyen otro de los motivos de irritación contra los intereses estratégicos de los Estados Unidos en América Latina.

La situación del Canal desde la Convención de 1903, ha sido el objeto de diversas negociaciones y convenios internacionales. Desafortunadamente, el curso de las negociaciones no ha sido exitoso en los últimos años a pesar de que el Canal ha reportado enormes rentas y beneficios para Panamá. En Panamá el Canal es un motivo constante de discusión política explotado por los partidos internos para sacar ventajas electorales. En los Estados Unidos existen grupos para los cuales el problema del Canal consiste solamente en la defensa de posiciones conservadoras que no se avienen al cambio de las condiciones presentes.

La posición de los Estados Unidos en la negociación fue expuesta el 12 de mayo de 1972 por el embajador ante el Consejo Panamericano, David H. Ward, en los siguientes términos:

"Nuestra posición consiste en la necesidad de sostener una agencia del gobierno de los Estados Unidos que continúe las operaciones del Canal mientras las actividades administrativas gubernamentales quedan eventualmente a cargo del gobierno de Panamá. Los detalles quedarán bajo el control del Congreso. La transición a partir del gobierno de los Estados Unidos en la zona hasta llegar a otro gobierno con predominio panameño debe realizarse en forma ordenada y deliberada, de modo que asegure los derechos necesarios para la operación de las instalaciones. Los Estados Unidos deben retener su derecho a defender el Canal. Esto exige la continuidad del mantenimiento de las fuerzas militares de vigilancia. Finalmente, debemos reservarnos la posibilidad de expandir y mejorar el tráfico por la construcción de un nuevo y mayor canal o de levantar el nivel de calado en el existente".

El resultado final de las negociaciones es impredecible pero es en cambio claro que los intereses de la seguridad de los Estados Unidos y, en un sentido más amplio, de todo el Occidente, deben ser preservados en todo momento. La posición negociadora de los Estados Unidos es realista en cuanto intenta responder a las demandas administrativas panameñas sobre el Canal. Sobre el uso y el derecho a la defensa, no pueden hacerse concesiones.

Enumeradas las dificultades que irritan las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina, es necesario considerar las amenazas que se ciernen sobre sus intereses estratégicos de seguridad.

La primera amenaza la constituye el nacionalismo xenófobo que se manifiesta en

una forma gravemente peligrosa para las relaciones con la América Latina, planteando conflictos que corren desde los de carácter económico y los de interés político, hasta los que afectan problemas especiales de defensa, tales como la continuidad en el uso de bases y facilidades de operación.

La segunda, la constituyen los obstáculos del terrorismo; la insurgencia o la intransigencia reaccionaria al proceso de modernización del Continente.

La tercera, reside en la realineación de una nación tradicionalmente orientada hacia occidente, hacia un Estado procubano, prosoviético o prochino comunista, sea como resultado de un acto revolucionario o sea por intermedio de un proceso electoral.

La cuarta amenaza está en la creciente influencia cubana, soviética, o china comunista en la política de los estados latinoamericanos.

La quinta y última, en la introducción o el empleo de apoyo de fuerzas militares soviéticas.

La lista no pretende introducir grados de probabilidades o de intensidad del peligro de cada una de estas amenazas. Tiene un carácter general y se limita a enumerar lo que podría ocurrir, no lo que debiera ocurrir. Cada una de esas amenazas debe considerarse dentro del conjunto ordenado de los intereses estratégicos de los Estados Unidos en la América Latina.

Existen diversos hechos históricos desarrollados en el Brasil, la Argentina, Méjico, el Paraguay, Bolivia, Chile, Perú, Ecuador y Colombia, que demuestran la realidad y la persistencia de todas estas amenazas.

A veces se manifiestan en las negociaciones internacionales, otras en los propios congresos de los partidos comunistas americanos o europeos, otras más en forma de golpes revolucionarios y, por último, en forma de amistosa ayuda hacia las naciones más propensas al atractivo propuesto. En los últimos años, particularmente en el Uruguay, la Argentina, Guatemala, Venezuela, la República Dominicana, Colombia, Perú, Ecuador y Honduras, la Unión Soviética y Cuba han manifestado sus intereses revolucionarios estimulando la violencia y las actividades izquierdistas en campañas prolongadas, metódicas y constantes.

Independientemente de la táctica empleada, los objetivos de la Unión Soviética sobre la América Latina permanecen constantes a través del tiempo:

a) La expulsión o la disminución de la influencia de los Estados Unidos en Occidente.

b) La interrupción del movimiento histórico de la América Latina hacia la identificación e integración con el mundo occidental y.

c) La interferencia o paralización de cualquier movimiento latinoamericano hacia cualquier forma de modernización, política, social o económica.

El éxito de cualquiera de estos objetivos en cualquier nación latinoamericana, se orienta en grado variable hacia la disminución de la seguridad de los Estados Unidos y el fortalecimiento de la Unión Soviética como potencia mundial.

La naturaleza de tales objetivos resulta indudablemente ambiciosa, pero, sin embargo la América Latina en conjunto ocupa una posición relativamente baja entre los intereses mundiales de la Unión Soviética. Ciertas naciones del Continente, juzgadas con un criterio selectivo ocupan sin embargo posiciones relativamente altas con respecto al resto y aún con respecto a todo el mundo restante. Cuba es un ejemplo cabal. Provisionalmente debe agregarse a Chile. Más allá de esta selección obvia, las metas de la Unión Soviética se seleccionan conforme a la importancia del daño que pueden ocasionar a los Estados Unidos y a las posibilidades de usufructo soviético en cuanto a la prosecución de sus objetivos, según convenga a nuevas circunstancias. Panamá, Méjico, Brasil y Venezuela pueden constituir metas de primera prioridad pero, por diversas razones pueden postergarse en favor de explotaciones de oportunidades más promisorias como las que ofrecen Bolivia, Uruguay o Colombia. En cualquier situación se emplearán flexiblemente las tácticas de la acción revolucionaria y del frente político unido en coalición con otras fuerzas nacionales.

Los motivos de Cuba para proseguir la actividad revolucionaria son por lo menos parcialmente los mismos de la Unión Soviética. El movimiento policéntrico del Comunismo Internacional provee a Fidel Castro de la suficiente amplitud táctica para perseguir simultáneamente los intereses nacionales cubanos. Sin duda, Fidel Castro preferiría que la influencia cubana más bien que la soviética fuera la que suplantara a la de Occidente en la América Latina, pero en vista de la muy diversa incidencia de esos dos países en los grandes problemas internacionales, la posibilidad es poco probable. En todo caso, para Occidente no deriva ninguna ventaja de aquella distinción táctica.

En verdad, si alguna lección deja el enigmático papel revolucionario de Fidel Castro, ésta es que la experiencia conspirativa de la Unión Soviética, no del propio Fidel Castro, ha agudizado la capacidad de los soviéticos para identificar y utilizar a cualquiera que quiera servir su propósito en la América Latina, sin insistencia dogmática alguna sobre la pureza de su ideología.

Por separado, a medida que aumentan los esfuerzos subversivos cubanos, crece en América Latina una disposición al entendimiento con Cuba. En junio de 1972 la revisión de la política de la Organización de Estados Americanos con respecto a Cuba se tradujo en el rechazo de la proposición peruana que permitía que cada país asociado estableciera relaciones con Cuba conforme a su propia política. La votación se resolvió con 13 votos en contra, 7 a favor y 3 abstenciones por

mantener la resolución de 1964 que prohíbe el mantenimiento de tales relaciones diplomáticas y comerciales a las naciones asociadas. Méjico y Chile no adhirieron a esa prohibición y es muy claro por cierto que muchas otras de las 23 naciones restantes están deseando seguir ese camino. La actividad militar soviética responde a lo que sus dirigentes consideran conforme a los intereses de Rusia, una mezcla de intereses en proporciones variables con ingredientes históricos e ideológicos. Los intereses históricos, centenarios a veces, resultan en su mayor parte de la posición geográfica de Rusia y de la interacción política, económica y psicológica con otros países, particularmente con los que les son más próximos, los que conforman su periferia geopolítica. En los últimos tiempos se ha agregado a todo esto la compulsión que acompaña a la devoción por la ideología marxista leninista. De esta última surgen por lo menos dos poderosas corrientes activistas. La primera tiende a asegurar mediante un trabajo intensivo la convicción de la inevitabilidad histórica de la Revolución Comunista mundial. La segunda, se dirige a contrarrestar las fuerzas capitalistas imperialistas que, de acuerdo con las características paranoicas de su ideología, amenazan a Rusia por su sola existencia y con ella su función de guardián y custodio del cálix de la ideología. Muchos años de práctica en el papel de abandonada y las propias vicisitudes de la historia, le han enseñado a la Unión Soviética la importancia de la flexibilidad táctica y aun de la tolerancia en la prosecución de sus objetivos. La ideología comunista ya no se manifiesta abriendo las puertas a las furias demoníacas que llaman a las barricadas y abandonan a los derrotados aun cuando algunos pueden sentir todavía ese llamado. Sin embargo, después de las conversaciones cumbre entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, Leonid Brezhnev reafirmó religiosamente su apoyo a "todas las fuerzas revolucionarias de nuestros tiempos", mientras insistía en que un eventual entendimiento con los Estados Unidos "de manera alguna significaba un debilitamiento de la lucha ideológica", o un cambio en la política exterior socialista soviética que "se opone al imperialismo" y a sus "intenciones agresivas". En la América Latina, empero, si bien los objetivos de la política soviética son grandes en extensión, no cuentan todavía con la prioridad ni la energía declarados para su prosecución. La prioridad de los intereses soviéticos se encuentra en otras áreas del globo. Sin embargo, los planificadores militares soviéticos son responsables del apoyo que se pueda otorgar a los objetivos soviéticos en la América Latina. En la ejecución de su plan prevén probablemente algunas ocasiones y circunstancias de las cuales podrían sacar ventaja militar de la posición de Cuba dentro del área. Los intereses militares soviéticos en determinados lugares estratégicos, como el Canal de Panamá y el Estrecho del Atlántico, son indudablemente elevados. Mirando hacia

el futuro, los planificadores militares soviéticos estiman que pueden esperar los tiempos en que el aparato gobernante de la Unión Soviética desee o necesite acudir en apoyo de la lucha de los comunistas latinoamericanos, de los grupos aceptablemente marxistas, ya sea por medios militares directos o bien como apoyo de maniobra.

Las posibilidades y las prioridades de los planes militares soviéticos en la América Latina se confrontan necesariamente con la limitación de sus recursos. La tensión militar de los Estados Unidos, de la NATO y de China Comunista en las áreas de mayor interés para la Unión Soviética, no le permiten distraer fuerzas para una acción regular en América Latina en tiempos de paz y deberían abandonar en el caso de una crisis bélica. Sin embargo, la Unión Soviética dispone con toda la intensidad posible de otros medios, como el desplazamiento de submarinos hasta las Islas de Cabo Verde, la considerable publicidad internacional del desplazamiento de media docena de navíos a Cuba y a la Cuenca del Caribe y algunos otros medios más o menos conocidos.

Si el interés militar soviético sobre América Latina se manifiesta en grado reducido, esto se debe únicamente a los problemas potenciales que afronta en otras partes del mundo y convendrá recordar al respecto que el equilibrio actual es un resultado de una ecuación sumamente compleja cuyas variables pueden alterarse en el futuro. Una reducción unilateral de las fuerzas de los Estados Unidos en Europa o una disminución del potencial militar general de Occidente, podrían constituir buenos ejemplos de esa eventual alteración de variables. Si la ecuación llega a alterarse es muy probable que la Unión Soviética pueda disponer de fuerzas para fortalecer sus objetivos en la América Latina.

El empleo de fuerzas militares soviéticas en la América Latina en tiempos de guerra podría alterar extraordinariamente la situación de equilibrio del mundo.

El submarino y el corsario continúan y continuarán siendo los elementos más usuales en situaciones como las que pueden planearse en el Continente. Una guerra submarina comprometerá medios técnicos y tácticos sumamente modernos. El uso de computadoras para registrar la pérdida de navíos y submarinos, dificultando y complicando el trabajo analítico del comando enemigo ampliará el área de acción de los medios tradicionales. Los militares soviéticos se encontrarán en la obligación de considerar y equilibrar cuidadosamente los beneficios y las pérdidas de una campaña submarina en la Cuenca del Caribe y en el Estrecho del Atlántico, conforme al valor económico y al rendimiento estratégico de los objetivos de esas áreas. Sus posibilidades aumentarán sin embargo frente a la falta de recursos antisubmarinos de nuestros aliados en la América Latina. A todo esto debe agregarse la posibilidad de que la Unión Soviética utilice submarinos con ar-

mamento nuclear como elemento de terror e intimidación política, contra esos nuestros aliados latinoamericanos.

En una guerra del tipo NATO contra Pacto de Varsovia en la cual ambos contendientes buscarían significativas ventajas en los combates convencionales, la Unión Soviética podría tratar de imponer la neutralidad sobre cualquier aliado importante de los Estados Unidos por medio de la amenaza de la devastación nuclear.

En ausencia de un sistema de defensa antinuclear establecido por los Estados Unidos sobre cualquiera de sus aliados en tiempos de paz, la promesa de una tal defensa en tiempos de guerra podría resultar poco convincente, tanto para la Unión Soviética como para nuestro aliado amenazado.

Las circunstancias se resolverían entonces por la pérdida de un aliado probablemente importante de los Estados Unidos al que seguirían probablemente otros por reacción defensiva contra la intimidación. Probablemente ninguna de las naciones afectadas fuera imprescindible ni siquiera necesaria para la defensa del Pacto de Varsovia, pero su deserción y más aún la posibilidad de una deserción acumulativa implicaría un cambio fundamental en el equilibrio convencional del potencial militar, cuyos efectos alcanzarían probablemente al frente nuclear.

Si bien los Estados Unidos y la América Latina están vinculados por una cultura que los conduce a intereses comunes, no todo el Continente tiene igual valor estratégico para la seguridad de los Estados Unidos.

Se puede establecer una escala de tales intereses estratégicos de seguridad, con un rango de importancia desde lo vital hasta lo puramente significativo.

De primera importancia vital son las bases de la Cuenca del Caribe, el Estrecho del Atlántico, la libertad de tráfico entre el Atlántico y el Pacífico, los recursos naturales y humanos y las capacidades militares e industriales del Continente. Las áreas problemáticas entre los Estados Unidos y la América Latina que involucran intereses económicos y de seguridad, si bien son importantes en apariencia, no son en cambio insuperables como dificultad. El problema de la asistencia militar es particularmente significativo a causa de que la influencia del estamento militar latinoamericano es considerablemente elevada en toda el área y en algunos países definitivamente dominante.

Las amenazas de los intereses de seguridad de los Estados Unidos surgen de las tendencias inherentes a la debilidad del medio a causa de la deliberada política explosiva de la Unión Soviética, Cuba y China Comunista. Los objetivos soviéticos se concentran en el desalojo de Occidente de su posición influyente en América Latina, pero este objetivo aún ocupa un lugar relativamente bajo en la escala de prioridades mundiales de la estrategia de la Unión Soviética. Las naciones latinoamericanas en las cuales la Unión Soviética tiene más alto interés, son presumible-

mente las de mayor importancia estratégica para los Estados Unidos.

La doctrina militar soviética se funda en el apoyo de los objetivos políticos de la Unión Soviética en la medida de la posibilidad de su extensión, pero la Unión Soviética debe confrontar una formidable oposición de fuerzas militares en áreas de mucho mayor interés y consecuentemente cuenta con poca fuerza disponible para un eventual desplazamiento sobre la América Latina. Esta es sin embargo una de las variables del problema que podría cambiar con más facilidad. En tiempos de guerra las fuerzas militares soviéticas ejercerían presiones en puntos estratégicos tales

como el Canal de Panamá, la Cuenca del Caribe y el Estrecho del Atlántico, conforme con las oportunidades que podrían presentarse. En tiempos de paz, el comando militar soviético preferirá encaminarse hacia aquellas operaciones navales y aéreas que le aseguren una presencia disuasiva y una capacidad bélica conforme con sus objetivos y prioridades.

El desplazamiento de fuerzas soviéticas sobre el área crecerá paulatinamente y es muy probable que se adviertan ofrecimientos de asistencia militar a las naciones de la América Latina seleccionadas conforme a su rango en los intereses estratégicos.

CeDInCI

IMPRESO EN
OFFSET GRAMA - MATHÉU 1973

lealtad y participación popular

LIBRERIA HACHETTE S. A.

JULIO - 1974